



El  
*Sutor*

~ THE CROSSROAD COMPANY 2 ~

NISHA SCAIL



El Tutor

~ THE CROSSROAD COMPANY 2 ~

NISHA SCAIL

EL TUTOR

*(The Crossroad Company 2)*

Nisha Scail

# **COPYRIGHT**

## **EL TUTOR**

*The Crossroad Company 2*

© 1ª edición noviembre de 2016

© Nisha Scail

Portada: © [www.shutterstock.com](http://www.shutterstock.com)

Diseño Portada: Nisha Scail

Maquetación: Nisha Scail

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

## **DEDICATORIA**

**Millones de gracias** a las más de trescientas lectoras que compraron la primera entrega de esta serie de forma **LEGAL** cuando no llevaba ni un mes a la venta. Por vosotras, la ***Crossroad Company*** sigue viva y esta segunda entrega ve la luz.

Gracias también a mis **Facebookeras**, porque sois una fuente inagotable de energía, cariño e ilusión para mí.

**Nisha Scail**

## ARGUMENTO

Cuando **Charlotte** perdió inesperadamente a su marido, el mundo de le vino abajo. Él había sido su mejor amigo, su amante y el único que la había comprendido. Por ello, cuando un año después recibe una carta suya recordándole su juego privado, sabe que solo tiene dos opciones, participar de sus planes o perderse a sí misma por completo.

**Nolan** prometió a su hermanastro encargarse de su mujer y lo hizo a sabiendas de lo que eso significaría para él. Ahora, tras el primer aniversario de su muerte, el fantasma de Chase vuelve a irrumpir en su vida para recordarle su promesa y darle la oportunidad de conquistar a la mujer que siempre ha deseado.

*Un juego de misterio y anhelos ocultos que desvelará las más oscuras pasiones del alma y del corazón.*

# ÍNDICE

<a href="#"><u>COPYRIGHT</u></a>
<a href="#"><u>DEDICATORIA</u></a>
<a href="#"><u>ARGUMENTO</u></a>
<a href="#"><u>ÍNDICE</u></a>
<a href="#"><u>PRÓLOGO</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>EPÍLOGO</u></a>

## PRÓLOGO

—Tiene que ser una broma.

—¿Te parece que bromearía con algo así?

Nolan levantó la mirada del humeante café que tenía ante él para encontrarse con la de Chase. Su hermanastro lo había llamado el día anterior diciéndole que necesitaba verle. El hecho de que fuese un hombre que jamás pedía nada había despertado todas sus alarmas y, tras cambiar el turno con Garret en la compañía, había cogido un vuelo y cruzado el estado para ir a verle.

No estaba preparado para lo que el maldito le había vertido encima, jamás lo estaría.

—Mierda, Chase —siseó incapaz de aceptarlo.

—Son cosas que pasan.

—¡Y una mierda! —estalló.

Le miró. Él era su hermano pequeño, el que estaba casado, el que tenía una preciosa esposa que lo adoraba, ¿cómo podía ocurrirle algo así?

—¿Y Charlie? ¿Has pensado en ella? —expuso lo obvio—. No, tiene que haber algo más que se pueda hacer.

Sus ojos se encontraron con los suyos transmitiéndole esa paz de espíritu que siempre habitaba en él.

—Ella es la razón por la que te he llamado —le aseguró al tiempo que tomaba su propia taza de café, soplabla y tomaba un pequeño sorbo—. Necesito que me prometas algo.

Maldita sea, no quería hacerlo, no quería enfrentarse a la maldita realidad que le estaba lanzando a los pies, pero ambos sabían que jamás le negaba nada y no iba a empezar ahora.

—Dispara.

Chase dejó escapar un bufido mitad risa y sacudió la cabeza.

—Ahora entiendo cómo has terminado así —le soltó con diversión, una

que, por desgracia, no compartía—. Nunca preguntas, solo aceptas y ya está. Un día eso hará que te metas en un buen lío, hermanito.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Qué me pedirás? ¿Qué me case contigo?

Enarcó una ceja.

—Ya estoy casado y tú no eres mi tipo.

—Entonces, sea lo que sea, podré soportarlo.

Se miraron en silencio durante unos momentos, entonces cada uno desvió la mirada. Ninguno quería aceptar el motivo que los había traído hasta allí.

¿Cómo aceptar que algo así pudiese pasarle a una de las personas más importantes de tu vida? Chase era más que el hijo de su padrastro, desde el momento en que entró en la familia con tan solo seis años se convirtió en su hermano pequeño, en su mejor amigo y en el único que no le había juzgado con el paso de los años.

—¿Has pedido una segunda opinión? —insistió.

Él asintió.

—Ayer consulté al cuatro especialista —se encogió de hombros con abierta desgana—. Está ahí, es solo cuestión de tiempo, podría ser mañana, dentro de una semana o el año que viene...

Sacudió la cabeza, sus palabras eran como un agujón.

—Joder, Chase... no me hagas esto.

Sonrió de soslayo.

—¿Te parece que tengo ganas de hacértelo? ¿De hacérmelo a mí mismo? ¿A Lotte?

La mención del apodo que le daba a su esposa Charlotte hizo que las noticias fueran incluso más reales.

—Ya no está en mis manos —negó con esa resignación autoimpuesta que lo estaba sacando de quicio—. Por lo que pueda pasar, necesito asegurarme que Lotte va a estar bien, que no estará sola cuando yo...

Gruñó y lo apuntó con el dedo.

—Como lo digas, juro por dios que te rompo la nariz.

Resopló y le miró a los ojos.

—La quiero más que a mi vida, Nolan —le dijo con un sentimiento que hizo que se le encogiesen los intestinos—. Tú mejor que nadie puede entender...

—Charlie te eligió a ti —lo atajó, no quería que siguiese por ese camino.

—Solo porque se lo pedí antes —le aseguró y miró su café—. Pero yo no soy su único amor...

—Chase...

—Por una jodida vez en tu vida cállate y escúchame —su voz sonó fuerte, fría—. Lo sé, lo sé todo, Ágata me lo dijo y me habló de lo duro que fue para ti...

Se tensó al escuchar el nombre de su mentora, saber que ya no estaba consigo, que se había ido le había dejado un vacío que nada había podido llenar.

—Y no fuiste el único que sufrió —continuó implacable—. Lotte también lo hizo, ambos lo hicimos...

—Es tu esposa —le recordó con la misma frialdad.

—Y el amor de nuestra vida —le echó en cara.

Esa era una secreta realidad, una que llevaba mucho tiempo encerrada en su corazón y en su alma. Ambos se habían enamorado de la misma mujer, de la que se convirtió en su mejor amiga, su confidente, pero solo uno había ganado la batalla.

—No quiero volver a verla sufrir, Nolan —insistió—. No quiero que vuelva a estar sola, así que te pido que me prometas algo.

Sus ojos se encontraron una vez más.

—Prométeme que, cuando yo falte, te harás cargo de ella.

Charlotte había sido compañera de los dos en la universidad, la habían conocido en una fiesta de fraternidad y a partir de ahí se habían hecho inseparables. Ella había sido la única mujer, además de Ágata, que había significado algo para él. De hecho, había sido la única culpable de que tocara fondo, de que hubiese perdido el camino hasta que su tutora apareció en escena y le ayudó a enderezarlo.

Se pasó la mano por el pelo. Aquello no podía estar pasando, Chase no podía...

—Tiene que haber algo que se pueda hacer —insistió resistiéndose a aceptar lo inevitable—. Si es por dinero...

Negó.

—No es por dinero...

Apretó la mandíbula. No, aquello no podía pasarle a su hermanastro, no

a un hombre que tenía una familia propia.

—No va a pasarte nada, podrás cuidar de ella tú mismo.

—Nolan...

—Joder, ¡no puedo, Chase!

—¡Puedes! ¡Debes hacerlo! ¡Tienes que hacerlo! —estalló y había una angustia en su voz y en su mirada que no había visto nunca antes. Estaba asustado, un hombre tan confiado como Chase y estaba aterrado—. Por favor...

Se pasó la mano por el pelo con abierta desesperación.

—Joder hermano, no me hagas esto —suplicó—. Ya he perdido a Ágata, no puedo...

—Lotte, Nolan —insistió él de manera implacable—. Solo prométeme que nuestra chica no estará sola.

Siseó y lo apuntó con el dedo.

—Te lo prometeré si así te quedas jodidamente tranquilo —resopló hastiado y negándose a afrontar la verdad—. Pero vas a estar mucho tiempo a su lado y al final, los tres nos reiremos de esto.

El alivio cruzó su rostro.

—Gracias hermanito —le agradeció con profundo sentimiento—. Sabiendo que ella te tendrá a ti, podré afrontar lo que haga falta.

Y lo había afrontado, durante casi diez meses, la sombra de la muerte lo había eludido, pero esa fortuna se esfumó el día en que recibió una llamada de teléfono.

—Nolan. —Una voz femenina que conocía muy bien, que se colaba en sus sueños e incluso en sus momentos de vigilia había susurrado su nombre—. Chase... me pidió que... que te llamase, que si le pasaba algo... que yo...

Un agónico sollozo atravesó la línea helándole la sangre.

—¿Charlie?

—¡Se ha ido, Nolan! ¡Chase se ha muerto!

Su hermano pequeño no había podido luchar contra lo inevitable y el aneurisma que le habían detectado se lo llevó dejándole a él huérfano y a Charlotte sumida en el abismo.

# CAPÍTULO 1

*Un año después...*

—¿Quieres explicarme de qué demonios me estás hablando?

Nolan abrió la puerta de su oficina y dejó que Mich Carmody, el afroamericano socio de Crossroad y abogado, pasase al interior. Cerró tras él y atravesó la habitación a zancadas hasta su escritorio.

—Tu hermano Chase dejó una cláusula en su testamento que debía ser leída un año y dos días después de su fallecimiento —le informó posando el maletín sobre una de las sillas de cortesía—. El notario se ha puesto en contacto conmigo para que te hiciese entrega de esto.

Sacó un sobre de rafia y se lo entregó sin mayores ceremonias.

—¿Qué hizo qué? —sacudió la cabeza y recogió el sobre—. ¿Y ahora? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Yo me limito a seguir instrucciones, amigo mío —le informó sentándose en la silla vacía—. Todo lo que sé es que pasado ese periodo de tiempo debía serte entregado ese sobre si se cumplían ciertos requisitos.

—¿Qué requisitos?

—Que su viuda no se hubiese vuelto a casar y que tú estuvieses todavía soltero —se encogió de hombros.

Parpadeó, las palabras se iban filtrando en su cerebro con la misma lenta incredulidad con la que él extraía el contenido del sobre; un pendrive.

—Si se daban esas dos circunstancias, debías recibir eso y hacerlo en presencia de un abogado o notario que certificase la entrega y de testimonio de que sigues las instrucciones que hay en su interior.

Frunció el ceño y puso el sobre boca abajo para que cayese cualquier cosa que hubiese a mayores, lo cual resultó ser una pequeña hoja de papel escrita a mano.

*«Si no estoy ahí dándote la lata, por favor, ve el video que va dentro del pendrive.*

*Te quiero hermanito.*

*Chase».*

Se le hizo un nudo el reconocer la letra de su hermanastro, casi podía escuchar su voz pronunciando esas mismas palabras en voz alta, poniéndole la mano sobre el hombro y apretando como solía hacerlo.

—Cabrón hijo de puta —masculló arrugando el papel con tal fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—¿Malas noticias?

Levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos color café de su amigo.

—Me ha dejado algo que quiere que vea —siseó cogiendo el pendrive entre los dedos.

El abogado miró el reloj y asintió.

—Se supone que tengo que certificar que lo verás, pero obviamente es algo privado, así que iré a hacerle una visita a tu máquina del café —declaró levantándose—. Cuando termines, avísame.

Apretó la mandíbula ante lo que solo podía considerarse una encerrona, bajó de nuevo la mirada al dispositivo y resopló mientras su compañero abría la puerta de la oficina y llegaban hasta ellos el eco de una airada voz femenina.

—¡Tres semanas! ¡Hice ese maldito pedido hace tres semanas! ¿Cómo es posible que no os figure en la base de datos? —escuchó la voz de su secretaria—. ¡Y a mí que me cuenta! ¡Hacerlo es su trabajo!

Resopló y puso los ojos en blanco ante lo que iba a ser un nuevo día en el infierno.

—¿Todavía no te has deshecho de la fiera? —murmuró Mich en tono irónico.

Resopló y se levantó, rodeó el escritorio y salió de la oficina delante de él.

—No puedo deshacerme de la mujer de mi hermano —siseó, aunque no descartaba la idea de estrangularla—. Le hice una promesa a Chase...

Señaló el pasillo con el pulgar.

—¿Y esa promesa incluía el contratar a una *banshie* para espantar a los clientes?

Se contuvo de responder como deseaba, con una interminable retahíla de insultos.

—No era así —replicó pasándose una mano por el pelo—. Te lo juro, Mich, cuando yo la conocí, no era así. La partida de Chase lo cambió todo.

—¡Haga su jodido trabajo! —Escucharon de nuevo sus gritos—. ¡Si no tengo mañana a primera hora aquí el albarán, ya pueden buscarse a otro comprador!

—¿Cuántos clientes has perdido ya desde que ella atiende el teléfono?

Cerró los ojos y respiró mientras contaba mentalmente hasta diez. Tres meses, Charlie llevaba trabajando con él tres meses y había pasado de querer consolarla a querer matarla.

—Ninguno, aunque parezca una locura, hemos conseguido dos nuevos —aceptó con un resoplido—. Pero la mayoría se niega a hablar con mi secretaria, no la tienen en muy buena estima.

—No me puedo imaginar el por qué —replicó con palpable ironía—. Quizás deberías pedirle a Dani que te eche una mano, nuestra secretaria se ha vuelto una experta en domar fieras.

Lo miró de soslayo.

—Quiero demasiado mis pelotas como para pedirle nada a esa mujer si no está relacionado con la compañía —aseguró con rotundidad—. Prefiero que siga haciendo la labor que ha realizado hasta el momento y que lidie con lo que tiene entre manos.

Su amigo asintió.

—Garret parece mucho más centrado, incluso Trey va con correa cuando ella anda a su alrededor —comentó con gesto admirado.

—Todos andamos con la correa alrededor de Danielle —aseguró con palpable ironía—. Pero no me pienso quejar al respecto. Hacía meses que no tenía que pelearme con el papeleo o adivinar qué citas correspondía a quién en la agenda semanal. No, esa mujer ha llegado como caída del cielo y si de mí depende, se quedará en ese puesto hasta el día del juicio final.

Y era una idea que compartían todos los socios. Su vida se había hecho mucho más fácil desde que la chica se había hecho cargo de todo, podían compaginar sus respectivas profesiones con los turnos en la compañía sin tener conflictos de interés o perder el pelo por el camino.

Los últimos seis meses habían sido un periodo de adaptación para todos, pero sobre todo para la secretaria, quien había empezado a comprender que la *Crossroad Company* era mucho más de lo que parecía a simple vista.

—Ya lleva seis meses en el puesto, creo que es hora de hablar con Garret y con los demás y decidir si vamos un paso más allá con ella — comentó Mich atrayendo su atención.

—¿El Purgatorio?

Asintió. No hubo necesidad de más palabras.

Aquel era el corazón de *Crossroad*, el lugar dónde cada uno de ellos se permitía ser uno mismo, dónde los convencionalismos y las rígidas normas de la sociedad quedaban fuera y sus almas eran libres para expresarse.

Danielle había visto el interior de Garret, había conocido sus demonios y convivía con ellos. Los propios demonios de la mujer no podían ser menos urgentes e inquietantes, lo que la hacía una candidata adecuada para recibir la aprobación de todos los socios.

—Lo hablaré con él...

—¡Sí, y más le vale que así sea!

La airada respuesta femenina le crispó los nervios interrumpiéndole a media frase.

—Sin duda tiene unos buenos pulmones — comentó Mich intentando contener su hilaridad.

Lo miró de reojo y resopló antes de alzar él mismo la voz.

—¡Señorita Squires!

Charlotte Squires era su nombre de soltera, había vuelto adoptarlo cuando aceptó trabajar para él.

*Diablos, Chase, espero que te lo estés pasando bien allá arriba porque me has dejado un jodido paquete de problemas aquí abajo.*

Cuando le había prometido hacerse cargo de ella no imaginó toda la clase de problemas que se le iban a venir encima con esa mujer. La dulce y cálida muchacha que había sido un día, la tierna y respetuosa esposa, había desaparecido con el paso del tiempo para reencontrarse con esta *banshie* insufrible que le ponía los pelos de punta y la polla dura como una roca.

—¿Me llamaba, jefe?

Pequeña, curvilínea, con el pelo rubio recogido en un elegante y tirante moño y unos grandes ojos azules, era el vivo retrato de la sensualidad y la sobriedad. O al menos lo sería para alguien que no la viese como un apetitoso

caramelo, que no reparase en la redondez del culo que contenía la falda, ni de los duros pezones que a veces parecían querer traspasar la blusa o las contorneadas piernas que se imaginaba alrededor de su cintura.

La deseaba, siempre la había deseado y ahora que la tenía buena parte del día pululando por la empresa ese deseo era incluso peor de llevar.

—Sí —respondió con firmeza—. ¿A qué venían esos gritos?

Los llenos y lujuriosos labios pintados de rojo se fruncieron en un pequeño mohín.

—Tenemos un retraso de tres semanas en uno de los envíos y me he encargado de solventarlo —declaró con sencillez, restándole importancia—. Nos lo entregarán mañana a primera hora junto con el albarán.

Arrugó la nariz e hizo memoria.

—¿Suministros Evergreen?

Asintió.

—Estarán aquí a primera hora —respondió con esa fría profesionalidad que hacía que le diesen ganas de sacudirla.

Esta no era la Charlie que él conocía, no era la mujer que él recordaba y su frialdad de un tiempo a esta parte, empezaba a preocuparle de veras.

Había cambiado después del funeral. Si bien al principio se había negado a abandonar su hogar, la casa de Chase, meses después le llegó el aviso de que quería venderla y que iba a mudarse a Florida. Su carácter cambió, si al principio le había pedido ayuda y compañía, después empezó a distanciarse, a revestirse con una coraza de frialdad y a tomar decisiones que, si bien habían sido concienzudamente meditadas, no encajaban con la mujer que él conocía.

—¿Podremos seguir haciendo negocios con ellos en el futuro o debo tacharlos también de la lista?

Esos bonitos ojos azules lo miraron con aburrido interés.

—No se preocupe, señor Every, seguirá contando con ellos.

Se obligó a morderse una ácida respuesta y mostrarse profesional.

—Bien, gracias —respondió y señaló a su acompañante—. Tengo una reunión privada con el señor Carmody, no me pases llamadas.

—Sí, jefe —replicó y parecía notar cierto retintín en su voz.

—Y ya que estás sin hacer nada —le soltó—, baja y tráeme un café doble y una porción de tarta de manzana.

Abrió la boca con intención de responder pero la fulminó con la mirada.

—Ahora.

No le permitió decir nada más, le dio la espalda y empezó a caminar de nuevo hacia la oficina.

—Mich —lo llamó.

El aludido le dedicó un guiño a la mujer y lo siguió.

—¿Estás seguro de que no quieres buscar una nueva secretaria? —murmuró divertido mientras él cerraba la puerta con más fuerza de la debida.

—No —sentenció con sequedad. Volvió a su escritorio, cogió el pendrive y entrecerró los ojos—. Acabemos con esto de una buena vez.

—Puedo esperar fuera... —le sugirió el siempre correcto abogado. Su amigo lo sabía todo de él, como él lo sabía de Mich, el vínculo que había entre los socios de la *Crossroad Company* se basaba en la desnuda confianza.

Negó con la cabeza.

—Sea lo que sea que haya aquí dentro —mencionó insertando el pen en el puerto correspondiente de su ordenador—, no será mucho más de lo que ya sabes de mí.

## CAPÍTULO 2

*«Tráeme un café doble».*

Charlotte fulminó con la mirada la puerta cerrada de la oficina antes de girar sobre los altos tacones y marcharse de allí.

Que le trajese un café. ¡De lo que tenía ganas era de vertérselo en los pantalones y ver cómo se le escaldaban los huevos!

Llevaba tres meses trabajando para él, tres malditos meses en los que no había dejado de arrepentirse de haber aceptado su oferta, noventa jodidos días en los que se había sentido una traidora a la memoria de Chase, pero no podía decidirse a hacer otra cosa, no cuando Nolan era todo lo que le quedaba en un mundo que se estaba haciendo pedazos.

Incluso ahora, un año después de la muerte de su marido, seguía sin ser capaz de asumirlo por completo. La forma en la que se había ido había sido tan repentina, tan... increíble... que se había negado a creer que era verdad.

La habían llamado a media tarde del hospital en el que trabajaba su marido, lo había hecho uno de sus compañeros, alguien a quien conocía bien, con quién solían salir a divertirse, a quién había recibido en casa y había sido incapaz de creerle. Se había negado a hacerlo.

No sabía cómo había llegado al hospital, no sabía cómo había terminado delante de aquella camilla en la que descansaba un cuerpo cubierto con una sábana y tampoco sabía cómo había salido de allí, cogido el teléfono y llamado a Nolan.

Horas, días, ignoraba el tiempo que pasó sentada en una silla de plástico en alguna sala de espera, solo recordaba la presencia de ese hombre, de pie a su lado y como sus labios se habían articulado para decirle que Chase ya no estaba con ellos, que se había ido.

El hermanastro de su marido se había hecho cargo de todo a partir de ese momento. Pasó el funeral, el entierro y se encontró en una enorme casa esperando a que él entrase por esa puerta, que alguien le dijese que era una

enorme broma del destino y que Chase estaba vivo.

*«Prométeme que si algún día necesitas ayuda y, por el motivo que sea yo no estoy, acudirás a Nolan».*

Cerró los ojos rememorando su presencia y el momento exacto en el que le había dicho aquellas palabras. Había sido en las últimas navidades que pasaron juntos, tendidos en la alfombra delante de la chimenea, desnudos, disfrutando de ese delicioso momento post orgasmo. El inesperado comentario la había hecho reír.

—¿Piensas irte de vacaciones sin mí o algo?

La palma abierta había caído contra sus nalgas enviando un rápido picor que la hizo saltar.

—Traviesa —chasqueó con ese tono sexy y dominante que hacía que se derritiese por dentro—. ¿Dónde ha quedado el respeto hacia tu marido?

Su respuesta fue menear el trasero.

—Te gusta demasiado mi culo, admítelo.

Bajó por su espalda, besándole la columna hasta llegar a la parte superior de sus nalgas y pegarle un mordisquito.

—*Touchè* —ronroneó besando al mismo tiempo el lugar que había mordido.

Entonces se había quedado en silencio, acariciándola, escuchando crepitar la leña de la chimenea mientras el calor contribuía a adormecerla.

—Prométeme que lo harás, Lotte —su voz era seria y captó de inmediato su atención.

—¿Qué ocurre? —se había girado a él—. ¿Le ha pasado algo a Nolan?

Su abierto nerviosismo hizo que la atrajese contra él y la tumbase sobre su cuerpo.

—No, no, él está bien —la tranquilizó—. Es solo que no quiero que estés sola si da la casualidad que no estoy en casa, que tengo que ausentarme o... —sacudió la cabeza y tiró de su pelo, acercándola a su boca—. Solo prométeme que lo buscarás en caso de que yo no pueda estar contigo.

Se afirmó en las manos, empujando para incorporarse.

—¿Por qué no habrías de estarlo? Chase, ¿qué pasa? —la había puesto nerviosa—. ¿Qué no me estás contando?

Pero él la había callado con un húmedo beso que solo rompió para susurrarle al oído.

—Quieres a mi hermano y ambos lo sabemos —deslizó los dedos en su

húmedo interior—, le permitirías hacer esto si yo no estuviese aquí.

Gimió e intentó acercarse más a él.

—Me casé contigo, no con Nolan.

Se rio y empujó los dedos en su interior.

—Si él hubiese estado dispuesto, tú nos habrías aceptado a los dos —le mordisqueó la oreja—. Habríamos sido un matrimonio de tres.

Se estremeció.

—No digas tonterías...

—Y no me hubiese importado —continuó ignorando sus protestas—. Habría disfrutado de verte en sus brazos, de escucharte gritar mientras él follaba este delicioso coñito...

—No, para —protestó, pero estaba caliente, sus palabras la ponían muy caliente.

—...solo para poner mi polla en este dulce agujerito —le acarició la entrada del ano con la punta del dedo haciéndola gemir de nuevo—. Sí, esta es mi Lotte, mi preciosa y hambrienta Lotte...

Jadeó ante la oscura estimulación, mordiéndose el labio para no gemir ante los juegos de su marido. Él era el culpable de alimentar a los demonios que habitaban en su interior, la había moldeado, la había arrancado de la seguridad para lanzarla sin paracaídas a un mundo de sensualidad que no debía de querer, que no debía de ansiar con tanta desesperación como él mismo.

—No —insistió jadeando en su boca—. No vas a marcharte jamás de mi lado, así que nunca estaré sola.

Pero ni sus palabras ni el ferviente deseo que existía en ellas pudo hacer que él se quedase a su lado, nada evitó que Chase la dejase sola.

Esa mañana se había despedido con un beso largo y caliente, una promesa de lo que vendría cuando volviese a casa, pero nunca había vuelto. En un abrir y cerrar de ojos había pasado de ser una satisfecha y amada esposa a quedarse viuda, de ser una persona optimista y valiente porque él estaba a su lado, a hundirse en la negación, la desesperación y perder la esencia que la caracterizaba.

Habían sido unos meses infernales, se encerró en casa, se negó a hablar con nadie, a salir, perdió incluso el trabajo y posiblemente se habría dejado morir si el hermanastro de su marido no se hubiese presentado allí y la hubiese espabilado.

—¡Él ha muerto, pero tú no! ¡Maldita sea, Charlie! ¡Reacciona!

—¡Quiero irme con él! ¿Es que no lo entiendes? ¡Quiero irme con él! ¡Quiero...!

—¡No! —la había sacudido con fuerza, obligándola a mirarle a los ojos, a ver el dolor y la rabia en ellos—. He perdido a mi hermano, a Ágata, no puedo perderte también a ti. Así que muévete, señora Every, ya es hora de que despiertes.

Lo había hecho, no le había quedado otra salida que hacerlo y con su extraño despertar, habían llegado las decisiones, su cambio de actitud y esa coraza con la que se había vestido para poder seguir adelante.

Vendió la propiedad en la que había vivido desde que se casó y se mudó a un solitario piso, se deshizo de todos los recuerdos excepto de aquellos de los que no podía separarse y estaba dispuesta a trasladarse a Florida cuando Nolan se lo prohibió de forma tajante y la arrastró con él a Nueva York.

—No voy a dejarte sola en Florida, olvídalo.

Bufó y puso los ojos en blanco.

—No puedes pasarte toda la vida cuidando de la viuda de tu hermano.

—No tendré que hacerlo porque tú vas a encargarte de tu propio culo —le había dicho mirándola de arriba abajo—. Ya es hora de que te pongas a trabajar y, mira por dónde, tengo el puesto perfecto para ti.

—No voy a aceptarlo.

—Lo harás —había sentenciado entonces—. Le prometí a Chase que me ocuparía de ti y puedes apostar el puto culo a que lo haré.

Y Nolan siempre se tomaba las promesas muy en serio, a punto de ser desquiciante cosa que había comprobado durante estos tres meses que llevaba ejerciendo de secretaria. Había salido de un infierno solo para caer en otro mucho más caliente, uno en el que le daba demasiado placer quemarse.

Echó un último vistazo hacia la puerta cerrada de la oficina y salió a cumplir su encargo.

Podía estar continuamente irritada con él, querer retorcerle los huevos, pero al final del día, cuando volvía a casa y se quitaba esa armadura, cuando se metía sola en la cama, eran dos hombres en los que pensaba, los mismos de los que se había enamorado cuando no era más que una ingenua veinteañera.

Chase había sido un buen marido, un maravilloso amigo y un exigente amante que despertó el hambriento demonio que vivía en su interior, alimentándolo y dándole aquello que deseaba solo cuando él lo deseaba.

Nolan se había convertido con el paso de los años en un deseo prohibido, un anhelo descarnado que le había provocado demasiados dolores de cabeza, de hecho, el último de ellos en forma de café y tarta de manzana.

—Café doble y tarta de manzana —repitió en voz baja—, ojalá y se te atraganten.

Cuando perdió a Ágata, Nolan pensó que el suelo bajo sus pies nunca más dejaría de moverse. Había sido como perder una parte de su corazón, otra más, pero Chase había estado allí apoyándole, acompañándole, guardando luto interiormente por la extraordinaria mujer. Él no le había permitido venirse abajo, lo había aconsejado y le había ofrecido su apoyo, instándole a mantenerse en pie a compartir su dolor con los únicos que podían entenderlo; los otros hombres de *Crossroad*.

Y ahora, ese hombre que lo había aconsejado, que lo había querido y acompañado, le pedía a través de un vídeo que hiciese lo mismo por él.

Era incapaz de apartar la mirada de la pantalla congelada con la imagen de Chase. El verle, el escuchar su voz había sido como un golpe en el estómago, un recordatorio del amor que había sentido por su hermano, de lo mucho que lo añoraba y un recordatorio de una promesa por cumplir.

—Nolan. —Mich posó la mano sobre su hombro y se la apretó—. Te dejaré a solas para que puedas... tomar una decisión.

Su amigo, su hermano de armas, quién sabía lo que dolía una pérdida como la suya, le había acompañado en ese duro trance sirviéndole de apoyo. Ahora, como un hombre de tacto y sabiendo que necesitaba de un momento a solas, se retiraba.

—Y recuerda, hermano —le dijo—. La *Crossroad* abre siempre sus puertas ante la necesidad, para guiar a aquellos que han perdido el camino.

Tomar una decisión. Chase había vuelto desde el otro mundo para obligarle a hacer eso y entregarle en bandeja de plata aquello que siempre había deseado; a Charlotte.

La puerta de la oficina se cerró tras la salida de Mich dejándolo solo con el pasado y su propia palabra. Extendió la mano y volvió a reproducir el mensaje, sintiendo como se le encogían las entrañas al escuchar de nuevo su voz.

*«Si ahora mismo estás viendo mi cara quiere decir que no me has hecho todavía tío y que nuestra mujer no ha avanzado como tenía la esperanza de que lo hiciese».*

Lo vio suspirar y componer una mueca de resignación.

*«Cuando Ágata partió, te dije que nos tenías a Lotte y a mí. Nunca supiste que te estaba ofreciendo lo que siempre habías querido o quizá, preferiste ignorarlo.*

*Nuestra chica siempre ha sido especial, tiene un corazón lo bastante grande para dar cabida a dos hombres. Una vez le dije que te buscara si te necesitaba, fui un cobarde, lo que realmente quería decirle era que fuese a ti si te amaba. Y lo hace, hermanito, nuestra pequeña Charlotte te ama tanto como me ama a mí.*

*Es una mujer excepcional en muchos aspectos, pero también es insegura y esa inseguridad la ha llevado a marcarla por dentro, a hacer que le cueste abrirse a los demás y sobre todo a sus verdaderos y más profundos deseos. Me ha llevado tiempo y esfuerzo sacarla de ese cascarón, moldearla y que acepte que sus deseos son tan válidos como los de cualquier otra mujer con sus apetitos.*

*Charlotte necesita guía, mano dura y también ternura, sé que tú podrás tutelarla tan bien o mejor de lo que lo he hecho yo, que la comprenderás, la cuidarás y la amarás como ningún otro hombre puede hacerlo.*

*Mi mayor temor es que se pierda a sí misma, que se hunda en la melancolía y vuelva a escapar de la realidad. Es por eso que te pido, a ti por encima de todos los demás, que la aceptes en tu vida, que la acojas en tu mundo y le enseñes el sendero correcto a la mujer que ambos amamos. Sé que ella estará bien siempre y cuando esté a tu lado, como también sé que tú lo estarás al de ella.*

*Cuídala y quírela tanto como la he amado y la amo yo, pues allí donde me encuentre, haré lo que esté en mi mano para cuidar de los dos».*

Apagó la pantalla y quitó el pendrive incapaz de seguir viendo o escuchando más.

Le había prometido a su hermano que cuidaría de ella pero, ¿se atrevería a ir más allá de su promesa y ser egoísta? ¿Se atrevería a reclamar a esa pequeña mujer que lo volvía loco cada día?

Traerla a la empresa había sido un movimiento estratégico, le había

ofrecido un trabajo para mantenerla cerca, con lo que no había contado entonces era con lo que esa criatura provocaría en su tranquila vida.

Habían adoptado el papel de jefe y secretaria, ¿sería capaz de encontrar ahora un resquicio en esa relación que le permitiese hacer lo que Chase le había pedido?

*«Charlotte necesita guía, mano dura y también ternura, sé que tú podrás tutelarla tan bien o mejor de lo que lo he hecho yo, que la comprenderás, la cuidarás y la amarás como ningún otro hombre puede hacerlo».*

Tutelarla. Esa palabra tenía una connotación muy distinta dentro de la *Crossroad* y maldito fuera allí dónde estuviese, su hermanastro lo sabía.

Chase le había dado luz blanca para conseguir lo que llevaba tanto tiempo deseando, tener a Charlotte en su vida y en su cama.

## CAPÍTULO 3

Charlotte dejó el café sobre el escritorio y apartó de su camino un par de carpetas para poder posar el plato con la ración de tarta de manzana. Ese hombre tenía un serio problema con todo lo que fuese dulce. Era una de esas pequeñas cosas que había aprendido durante los meses que llevaba trabajando para él. Mientras prefería el café oscuro y solo, le gustaba acompañarlo con algo dulce y aquella tarta parecía ser su favorita.

Sentado detrás de la atestada mesa, con la pantalla del ordenador en la esquina de la ele y la impresora enterrada bajo un montón de muestras, era difícil encontrar algo. Sin embargo, Nolan parecía ser capaz de sobrevivir bajo ese caos, de hecho, había puesto el grito en el cielo cuando le ordenó la mesa por primera vez solo para resignarse después al ver que sus gritos no la habían disuadido de hacerlo en cada ocasión.

—De verdad, no sé cómo puede encontrar nada en semejante caos, jefe.

Se había acostumbrado a tratarle como a su jefe, a separar lo personal de lo profesional, aunque a veces esa línea era tan fina que no sabía si quería estrellarle una maceta al hombre o al jefe.

—Todo está dónde necesito que esté —respondió sin mirarla. Estiró la mano y esos largos y gruesos dedos se cerraron alrededor del vaso.

Puso los ojos en blanco y optó por no decir nada más. Tenía trabajo que hacer, facturas que tenía que archivar y otras cosas que la mantendrían ocupada hasta el final de la jornada. Hoy se había traído la comida hecha y no veía el momento de abandonar esas cuatro paredes y disfrutar de unos minutos para sí misma, sobre todo después de la visita del abogado de su difunto marido que había tenido dos días atrás.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado sus pensamientos y dio media vuelta dispuesta a continuar con la jornada, pero no llegó a tocar siquiera el pomo cuando la detuvieron sus palabras.

—Charlie, ¿has tenido últimamente noticias del abogado de Chase?

La pregunta la cogió por sorpresa, se giró hacia él y se encontró con sus ojos por encima del vaso de café que ya estaba degustando.

—Te ha contactado, ¿no?

Entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Por eso estaba aquí Mich Carmody?

Sabía que el abogado era un buen amigo de Nolan y también el que llevaba todos los asuntos legales.

—¿También ha dejado algo para ti?

La visita del hombre que llevaba todos los temas legales de su marido y que se había encargado de gestionar el traspaso de sus bienes así como la lectura del testamento, la había cogido por sorpresa. El primer aniversario de la partida de Chase se había producido hacía apenas un par de días y él la había llamado entonces pidiéndole que acudiese a su oficina.

Miró a Nolan, quién había dejado el café sobre la mesa y la observaba.

—Estuve el lunes en el despacho del abogado —le informó con un ligero encogimiento de hombros—, me dejó una carta de su puño y letra.

Una que seguía encima de la mesa del salón, intacta, como un silencioso recordatorio del hombre que se había ido. Aquella era una de las cosas que solía hacer en vida, uno de sus particulares e íntimos juegos, así que se había visto incapaz de abrirla; no estaba preparada para enfrentarse a su recuerdo.

—No la has abierto.

¿Por qué tenía que ser siempre tan transparente para él? Daba igual con qué coraza se vistiese, siempre conseguía ver a través de ella.

—No, no lo he hecho —aseguró con una rotundidad nacida de la incomodidad.

Suspiró, se inclinó hacia delante cruzando las manos sobre la mesa y su semblante perdió parte de esa actitud «yo soy el jefe tú la secretaria» con la que se solía envolver en su presencia. Era como si ambos estuviesen siempre con las espadas en alto, esperando a ver quién era el que asestaba el primer mandoble.

—¿Estás bien?

La pregunta la sorprendió y pellizcó esa parte de sí misma que seguía herida, sola y la cual lloraba cada noche en la soledad de su cama.

—Tan bien como puede estarlo alguien después de perder al amor de su vida —soltó sin pensar. Chase había sido su mundo, en muchos aspectos de los que no quería hablar ni pensar, él la había rescatado pero no había sido

suficiente y el hombre que estaba ahora delante de ella era el único culpable —. Le echo de menos... eso es todo.

—No, no es todo y ambos lo sabemos —aseguró con su habitual franqueza—. No debes avergonzarte por extrañarle, Charlie, yo mismo lo hago.

Lo miró y sacudió la cabeza.

—No se puede vivir eternamente de los recuerdos, ¿no es eso lo que me dijiste una vez? —comentó haciendo alusión al día en el que la había arrancado de su autodestrucción para ponerla en movimiento—. Pero, ¿cómo no hacerlo si insiste en volver de una manera o de otra?

—Él solo quería lo mejor para ti, por encima de todo, quería que fueses feliz...

—Entonces debió de quedarse a mí lado y no morirse —escupió rabiosa con el hombre que la había abandonado—. Debió haberme dicho que estaba enfermo, que esa maldita cosa podía romperse en cualquier momento y...

—¿Y de qué habría servido? —la interrumpió—. Si te lo hubiese dicho, te habrías consumido de la preocupación...

Se negó a seguir con aquella conversación. Sacudió la cabeza y respiró profundamente para rearmarse.

—Ahora ya da igual —declaró tajante, pero sabía que sus palabras no eran más que una jodida mentira—. Él se ha ido y yo sigo aquí. De hecho, tengo trabajo que hacer.

No esperó réplica, dio media vuelta y abrió la puerta dispuesta a salir por ella.

—No puedes pasarte la vida huyendo, Charlotte —pronunció su nombre completo.

Se giró lo justo para mirar su propio hombro.

—No, supongo que no.

Salió por la puerta y cerró tras de sí sin decir una sola palabra más.

Nolan siseó en voz baja nada más verla abandonar la oficina. Esa mujer se estaba hundiendo en el fango, estaba perdiendo la batalla consigo misma y lo hacía delante de sus ojos. Se llevó la mano a la cara y se masajeó la barbilla, le dolía la mandíbula de la fuerza con la que la apretaba para

mantener la rabia que sentía ahora mismo en su interior bajo control.

La estaba perdiendo, estaba perdiendo a esa díscola gatita a pasos agigantados y no había hecho una mierda por evitarlo. La lealtad que tenía para con Chase lo había llevado a cumplir su promesa al pie de la letra, había cuidado de ella, pero lo había hecho como la mujer de su hermano, no como la que él deseaba.

*«Mi mayor temor es que se pierda a sí misma, que se hunda en la melancolía y vuelva a escapar de la realidad. Es por eso que te pido, a ti por encima de todos los demás, que la aceptes en tu vida, que la acojas en tu mundo y le enseñes el sendero correcto a la mujer que ambos amamos».*

Respiró hondo al recordar las palabras que le había dedicado en el video, la firmeza y la fuerza que había en cada una de ellas y la confianza, sobre todo la confianza en que haría lo correcto, en que tomaría como suyo aquello que se había negado anteriormente.

Hizo a un lado los papeles de la mesa hasta encontrar el teléfono, descolgó y, tras una momentánea vacilación, marcó.

—Soy Nolan —anunció nada más escuchó descolgar al otro lado—. Tenemos que hablar.

Solo existía una forma de atajar todo aquello y era una que debía afrontar por el bien de ambos.

## CAPÍTULO 4

Charlotte encendió la luz y dejó caer las llaves en el recipiente de la entrada.

—Hogar dulce hogar —suspiró quitándose los zapatos y dejándolos tirados a un lado.

Estaba cansada, agotada tanto física como emocionalmente, algo que venía siendo habitual cuando se enfrentaba con Nolan. Todo lo que deseaba ahora era desnudarse y sumergirse en una bañera de agua caliente y sales perfumadas, no le haría tampoco ascos a un masaje, pero no era algo que pudieses pedir en modo servicio a domicilio, como las pizzas.

—El SPA tendrá que esperar al menos hasta el fin de semana, si es que sobrevivo —murmuró para sí.

Abandonó el recibidor y pasó al salón, el sobre que le había entregado el abogado dos días atrás seguía en el mismo lugar. Lo miró, quizá incluso le puso más atención de la que le había prestado hasta el momento y la culpa era del maldito y sexy hombre con el que tenía que vérselas todos los días en la oficina.

¿Cómo había sabido de la visita del abogado? ¿Chase le habría dejado también algo a él?

Su difunto marido adoraba a su hermanastro, si bien era el menor de los dos, sabía que había ejercido en más de una ocasión como el mayor, en especial tras la muerte de Ágata. Ella había sido un pilar importante para Nolan o eso es lo que le había dicho Chase en un inesperado arranque de celos por su parte. En vez de enfadarse, de sentirse traicionado por su explosión, por sus abiertos sentimientos hacia el hombre, se había reído y, tras volverla completamente loca con sus artimañas en la cama, le había hablado de la mujer y de su oportuna llegada a la vida del contratista.

*«Ella se ha convertido en su tabla de salvación, traviesa. Ha impedido que se hundiese y le ha mostrado el camino correcto a seguir. El amor puede presentarse de muchas maneras, en muchos niveles, pero solo aquel que es*

*sincero y busca el bien para la otra persona, es el que puede considerarse verdadero».*

La había apaciguado con sus palabras, con sus gestos y no le había quedado otra que aceptar que esa misteriosa mujer a la que apenas había visto un par de veces, era lo que Nolan quería y que junto a ella sería feliz.

Pero la muerte vino a llamar también a su puerta y, uno de los hombres más fuertes que había visto en su vida, cayó a sus pies, abrazado a su cintura, llorando por la pérdida de alguien amado. Chase había estado con ellos, había compartido el dolor de su hermano mientras ella lo abrazaba y lloraba con él.

Miró de nuevo el sobre, en la parte central estaba su nombre escrito de su puño y letra, la misma inclinación, los mismos giros... Conocía muy bien la letra de Chase pues había hecho una costumbre el escribirle cartas y notas, convirtiéndolo todo en un excitante juego entre los dos.

—¿Qué quieres de mí, Chase? —murmuró caminando hacia el sobre—. Te has ido, me has dejado sola, ¿por qué insistes en volver para atormentarme?

El abogado la había recibido en su despacho y le había pedido disculpas por importunarla de aquella manera, pero había una cláusula en el testamento que estipulaba que debía serle entregada esa carta al año de su fallecimiento, siempre y cuando no hubiese vuelto a contraer matrimonio.

Acarició el sobre con las yemas de los dedos y se lamió los labios.

Reconocía ese tacto, reconocía el papel, ese peculiar sobre con papel plisado y color cereza que solo utilizaba para una cosa: su código íntimo.

Él había creado un excitante juego para los dos, uno en el que su voluntad estaba atada a esas cartas desde el momento en que las abría, dónde encontraría las instrucciones exactas que debía seguir y las cuales le habían permitido encontrar una libertad que no podía comprender mucha gente.

—Te echo tanto de menos —musitó—, y sé que no soy la única. Oh Chase, ojalá pudieras decirme qué debo hacer, cómo enfrentarme a esto que me consume y que hace que quiera estrangularte al mismo tiempo que devorarte.

Tenía miedo. Miedo de sí misma, de quién era, de en quién se había convertido y sin la guía que la había mantenido a flote, sentía que cada vez se hundía más y más. Ya no era la inocente e ingenua chica de antaño, no era la universitaria que se había acostumbrado a salir con dos hermanos, con los que se había llegado a sentir como confidente para terminar amándolos a los dos y

obligándose a escoger solo a uno.

*«Una copa de vino tinto, dos onzas de chocolate y una vela de vainilla encendida. Cuando tengas todo eso listo y dispuesto, vístete solo con la bata de seda y abre la carta».*

Instrucciones llegadas del pasado, palabras formuladas con una caricia sensual y erótica, el código de aquel juego de mensajes.

—De acuerdo, amor —musitó cogiendo el sobre y apretándolo contra su pecho—, pero primero vas a permitirme que me dé un baño, porque si no me caeré redonda en el suelo y terminaré durmiendo sobre la alfombra.

Sonrió para sí y volvió a dejar la carta en el mismo lugar para darse ese merecido baño de inmersión al que no quería renunciar.

El aroma de la vela perfumaba el salón, se había puesto una camiseta de las que utilizaba para dormir, los calcetines y se había acurrucado en el sofá con una copa de vino en las manos. El chocolate la esperaba encima de un platillo, dos onzas perfectas y deliciosas listas para ser degustadas. Tomó un sorbo de vino, dejó la copa a un lado y se metió una onza de chocolate en la boca, saboreando el pecaminoso dulzor mientras rasgaba el borde del sobre.

El papel en su interior era el mismo que utilizaba entonces, de tacto apergaminado sobre la que destacaba una pulcra escritura. Desdobló la única hoja que había en su interior y se estremeció al leer ya solo la primera línea.

*«Mi dulce traviesa».*

Así era como la llamaba siempre en sus cartas, en sus momentos de intimidad y el recuerdo le acarició el alma.

Se obligó a tragar y movió en la boca el chocolate que se iba deshaciendo sobre su lengua en un intento de encontrar la energía necesaria para seguir leyendo.

*«Siento no poder estar ahí ahora mismo para perderme en tus ojos y probar tus labios. Espero que estés disfrutando de nuestra pecaminosa consigna, brinda por mí y cómete también mi onza de chocolate, por favor, no dejes ni las migas».*

Rio, no pudo evitarlo. Podía verle a través de sus palabras, imaginar sus gestos y dolía casi tanto como la animaba.

*«Si estás leyendo estas letras es porque has tomado una decisión que*

*sabes que yo no aprobaría. Has optado por enfrentarte a la vida sola y, si bien es algo que me enorgullece, también me preocupa».*

Se llevó el pulgar a la boca y se mordió la uña.

*«Has sido y serás eternamente mi vida, no importa si ya no estoy a tu lado, haré hasta lo imposible por velar por ti allí dónde me encuentre. Por ello te escribo esta carta, porque te conozco, porque conozco tu alma y sé lo frágil que eres en ocasiones, así como también lo fuerte que puedes llegar a ser. No eres una mujer que florezca en la soledad, Lotte, necesitas de compañía, una presencia en tu vida y ya es hora de que la obtengas.*

*Tenía que haber arreglado las cosas de otra manera, tenía que haberte impuesto a alguien, pero sé que eso solo haría que te escondieses en tu interior y renegases de quién eres en realidad, de lo que eres; una mujer hermosa, sensual y que necesita ser guiada y sobre todo amada».*

Se le secó la garganta, cada frase que avanzaba era como escucharle en su cabeza, como tenerlo justo allí hablando en voz alta.

*«Así que he ideado un juego».*

Sacudió la cabeza con una firme negativa.

—No, Chase, no... —se atragantó, se obligó a tragar y a no estrujar el papel—. No puedes...

*«Quiero que aceptes el siguiente desafío, traviesa. Quiero que juegues, que disfrutes, te abras por completo y lo hagas en un entorno dónde estarás segura, serás cuidada y sobre todo, te comprenderán».*

—¡No!

Soltó la carta como si le quemase, miró el papel ahora caído en el suelo, pero era incapaz de apartar la mirada de las letras, le quemaban los dedos por la necesidad de saber, de ver lo que seguía a continuación.

—Joder, Chase —gimió y se estiró para recuperar el papel.

*«Esta vez vas a jugar sin mí, pero no quiere decir que no esté presente. Lo estoy desde este mismo instante. Estaré presente en cada paso que des, en cada decisión que tomes y en cada noche que he dispuesto para ti. Será mi mano la que te guíe cada noche hasta la puerta, la que gire ese picaporte y te deje en las manos adecuadas».*

Sacudió la cabeza una y otra vez, sus labios musitando una continua negativa que se diluía bajo la inexplicable sensación de ardor y excitación que le provocaban así mismo esas palabras.

*«Jugarás por y para mí. Aceptarás los deseos del tutor que he elegido*

*para ti, sus palabras serán ley, sus órdenes tu consigna a seguir y el deseo la única recompensa que quiero para ti. Disfrutarás, te abrirás al placer, a su placer y al tuyo propio».*

Se levantó de golpe.

—¡Has perdido un tornillo! —le gritó al papel—. ¡No puedo! ¡No jugaré sin ti! ¡Siempre hemos estado juntos! ¡Siempre!

Incluso cuando decidía invitar a un compañero de juegos, él siempre estaba presente, su placer inflamaba el suyo, hacía que la oscura pecaminosidad que vivía en su interior fuese correcta y se sintiese maravillosamente bien aceptando el placer que le daban. Pero esto, esto era distinto, era...

—Oh dios...

*«Sé que estarás furiosa, lo más probable es que estés incluso soltando sapos y culebras por la boca, pero lo harás, Lotte. Jugarás y lo harás única y exclusivamente con el Tutor que he elegido para ti».*

Se le secó la boca.

*«No voy a privarte de la posibilidad de decidir, no sería justo puesto que no estoy ahí para discutir las cosas contigo. Así pues, tuya es la última palabra y dejo en tus manos la elección de jugar a esta última carta.*

*Hazme sentir orgulloso, mi pequeña traviesa y sobre todo, no olvides que te quiero, que cada una de mis palabras, acciones y decisiones están dispuestas para darte aquello que necesitas. Mi amor es tuyo incluso en la muerte, pero tu felicidad debe llegar en vida, no de los recuerdos, ni de la nostalgia y mucho menos del dolor. Ten confianza en ti misma, Lotte y tendrás al hombre que deseas a tus pies».*

No podía respirar, apenas podía asimilar lo que decían esas letras que bailaban ante sus ojos. Era él, cada una de esas palabras, cada frase, cada intención era de Chase, la forma en que la mantenía alerta, en la que tomaba las decisiones era solo suya.

Acarició la cara principal escrita y le dio la vuelta al papel solo para encontrarse una pequeña continuación en forma de un párrafo.

*«Si decides jugar, llama al teléfono que adjunto al final de la carta y dales tu nombre; Charlotte Every. Pero si tu decisión es abandonar, haz que la llama de la vela consuma esta cara y el fuego se lleve el último de nuestros juegos.*

*No permitas que pase el tiempo, no alargues innecesariamente una*

*elección, solo tienes las horas que te conceda la cera de la vela así que  
utilízalas bien.*

*Eternamente tuyo,*

*Chase Every».*

Acarició su nombre con reverencia, las lágrimas que no sabía ni que brotaban de sus ojos humedecieron el papel.

—Chase —murmuró su nombre—. ¿Qué me has hecho, Chase? ¿Qué me has hecho?

La vela titiló frente a ella, reflejándose en la copa de vino que seguía sobre la mesa en una silenciosa pregunta a la que tendría que dar respuesta.

## CAPÍTULO 5

*Dos días después...*

—Dani, cariño, ¿dónde demonios está la agenda con las citas de esta semana?

Nolan acababa de salir del ascensor cuando escuchó la voz de Brian, el bombero estaba registrando la mesa de la secretaria lo cual nunca daba buenos resultados.

—¿Te has molestado en mirar dónde te dije que la dejaba? Es decir, justo delante de tus narices y por debajo de la revista de coches que estabas ojeando —replicó la aludida apareciendo por el pasillo montando una A-Z—. Y saca las manos ahora mismo de mi mesa o te quedas sin ellas. Buenas tardes, Nolan.

Su compañero levantó la mirada y sonrió de soslayo al verlo, estaba claro que le encantaba molestar a la chica.

—Buenas tardes, Danielle —la saludó. Él era uno de los pocos miembros de la compañía a quién trataba con educación y cortesía—. ¿Garret ya ha bajado?

Había hablado con los socios un par de días atrás para exponerles el actual caso y obtener su opinión.

—Te está esperando en la sala de juntas —le informó dejando la carpeta de cartón sobre la mesa—. Camden no puede venir, ha llamado disculpándose y me ha pedido que te transmita, cito textualmente «estoy con lo que diga la mayoría».

—Ha tenido un problema en el restaurante, por lo que me ha comentado Mich —añadió su compañero—. Nada grave, pero lo suficiente importante para que se pierda la reunión.

Asintió. Hoy era una de las noches fuertes en el local que poseía el chef, así que no le sorprendía.

—Tenemos que ir a cenar un día al restaurante de Camden, Dani —le dijo el chico girándose ahora hacia ella.

—¿Te parece poco el tener que aguantaros durante mis horas de trabajo que quieres condenarme a hacerlo también durante mi tiempo libre? —replicó con gesto divertido.

—A Garret lo soportas.

—A él me lo tiro, a ti no —le soltó con absoluta franqueza—. Y además de trabajar para Crossroad, también ejerzo de asistente personal para el señor violinista.

Resopló.

—Joder, quiero una asistente personal así.

La chica le palmeó el brazo.

—Suerte con ello, *cowboy* —le dijo y desapareció dentro de la oficina.

—Esa gatita es dinamita.

—Y te explotará en la cara en forma de puño como Garret se canse de tus impertinencias con ella.

Puso los ojos en blanco.

—Me preocupa más la violencia de su alter ego —aseguró con un bufido.

Garret padecía trastorno de identidad disociativo y su segunda personalidad era de todo menos amable.

Sacudió la cabeza y vio salir de nuevo a la secretaria llevando la mentada agenda en las manos.

—Aquí tienes la agenda, jefe —canturreó con obvia mofa—. Recuerda que tienes una cita esta misma noche a las nueve. Me pediste que la apuntase la semana pasada y que te la recordase, así tuviese que darte con la agenda en la cabeza.

—Gracias, cariño, ¿qué haríamos nosotros sin ti?

Danielle llevaba más de seis meses trabajando ya para ellos, el mismo tiempo que llevaba de relación con su violinista. No dejaban de ser una pareja de lo más variopinta, sobre todo por los demonios existentes en cada uno de ellos, pero por el momento parecían estar bien juntos.

Si había alguien a quién había destrozado por completo la muerte de Ágata, ese había sido Garret, su pérdida lo había ahogado por completo dejando a Trey la batuta de su vida durante mucho tiempo. Ahora, gracias a esa mujercita, su amigo parecía empezar a despertar de su letargo y reconducir

su vida en el camino correcto.

—Sí. —El bombero empezó a frotarse la barbilla con gesto pensativo. Su previo humor dio paso a una notoria seriedad, algo que solo veías en él cuando su mente se ponía en modo trabajo—. Es la criatura de la semana pasada.

—¿Tiene otra cita esta semana? —se interesó. No era nada usual que Brian se tomase más de una noche con los clientes de la compañía.

Asintió y ni siquiera sonrió.

—La necesita —declaró en voz baja, entonces cerró la agenda y se giró hacia la secretaria—. Dani, haz una reserva para dos en el Avalons.

—Reserva en Avalons, hecho —le confirmó. Entonces lo miró a él—. ¿Queréis que deje hecho café por si la reunión se alarga?

Ella no se ofrecía a preparar café a menos que detectase que se trataba de algo importante.

—No —negó, entrecerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro—. Haz esa reserva y ven a la sala de juntas.

La petición sorprendió tanto a la chica como a Brian.

—¿Estás seguro?

Si se lo hubiesen preguntado hacía un par de meses, habría tenido dudas al respecto, pero después de hablar con Garret, ambos habían llegado al mismo punto; era hora de poner a prueba a su secretaria.

—Sí.

Él asintió y se giró a la chica.

—Bueno, amor, parece que vas a conocer el verdadero corazón de la Crossroad Company.

La muchacha parpadeó, los miró de uno a otro y tragó.

—Haré esa reserva y me reuniré con vosotros en la sala de juntas.

—Bien.

Era hora de abrir las puertas del Purgatorio una vez más.

—Entonces, vas a iniciar las sesiones con ella —comentó Garret repantingado en su silla—. Te ha llevado tiempo decidirte.

—Estoy seguro de que le habría llevado más si alguien no le hubiese pegado una patada en el culo —comentó Mich dedicándole una mirada

irónica.

—¿Quién? —se interesó Garret.

—Chase.

Brian enarcó una ceja.

—¿Qué hiciste? ¿Consultar a una médium?

Puso los ojos en blanco.

—No hizo falta, el hijo de puta le mandó un vídeo desde el más allá —replicó mordaz.

—¿Cómo? —El bombero parecía divertido con la situación.

—Le dejó una grabación con el abogado que debería serle entregada tras el primer aniversario de su fallecimiento a condición de que todavía estuviese soltero y disponible.

Garret dejó escapar un silbido.

—A eso le llamo yo joder a alguien desde el otro lado —aseguró el violinista—. ¿Y el contenido de ese vídeo tiene que ver con esta decisión?

—Mayoritariamente —aceptó y se pasó la mano por el pelo—. Mi hermano siempre ha tenido una forma muy peculiar para mantener a todo el mundo a su alrededor en vilo.

—Esto es para que te dé un ataque al corazón y vayas a hacerle una visita, tío —aseguró Brian—. Y no creo que sea un viaje de ida y vuelta.

—¿Qué tienes en mente? ¿Necesitarás ayuda?

La oferta de Garret curvó sus labios.

—¿No te llega con tu secretaria que quieres jugar con la mía?

Su amigo sonrió sin ambages y sacudió la cabeza.

—Danielle es suficiente para mí —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—, pero estamos unidos por un mismo juramento y si necesitas ayuda...

Los presentes asintieron con firmeza, corroborando las palabras del chico.

Sí, se habían hermanado tiempo atrás cuando decidieron levantar la Crossroad Company, incluso antes de eso, bajo el ala protectora de Ágata encontraron que tenían más similitudes que cosas que los separaban. Todas y cada una de las personas que estaban sentadas a esa mesa tenían demonios con los que pactar, una oscuridad interior que no podían permitirse sacar a la luz si no era en la más estricta intimidad.

—Ella es algo... personal —aceptó sin querer más detalles, sabiendo

que ellos lo entenderían—. Alguien de quién no he podido desprenderme a pesar de haberlo intentado. Y ahora, ahora solo quiero recuperarla. Solo espero tener la fuerza suficiente para ello.

Garret extendió la mano y le apretó la muñeca.

—La tendrás.

—Y siempre te quedará Jax en caso de necesitar un empujoncito extra —comentó Brian.

—¿Ya ha salido de su retiro espiritual? —preguntó Mich.

Garret sacudió la cabeza.

—Empiezo a pensar que ha hecho su residencia permanente ahí abajo — declaró señalando el suelo con un gesto—. No hay manera de verle el pelo. La semana pasada prácticamente he tenido que arrastrarlo hasta la oficina y Danielle casi le lanza algo a la cabeza cuando le metió mano. Tengo que reconocer que me resultó bastante divertido y caliente.

Sonrió de soslayo ante las palabras del violinista.

Jax era el único de los que conocía a Ágata que no había tomado parte en la empresa, no personalmente al menos. El hombre de cuarenta y cinco años era un espíritu libre pero su alma vivía igual de atormentada que la de ellos. Al contrario que la relación de confianza que se estableció entre los cinco, el amo del Purgatorio, como lo llamaba a menudo Camden, era un hombre que escondía sus emociones bajo una máscara de diversión y despreocupación que lo convertía en alguien superficial. Pero había calado bastante bien al hombre, sabía que era del tipo de personas en las que podías confiarle incluso tu vida y nunca te fallaría. La oscuridad que habitaba en su alma había hecho comunión con la suya y a menudo se habían encontrado en el Purgatorio y despojados de toda máscara.

—Es una opción a tener en cuenta —aceptó. No sería la primera vez que su amigo había intervenido en una de sus «sesiones» para hacer las cosas más interesantes—. Una que tú también deberías considerar.

Sus ojos se encontraron.

—Lo he considerado, créeme, lo he considerado.

—Me alegro porque aquí el señor contratista le ha dicho a nuestra caliente secretaria que se reuniese con nosotros en la sala —aseguró Brian dejando caer la información.

—¿No podías esperar?

Le sostuvo la mirada y no se amedrentó.

—Tú estás esperando demasiado —declaró—. Danielle no es tonta. Lleva tiempo con la mosca detrás de la oreja, sabe que hay mucho más que las tareas que le damos todos los días. Y, a la luz de los acontecimientos, ella ya es una *Crossroad*.

Suspiró.

—No hasta que entre en el Purgatorio —declaró, recordándole las normas—. Y solo si los socios la aceptan en pleno.

—No veo porqué habría de poner alguien problemas al respecto —se metió Mich—. Es una magnífica secretaria, una buena asistente personal y lleva a Trey de la correa.

Bufó ante la respuesta del abogado.

—No ha dicho nada que no sea cierto, Garret.

Se limitó a sacudir la cabeza y retomar la conversación.

—Tu chica —le recordó—. ¿Cómo tienes pensado introducirla? ¿Necesitas que se le envíe una invitación?

Se frotó la mandíbula.

—Eso es quizá lo más curioso de todo —aseguró y por más que pensaba en ello, no encontraba una explicación que le gustase—. Ella misma ha solicitado una invitación.

La sorpresa fue general.

—Vaya, eso es nuevo —silbó Brian.

—Jax recibió la llamada y, tras confirmar el nombre, se dio cuenta de que estaba en la lista.

—¿Tenemos una lista? —se interesó Mich.

Esa había sido también su pregunta cuando le llamó para avisarle de que visitaría el Purgatorio en breve.

—Nosotros no, la lista es de Jax —repitió lo que le había dicho el susodicho—. Y, antes de que preguntéis, se ha negado a dar más explicaciones al respecto.

—No son necesarias —murmuró Garret mirando la superficie de la mesa—, solo hay un lugar y una persona de la cual ha podido nacer esa lista.

Todos guardaron silencio, cada uno a su manera había pensado en lo mismo.

—Pero, ¿cómo podía saber...? —Brian sacudió la cabeza—. Siempre me ha dado repelús la forma en que ella parecía saberlo todo, como si fuese capaz de ver a través de tu alma y más allá aún.

El silencio volvió a instalarse entre ellos pero fue roto con la llegada de Danielle.

—Er, creo que se supone... que tenía que estar aquí.

Echó la silla hacia atrás y se levantó mientras Garret le tendía la mano.

—Sí, debes estarlo —declaró y le cedió la silla—. Mi voto es afirmativo.

Con eso, le revolvió el pelo a la muchacha y salió por la puerta dejando a Garret enfrentarse con su propio destino.

## CAPÍTULO 6

Los últimos seis meses habían sido como una prueba de fuego, ese hombre podía ser jodidamente complicado cuando se lo proponía, pero no iba a echarle toda la culpa cuando ella misma tenía su buena cuota. Se había acostumbrado a él, a pasar tiempo juntos no solo en la oficina o durante la última gira. Ambos tenían demonios internos con los que luchar e intentaban que eso no se metiese en la extraña relación que mantenían.

Si bien pasaba más tiempo en el apartamento de Garret que en su propia casa, ninguno había renunciado por completo a tener su propio espacio.

Y entonces estaba Trey, esa otra personalidad de su violinista que representaba su lado más oscuro, más salvaje y la empujaba a su propia oscuridad, hacia el hambre que la consumía y que él podía aplacar. Era como salir con dos gemelos, uno bueno y el otro deliciosamente perverso.

Pero era Garret el que la había conquistado y quién la acompañaba ahora en el ascensor hacia un lugar cuya existencia había desconocido.

En muchos aspectos, la *Crossroad* seguía siendo un misterio para ella, como lo eran también cada uno de sus socios.

—¿Estás segura de esto?

La preocupación en su voz la calentó. Estaba preocupado, puede que avergonzado, pero había decidido confiar en ella con aquel nuevo secreto y no dejaría que se echase atrás.

—Quiero saber quién eres, Garret —declaró—. Y si la respuesta está en ese lugar que guardáis con tanto celo, que así sea.

La miró a los ojos.

—Eres la primera mujer que conoce esta empresa y lo que encierra —comentó—, eres parte de... nosotros...

—Soy tu secretaria.

Entrecerró los ojos.

—Eres mucho más, Danielle, te lo aseguro y no solo para mí.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió a un nuevo mundo.

—Bienvenida a mi Purgatorio.

Dio un paso adelante y esperó a que lo siguiese.

—Un nombre interesante —comentó mirando a su alrededor—. ¿A qué se debe?

—A nosotros mismos, al lugar en el que podemos dar rienda suelta a la oscuridad que vive en nuestro interior y alimenta el malsano deseo.

Le tendió la mano y, tras mirarlo unos interminables instantes, le entregó la suya.

—Confías en mí.

Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Por extraño que parezca, sí, confío en ti —aceptó con sinceridad—. Así que no me decepciones.

Cerró los dedos alrededor de su mano y la atrajo hacia él.

—No quiero hacerlo, pero no me corresponde a mí juzgarlo.

Tiró de ella hacia unas puertas francesas y le mostró el verdadero significado de la *Crossroad Company*.

## CAPÍTULO 7

Tenía que estar loca para haber accedido a participar en este juego, total e irremediabilmente loca, pensó Charlotte mientras contemplaba su aspecto en el espejo. Se había maquillado de forma discreta, llevaba puesto un sencillo vestido con cremallera en la espalda que moldeaba su figura y dejaba las piernas al aire.

Se lamió los labios y repasó una vez más su atuendo. Se había cambiado ya tres veces, este vestido suponía la cuarta y seguía sin estar segura de si estaba haciendo lo correcto.

—Solo es un juego, conoces las reglas, has participado más de una vez...

Pero en aquellas ocasiones siempre lo había tenido a él para guiarla y recogerla al final de la noche.

—Joder, joder, joder.

Echó la cabeza hacia atrás y resopló con fuerza. Tenía que calmarse, conocía a Chase, sabía lo cuidadoso y meticuloso que había sido siempre con este tipo de juegos y sabía que no habría dado puntada sin hilo. No la metería en nada peligroso, no la incitaría si no supiese que era algo que necesitaba. Echó un último vistazo al sobre y a la carta. Las había mantenido cerca en todo momento como si fuesen un talismán. Se sabía el contenido de memoria, conocía cada giro del bolígrafo, cada punto y coma, cada párrafo... y con cada nueva lectura pasaba por distintos estados de ánimo que iban desde la emoción a la desilusión, de la ilusión al desasosiego para terminar enrabiada y con más dudas de las que tenía ya.

—Solo tú podías hacer de nuestro juego un auténtico desafío para volverme loca.

Deslizó los dedos sobre el papel como si pudiese adquirir así la fuerza que necesitaba, insuflándose los ánimos que parecían escapar por cada poro de su piel.

—Y lo estás consiguiendo, Chase —musitó deslizando la mirada sobre la superficie para encontrarse con el papel en el que había anotado la dirección a la que debía ir y un sobre negro con letras doradas que contenía la invitación que había recogido en un apartado de correos esa misma mañana.

El juego había dado comienzo en el mismo momento en que descolgó el teléfono dos días atrás. Las instrucciones empezaron en ese mismo instante con una dirección y un código de vestimenta y se fueron espaciando a lo largo de esas cuarenta y ocho horas.

Al lado de la invitación estaba el antifaz de dormir que habían adjuntado con la invitación, un trozo de tela de terciopelo rojo destinado a dejarla sin visión.

Se mordió el labio inferior y volvió a mirarse en el espejo.

Estúpidamente estaba reluciente, había un brillo en sus ojos que hacía tiempo que no veía, un color en sus mejillas y que obedecían a la excitación que ya recorría su cuerpo. No pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad para consigo misma.

—Y la oscura Lotte quiere salir de nuevo a la superficie —musitó pronunciando el apodo que su difunto marido le había dado, poniendo en voz alta la verdad que habitaba en su interior. Esa otra ella, una que disfrutaba de los pecados y el placer de la perversión y la nocturnidad.

Tragó. Sí, estaba asustada, aterrada incluso, pero el corazón le latía acelerado, la respiración había aumentado y la pesadez de sus pechos así como la incipiente humedad entre sus piernas no venía del miedo sino de la expectación.

—Es la hora —le informó a su propio reflejo. Recogió la invitación, el antifaz y su bolso y le dio la espalda con gesto decidido—. Que comience el juego.

Nolan se detuvo nada más salió del ascensor. El cambio de ambiente resultaba radical, era como dejar atrás el mundo moderno y real y adentrarse en uno de esos antiguos y lujosos salones de la época victoriana. El terciopelo rojo y el negro dominaban la sala dotándola de ese aire de elegante burdel que retrataban las películas y los libros, no dejaba de ser curioso y al mismo tiempo toda una declaración de intenciones del lugar al que se accedía solo por invitación.

Este era el purgatorio, una pequeña antesala a la que se llegaba a través del ascensor y cuyo único par de puertas de estilo francés, conducían a la zona privada de cada uno de los socios de la compañía.

Contempló con ojo crítico cada mueble. Desde los tres sillones dispuestos en U, las pequeñas mesas que los separaban a la luz artificial que emanaban las lámparas de las paredes y la araña del techo, todo había salido de la herencia que les había dejado su ángel. No habían soportado quedarse con nada más y, si aquello lo conservaban era solo por ella, por mantener vivo su recuerdo y no dejar que sus esfuerzos se perdiesen en el olvido.

Se encontró con su reflejo en uno de los dos espejos que alternaban la sala y que ofrecían un espejismo de infinito. Había decidido vestirse de negro, pantalón de vestir, camisa de seda, incluso el antifaz que le cubría el rostro era también negro y se confundía con las lentillas color café que cubrían ahora el verdadero color de sus ojos.

Allí no era Nolan Every, era el Tutor. Un hombre entregado al placer, forjado en los más oscuros pecados y listo para reclamar los propios de la mujer que se atreviese a entrar en ese mundo de oscuridad.

—Ah, ya estás aquí.

Se giró al escuchar el sonido de las puertas francesas y al momento la voz del recién llegado. Vestido como un antiguo dandi, Jax poseía esa aura intemporal que hacía que estuviese a tono con el decorado, convirtiéndole en una parte del atrezo. El hombre de mirada verde y revuelto pelo negro parecía haber hecho un pacto con el diablo pues, a sus cuarenta y cinco años, poseía el rostro de un veinteañero; por no hablar de que su actitud, la mayor parte del tiempo, hacía juego con dicha edad.

—Tu alumna acaba de llegar —le informó con abierta afabilidad—. Iba a bajar para recibirla ahora mismo.

Asintió, echó un nuevo vistazo a su alrededor y posó la mirada sobre el ancho e iluminado pasillo que dejaban a la vista las puertas francesas. Como si se tratase de una especie de hotel, las habitaciones se dividían a cada lado y terminaba al fondo con una inquietante pintura sobre el Infierno de Dante.

—Asegúrate que trae el antifaz consigo, si no es así, dale uno nuevo.

La quería privada de visión, no solo para proteger su propia identidad, sino para desestabilizarla, para hacerla consciente de que su voluntad ya no era suya y estaría en manos de otra persona; él. El primer paso era la confianza y para ganársela, primero tenía que derribar todas sus defensas,

dejarla en el limbo de modo que solo pudiese aceptar su mano o su toque, para guiarse.

—Y desnúdala —añadió sintiendo como su sexo se tensaba ante el solo pensamiento—. Vístela con una bata de seda y nada más.

Su amigo sonrió de soslayo.

—¿Estás ansioso o me lo parece a mí?

Se limitó a mirarle a los ojos, ambos se conocían bien.

—Ella es la que debe estar ansiosa, la quiero derribada a cada momento —declaró sin más—, que no tenga tiempo a pensar.

Asintió lentamente.

—La dejaré en la habitación en diez minutos.

Acordado el *modus operandi* de esa noche, dio media vuelta y se marchó canturreando hacia el ascensor.

Charlotte empezaba a preguntarse si había apuntado bien la dirección cuando el taxi la dejó delante de un complejo de oficinas. Las puertas de cristal de la entrada se habían abierto a los pocos segundos de estar ella allí y accedió a un solitario pasillo en el que solo había una planta y tres ascensores.

—¿Hola? —preguntó echando un vistazo hacia el final del corredor pero todo lo que había allí era una puerta cerrada.

Si bien sabía por experiencia que este tipo de lugares no están señalizados con letreros y luces de neón, siempre había alguien para conducirte o una puerta trasera por la que acceder, pero aquí, lo máximo que había era un enorme logo en el que podía leerse *Crossroad Company*.

—Está claro que me he equivocado de portal —murmuró haciendo una mueca.

Giró sobre sus tacones dispuesta a salir por la puerta y echar un vistazo desde la calle cuando uno de los ascensores anunció su llegada y las puertas se abrieron mostrando en su interior a un atractivo hombre que poseía un aire del viejo mundo; posiblemente todo ello se debía a su forma de vestir.

—Bienvenida Charlotte —la saludó con una voz profunda y sensual al tiempo que le tendía la mano—. Soy Jax, puedes considerarme el guardián de la entrada al Purgatorio.

Su voz le provocó un escalofrío y no estaba segura si se debía a sus

palabras o a la manera en que la miraba.

—¿Me acompañas? —pidió tendiéndole todavía la mano.

Vaciló pero su cuerpo tomó la delantera a su cerebro y posó la mano en la masculina antes de que pudiese darse cuenta de ello. En un abrir y cerrar de ojos estaba dentro de un elegante ascensor de paneleado de madera y las puertas se cerraban para empezar el descenso. Sí, el ascensor iba hacia abajo.

—Te enviamos un antifaz, ¿lo tienes contigo?

La pregunta la llevó a parpadear y asintió.

—Sí, yo... sí —balbuceó. Sacudió la cabeza y se concentró en su bolso—. Lo tengo conmigo.

Una inesperada mano resbaló por su brazo desnudo provocándole un momentáneo escalofrío.

—Tranquila, dulzura, estarás en buenas manos.

Sus palabras hicieron que levantase la mirada y se encontrase con esos amables ojos.

—¿Me permites? —le pidió el antifaz y ella se lo entregó.

Se lo colocó con suavidad, rozándole la cara con los dedos, moviendo su pelo, tocándole el cuello dándole a su ya de por sí acelerado corazón un motivo para correr aún más.

—Así —le escuchó susurrar en su oído. Con los ojos tapados el resto de sus sentidos empezó a incrementarse al punto de que podía escuchar el latido de su propio corazón en sus oídos—. El Tutor te recibirá esta noche y se encargará de ti durante tu estancia en el Purgatorio.

La palabra le provocaba escalofríos pero también evocaba todo tipo de pecados.

—Hay una serie de reglas que debes aprender y que exige que se cumplan —le informó.

—¿Reglas?

De nuevo esas manos estuvieron sobre ella, resbalando por sus brazos, ciñendo su cintura, acostubrándola a la presencia que ahora no podía ver.

—Es un código muy sencillo —un nuevo susurro ahora en su otro oído—. Una consigna.

Se estremeció. No podía evitarlo, como tampoco el que se le secase la garganta. Estaba nerviosa, inquieta, pero ello no evitaba que su cuerpo empezase a calentarse por la excitación.

Una consigna. Sí, entendía esas reglas del juego, las había practicado

antes solo que entonces, él había estado a su lado y sabía que nada malo le ocurriría.

*«La consigna de esta noche es: de rodillas».*

Una consigna que traía consigo todo tipo de eróticos juegos, la expectación de lo que estaba por llegar y que, a menudo, era el preludio de una sesión erótica de alto voltaje. Estaba acostumbrada a ser privada de visión, era algo de lo que él había disfrutado especialmente cuando se trataba de compartirla.

Su cuerpo acusó un ligero temblor y su sexo se humedeció al momento, el recuerdo de estar de rodillas, con los ojos vendados y abrir su boca para saborear el sexo masculino la puso caliente al instante.

Esa oscuridad que habitaba en su interior, de la que había disfrutado las ocasionales noches que su marido la llevaba a jugar a algún club o se citaban con algún amigo en común, emergía de su letargo deseando hacerse con el control, deseando más de lo que se había visto privada desde hacía más de un año.

—¿Sigues conmigo, Charlotte?

Su voz la sobresaltó y giró la cabeza en la dirección en que la había oído.

—Sí.

Le pareció oírle reír.

—Bien, en ese caso, escucha —le pidió acariciándole ahora la mejilla con los dedos—. Las reglas son muy sencillas. Deberás presentarte ante él desnuda, con solo una bata de seda la cual te facilitaré y con los ojos vendados.

Tragó. De acuerdo, eso podía hacerlo.

—¿Lo has comprendido?

—Sí.

—Bien —le acarició la parte de atrás del cuello con los dedos provocándole un nuevo estremecimiento de placer—. Si él te acepta como alumna y pasas, digamos el primer examen, recibirás una invitación como la de hoy, vendrás aquí a la misma hora y esperarás delante del ascensor hasta que yo te recoja. Seré quién te lleve a él. Solo yo. ¿Lo has entendido?

Asintió una vez más.

—Puedes hablar y preguntar lo que desees, pequeña —le acarició ahora los pechos, una breve caricia por encima de la tela que hizo que sus pezones

se endureciesen—. A mí y a él. Encontrarás que es severo, pero justo. Si necesitas cualquier cosa, solo debes decírselo. ¿De acuerdo?

—Sí —aceptó una vez más.

Sus manos volvieron a deslizarse por sus brazos, arriba y abajo, con suavidad, como si quisiera calentarle la piel pero sin llegar a hacer fricción.

—Relájate, lo disfrutarás —le susurró de nuevo al oído.

No pudo responder pues en ese momento el ascensor se detuvo y escuchó el sonido de las puertas al abrirse.

—Ven —notó la mano en la suya y lo siguió con un poco de torpeza al principio—. Despacio, sigue recto, muy bien.

El cambio de aire fue instantáneo, el calor provocado por algún tipo de calefacción elevaba la temperatura e incluso había una suave melodía clásica sonando a su alrededor.

—Quédate aquí quieta —pidió susurrándole de nuevo al oído—, enseguida vuelvo.

Lo escuchó caminar, alejarse y entonces el sonido de una puerta o algo que se abría, las bisagras hicieron un minúsculo sonido pero con todos sus sentidos alerta, llegó a escucharlo con claridad.

—Bien, ya tenemos la bata —le escuchó al otro lado de la habitación, sala o dónde quiera que estuviese—, ahora, si eres tan amable de quitarte el vestido, la ropa y los zapatos, los guardaré para que puedas recogerlos después.

Tragó, su sexo acusó de nuevo una inyección de humedad y sus pezones empujaron aún más contra el sujetador. Demonios, estaba excitada.

Se lamió los labios y se echó el pelo sobre el hombro para alcanzar la cremallera y bajarla un poco.

—Permíteme —le escuchó moviéndose a su alrededor, entonces sus dedos tocaron los suyos y la cremallera bajó por completo.

—Gracias —musitó sin saber muy bien si era lo indicado a decir.

Él se rio, un sonido claro y ronco.

—Un placer, princesa, un verdadero placer.

Respiró profundamente y se quitó los zapatos, el vestido y continuó con la ropa interior hasta quedar desnuda y expuesta a quién quisiera mirarla. Ni siquiera sabía si estaban solos, si habría alguien más mirando y esa incertidumbre la ponía nerviosa y la calentaba al mismo tiempo.

*Respira, Charlie, puedes hacerlo, solo respira*, se animó a sí misma.

Unas perezosas manos recorrieron entonces su cuerpo haciendo que se sobresaltase, le tocaron los pechos, se los amasaron, le pellizcaron los pezones y descendieron por sus caderas para luego deslizar una de ellas entre sus piernas en una sutil caricia.

—Sí, al Tutor le vas a encantar.

Y así como vinieron, las manos se fueron antes de sentir sobre su piel el tacto fresco de la tela, metió los brazos por la bata y se mordió el labio cuando él la rodeó desde atrás para anudarla.

—Es hora de que le conozcas.

Caminaron unos cuantos pasos, sus pies solo notaban la alfombra debajo mientras el corazón le latía a toda velocidad y, entonces, se detuvieron. Escuchó como llamaba a la puerta y acto seguido el sonido de esta al abrirse.

—Aquí está tu nueva alumna, la pequeña Charlotte.

Dicho esto, notó como le cogía la cabeza por la nuca y a continuación su aliento le calentaba los labios. La lengua penetró la línea de sus dientes y se sumergió en su boca, jugando con la suya y arrancándole un gemido que terminó con el beso.

—Disfruta de la noche.

Hecha la presentación, la empujó a lo que parecía una nueva habitación. Sus pies acusaron el cambio de suelo, esta vez madera y una vez retiró la mano de su espalda notó también el aire de la puerta al cerrarse tras ella.

—Bienvenida al Purgatorio, Charlotte.

Se estremeció, un profundo escalofrío la atravesó por dentro y fue directo a su sexo, humedeciéndola y haciendo que se le secase la boca ante la profunda y ronca voz del hombre al que llamaban el Tutor.

## CAPÍTULO 8

Nolan no podía dejar de mirarla, sin los tacones que utilizaba en la oficina, despojada de su armadura de trabajo, la curvilínea y deliciosa criatura que tenía ante él le inflamaba los sentidos. Tenía el pelo suelto, tan rubio como siempre, sus ojos cubiertos por el antifaz y la cabeza ladeada como si quisiera escuchar algo. Sonrió, ahora estaba en su terreno y solo escucharía lo que él deseaba que escuchase.

Caminó a su alrededor, la notó temblar, tensarse, pero no pasó por alto la forma en que cambiaba su respiración, apretaba los muslos o esas duras cúspides que se apretaban contra la tela de la bata.

—Respira, criatura —matizó la voz, oscureciéndola, dotándola de mayor profundidad y dejando que se reflejase también el placer y el hambre que ella le despertaba.

La vio dejar escapar el aire y volver a inspirar. Estaba nerviosa, muy nerviosa pero expectante y ese era un buen comienzo.

Llevó las manos a la parte delantera de la bata, desanudó el cinturón y separó la tela para bajarla por sus brazos. Era una visión exquisita y tentadora, sus pechos llenos, los pezones duros y rosados, toda esa piel blanca y cremosa y el delicado pubis rasurado a excepción de un pequeño y coqueto montoncito de vello rubio.

Siguió descendiendo por sus piernas hasta las uñas de sus pies, las cuales estaban pintadas de un vívido color azul cielo. Sonrió, le parecía un detalle encantador.

—Charlotte.

Pronunció su nombre para ver su reacción, para ver si le reconocía pero todo lo que hizo ella fue levantar la cabeza, atenta.

—Un nombre bastante oscuro para una mujer de piel tan blanca.

Ella se estremeció, vio cómo se lamía los labios y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no besarla y degustarlos.

—Jax te ha explicado, espero, la consigna de la noche —declaró, la rodeó y deslizó ambas manos por sus hombros, bajando por su clavícula para acunar y elevar juntos esos deliciosos pechos mientras le acariciaba el cuello con la nariz—. Te quiero desnuda cada vez que vengas a mí —le lamió el cuello y la chupó provocándole un pequeño gemido—, y llevarás ese antifaz hasta que considere que te has ganado mi confianza al entregarme la tuya.

Deslizó una de las manos hacia abajo, hundió el pulgar en su ombligo y siguió serpenteando hasta acariciar esos suaves rizos.

—Puedes preguntar lo que desees cuando lo desees —continuó deslizando los dedos hacia abajo, encontrándose con su sexo ya húmedo y caliente—, te escucharé y te daré una respuesta si considero que la necesitas —la acarició, obligándola a aflojar los muslos, pegando su espalda contra su torso—, y, por encima de todas las cosas, me obedecerás.

Se estremeció contra él y aprovechó el movimiento para penetrarla con un dedo. Dios, era tan caliente y estrecha.

—¿Lo has entendido, Charlotte?

Había algo pecaminoso y oscuro en llamarla de esa manera. Esta mujer no era su Charlie, era mucho más, era la que había estado esperando toda su vida.

—Sí —musitó con voz trémula, derritiéndose a su alrededor, humedeciéndose aún más.

—Bien —declaró subiendo la boca por su cuello, chupándole el lóbulo de la oreja y susurrarle al oído—. En ese caso, ven —abandonó su cuerpo, cogió su mano y la guio al otro lado de la habitación, a la cama—. Tiéndete boca arriba y separa las piernas y los brazos. Esta primera lección, la recibirás atada.

Notó su inmediato estremecimiento, pero no la dejó protestar, la empujó hacia atrás y la ayudó a acomodarse para luego coger su muñeca y llevarla hacia uno de los extremos para ceñir la esposa de cuero que allí había a su alrededor.

La falta de visión la ponía nerviosa y la excitaba al mismo tiempo. Su cuerpo ya estaba en llamas y él no había hecho otra cosa que acariciarla, empujarla sobre una superficie blanca y atarla.

Tiró de manos y pies y se mordió el labio al darse cuenta de que, si bien tenía cierta movilidad, las restricciones la dejaban indefensa y abierta a lo que quisiera hacerle.

Agudizó el oído, todavía le cosquilleaban los labios del inesperado beso de Jax pero el abrumador silencio la perturbaba y hacía que todos sus sentidos despertasen al mismo tiempo masificándose. Tragó, se obligó a respirar lentamente y en la oscuridad se recordó así misma que esto era lo que quería, lo que había accedido a hacer; parte del juego.

Un sonido, un pequeño clic y el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose. La respiración se le aceleró, afinó el oído, pero no escuchó nada más que el suave encuentro de la madera con el dintel al cerrarse de nuevo.

Se lamió los labios, los notaba reseca, ladeó la cabeza, pero el sonido de las sábanas provocada por su propio movimiento la distrajeron de su misión principal; localizarle.

Un suave sonido de pasos a su izquierda, bastante cerca a juzgar por la silenciosa presencia que la rondaba, escuchó el sonido metálico de algo cayendo encima de la mesilla, entonces el de algo resbalando contra la tela y...

—Espera...

Las palabras abandonaron su boca antes de que pudiese retenerlas. No había podido evitarlo, algo duro se posó sobre sus pechos y bajó resbalando hasta su estómago. ¿Un cinturón? Parecía el tacto del cuero y encajaba con el sonido que había escuchado antes.

Espero, rogó en silencio por una respuesta, pero esta no llegó, en su lugar notó el cálido aliento a menta ante sus labios, una leve caricia que no hizo más que aumentar la velocidad de sus latidos.

Se los lamió, no podía dejar de hacerlo, era un movimiento recurrente que ponía de manifiesto lo nerviosa que estaba.

—Ah... yo...

Algo duro y caliente se posó en sus labios y presionó. Un dedo, ¿la estaba mandando callar?

—Por ahora, te mantendrás callada —como si hubiese escuchado su pregunta mental, soltó un arrastrado sonido muy masculino pidiendo silencio —, solo hablarás si necesitas que me detenga.

Abrió la boca necesitando más aire del que entraba por su nariz y ese dedo abandonó sus labios solo para que la inanimada dureza que la había

sobresaltado volviese a deslizarse una vez más por su piel.

Se estremeció, no pudo evitarlo, la sensación era tan intensa como erótica, apenas era una caricia pero el rastro que dejaba sobre ella la encendía, hacía que se le llenase la boca de saliva y sintiese como se le humedecía el sexo.

Su mano se movió con pereza sobre su estómago, podía sentir como los dedos bajaban entre sus muslos hasta que uno de ellos se deslizó entre la espesa y resbaladiza crema que los humedecía. Fue un movimiento fugaz, sustituido por el tacto del cuero. Tembló reprimiendo un gemido de placer cuando la lisa superficie bajó hasta su centro y casi gritó al sentir como la esquivaba en el último minuto.

—No.

Tiró de las restricciones cuando le negó la caricia, retirándose por completo. Quiso gritar, quiso protestar, pero le recordó la consigna de esa noche.

—Silencio.

Una única palabra, una voz rasposa y profunda que hizo que moviese la cabeza en su dirección. Se obligó a apretar los labios para evitar decir algo, hacerle preguntas, rogarle... ¿qué? ¿Qué la desatase? ¿Qué siguiese con esa exquisita tortura?

Cerró los ojos detrás del antifaz y se obligó a respirar profundamente solo para acabar atragantándose cuando el suave cuero resbaló de nuevo entre sus muslos, ahora acariciándole los mojados pliegues. Contuvo el aliento, era incapaz de moverse mientras esperaba una nueva pasada del cuero y cuando llegó, lo hizo con un golpe seco sobre la desnuda carne de su sexo. La intensidad de la misma resonó en la habitación y la hizo saltar en la cama. El caliente ardor del latigazo le atravesó el bajo vientre e hizo que sus intestinos se apretaran solo para notar como se humedecía aún más.

—Jo...der...

Tembló y escuchó el sonido de las restricciones al mismo tiempo que tiraba de ellas, incapaz de quedarse quieta cuando un segundo golpe, igual de caliente que el primero cayó en el centro arrancándole un quejido.

—Por favor... —tiró de las muñecas, se retorció sobre la cama, pero no sabía si para escapar o para acercarse más.

Se sentía en llamas, ese pecaminoso lado oscuro suyo quería más, quería esto.

Lo escuchó suspirar o quizá fue una risa, fuese como fuese, se movía a su alrededor, cambiando de posición como si no deseara que supiese de dónde iba a venir el próximo golpe.

—Shh —un nuevo susurro mandándola callar, el aroma de la menta y entonces unos labios estaban sobre los suyos, separándolos y la codiciosa lengua se coló en su boca socavando su voluntad en un húmedo y candente beso.

Algo la acarició al mismo tiempo, deslizándose sobre su dolorido y húmedo centro, resbalando entre la humedad de los labios y haciéndola estremecer. Un dedo, quizá dos, el talón de la mano presionando contra el vibrante calor mientras el calloso pulgar le rozaba el excitado clítoris haciéndolo salir.

Gimió en su boca cuando su dedo se deslizó en su interior. Arqueó el cuerpo ante la invasión deleitándose con la inesperada sensación. Lo introdujo hasta el fondo, lo movió y volvió a salir con pereza dejándola temblorosa y sin posibilidad de escapar. Estaba imitando los mismos movimientos que su lengua, follándola con la misma perezosa cadencia hasta que ambos apéndices la abandonaron.

Jadeó en busca de aire, se lamió los labios por acto reflejo y apenas había conseguido respirar un par de veces antes de que esa parte plana y dura cayese con fuerza sobre su palpitante coño una y otra vez.

Se retorció, no conseguía remontar el primer golpe de calor cuando llegaba otro y nunca en el mismo lugar. La intensidad variaba también, pero no así la frecuencia hasta que ya no pudo hacer otra cosa que gemir en voz alta.

—Oh dios, oh dios, oh dios...

El dolor dejaba tras de sí un relámpago de agonizante calor, una vibración que la mantenía en el borde y rogando por ese último empujón que la mandaría de cabeza al orgasmo. Tembló, la sensación de esa herramienta de erótica tortura la hizo mojarse aún más cuando resbaló con mucha suavidad sobre su abusado sexo, entonces desapareció y ese dedo volvió de nuevo a su interior, con fuerza, arrancándole un nuevo jadeo.

El sonido de las restricciones se convirtió en una especie de banda sonora mientras tiraba de ellas, su cuerpo transpiraba, le dolían los pechos, notaba los pezones duros y solo podía rogar en silencio que ese dedo invasor terminase lo que había empezado.

—¡No!

El grito escapó de sus labios al mismo tiempo que la frustración recorría su cuerpo. La estaba torturando, la llevaba al borde solo para mantenerla allí y alejarse.

Sacudió la cabeza sobre la almohada y gritó de frustración pero él ya se había retirado. Le costó volver a concentrarse, buscarle con el oído, el corazón le latía en las sienes y hacía cada vez más difícil poder escuchar algo que no fuese su propia respiración.

—Por favor... —musitó en voz baja, apenas un hilillo.

—Gime, grita, lloriquea —escuchó su voz al oído, calentándola con su aliento—, es todo lo que quiero escuchar de tu boca.

Se lamió los labios. Su voz era firme y oscura, de una forma erótica y ajena a todo lo que había experimentado en su vida. Le escuchó moverse a su lado, el frufú de la ropa y entonces el colchón hundiéndose bajo ella.

Su pecho recibió entonces toda la atención por la que había estado suspirando. Notó como movía la cabeza, sus labios se lanzaron sobre un duro y puntiagudo pezón, succionándolo, mordisqueándolo y tirando con vehemencia un segundo antes de que le propinase un nuevo y caliente golpe a los mojados labios de su sexo haciendo que alzase las caderas con un grito. La penetró sin previo aviso, su dedo hundiéndose con fuerza en su interior, masturbándola, volviéndola loca hasta que todo lo que pudo hacer fue correrse y gritar su liberación en voz alta.

Pero él no se detuvo, siguió amamantándose de su seno, provocándole nuevos estremecimientos y estirando el doloroso placer al volver a dejar caer de nuevo la palma abierta contra su sexo. Su clítoris recibió el impacto de la correa, hinchándose, encendiéndose todavía más y catapultándola al momento a un segundo orgasmo que se encadenó al primero.

No podía respirar, le dolía la garganta por los gritos, pero era incapaz de hacer otra cosa. Todo su cuerpo temblaba, estremeciéndose, deshaciéndose por completo bajo el ardiente placer que le había concedido un completo desconocido.

Podía sentir la palpitación entre las piernas, la humedad bañando sus muslos y, a pesar de ello, seguía queriendo más, necesitando que la llenase de nuevo, que pusiese sus dedos en aquel lugar o en su defecto, el erecto sexo que todavía no había probado.

Sorpresivamente su mente estaba tranquila, no había ni pizca de arrepentimiento o vergüenza y, cuando intentó pensar en ello, solo encontró la

tranquila voz de Chase, recordándole que esto era lo que él quería, lo que le había permitido tener una vez más.

—No es suficiente.

Parpadeó detrás del antifaz. ¿Lo había escuchado de verdad o era un eco de sus propios pensamientos?

La respuesta llegó en la forma de esa codiciosa mano aferrándole el sexo, haciendo que se arquease y tirase de nuevo de las restricciones.

—Estás empapada —le escuchó al oído, entonces su lengua lamiéndole la oreja—. Abre la boca.

Antes de poder elucubrar el motivo de tal petición uno de sus duros y largos dedos atravesó sus labios y pudo probarse a ella misma.

—Lámelo. —Una orden firme y definitiva que la empujaba a obedecer.

Se estremeció, había algo oscuro en la forma en que hablaba, algo demandante. Cerró los labios sobre la falange, la succionó con suavidad y lo lamió, jugando con la lengua.

Notó como un fuerte brazo le levantaba la cabeza y entonces las almohadas siendo recolocadas hasta que quedó ligeramente incorporada.

—Respira profundamente.

Retiró el dedo de su boca y ella lo hizo.

—Ahora abre. —Le acarició la mandíbula y al momento siguiente notó el plástico tacto de un preservativo alrededor de la gruesa cabeza que atravesaba sus labios y resbalaba sobre su lengua.

Tragó de forma instintiva y se obligó a relajar la mandíbula y abrir la boca para acoger el duro pene que le era ofrecido.

—Suave.

Sus palabras eran como una guía, como una pequeña descarga eléctrica que hacía que todo su cuerpo respondiera al momento. Le dolía el sexo, no solo por las picantes caricias, sino porque necesitaba más, quería ese pene que ahora la llenaba estirándola allá abajo.

—Un poco más.

Empujó en su boca y tuvo un momentáneo acceso de pánico que la llevó a gemir y tirar de las restricciones. Estaba completamente inmovilizada, si decidía metérsela hasta el fondo no podría hacer nada para evitarlo. Dios, era tan aterrador y al mismo tiempo tan excitante.

Intentó relajarse, respirar por la nariz y aflojar los músculos de la garganta para permitirle avanzar un poco más. No fue demasiado lejos,

parecía saber con exactitud lo que hacía, hasta dónde podía llegar. Volvió a salir y volvió a entrar follándole la boca, controlando cada centímetro que introducía para no lastimarla ni ahogarla.

—Utiliza la lengua —le acarició la mandíbula, una pequeña caricia tan delicada que contrastaba con la fuerza que había en él, una que veía incluso aunque tenía los ojos vendados—. Fóllame. Quiero que me chupes con fuerza.

Lo dijo en voz baja, oscura y sexy y fue su perdición. Cerró los labios, lo apretó y deslizó la lengua sobre su longitud, acariciándole la punta y molestándole al mismo tiempo que se hubiese puesto un condón. Quería conocer su sabor, quería tragar cada gota de su excitación, pero la parte racional, esa que de vez en cuando salía a la luz, le decía que esa polla probablemente había estado en otros sitios de los que no quería saber y el condón era lo adecuado.

Retiró el miembro casi por completo de su boca para luego volver a introducirlo, le dejaba probar su gruesa longitud, tentándola, despertando esa viciosa alma que vivía en su interior, la única que él había conocido y amado, la que había sacado a la luz enseñándola a disfrutar de ello y no avergonzarse de sus preferencias.

Chase la había llevado de la mano, le había enseñado y le había permitido dar rienda suelta a su sexualidad solo para desaparecer y dejarla tan vacía que no había sabido que hacer con su vida durante todo ese último año.

Las penetraciones empezaron a hacerse un poco más profundas, más fuertes y tuvo que concentrarse en el miembro que jugaba entre sus labios. Jugó con él, succionando la punta como si fuese un caramelo, impidiéndole penetrar más hondo antes de dejarle llegar hasta dónde deseaba.

La cama empezó a mecerse bajo ella al compás de sus embestidas, podía notar su cuerpo sobre ella, a su alrededor y con todo seguía sin conocer más tacto que el de la polla que le llenaba la boca. Aumentó la velocidad y levantó la cabeza voluntariamente para tragar unos milímetros más, para comérselo, para degustar esa dureza cada vez más hinchada hasta que escuchó su gruñido y a continuación abandonó su boca.

Se lamió los labios hinchados y abusados y no pudo evitar sonreír para sí. Le había hecho correrse, incluso sin haber probado su semen, sabía que lo había hecho.

Escuchó atenta, podía notar su movimiento, seguirle por el sonido, entonces la cama volvió a mecerse bajo ella, hundiéndose entre sus piernas

cuando esa enorme figura descendiendo sobre ella.

—Húmedo, rosado, perfecto para mí.

Arqueó las caderas cuando notó como el dedo se hundía en su interior deslizándose sin dificultad. Estaba tan mojada que podía notar el frescor de la humedad en sus muslos y la fricción que ejercía la yema del pulgar sobre su clítoris la estaba enloqueciendo. Se habría sonrojado si no estuviese ya colorada cuando notó como se mojaba, los jugos manando de su sexo en una abierta invitación.

No pudo evitarlo, ya no podía contenerse y suplicó.

—Por favor...

Sus dedos se retiraron solo para sentir un punzante azote contra sus hinchadas carnes que la hicieron saltar. Al primer golpe llegó otro, y otro, y otro más hasta que todo lo que pudo hacer fue gimotear.

—He dicho, silencio, Charlotte.

Tembló, las lágrimas se escapaban de sus ojos, pero no podía evitarlo, estaba tan caliente, tan necesitaba que todo lo que quería hacer era gritarle que la follase de una maldita vez. Pero no hizo falta pues esa codiciosa boca estuvo entonces allí, dedicándole suaves caricias de la lengua que separaban sus pliegues y la volvían loca. Empezó con suavidad, probándola, degustándola hasta que encontró su entrada y penetró profundamente, succionándola y arrancándole al mismo tiempo pequeños gritos de placer.

La devoró sin reservas, succionándola, bebiendo de su húmedo sexo con ruidosa hambre para luego rodear su clítoris con la lengua. Las sensaciones eran imposibles, los colores estallaban como relámpagos detrás de sus ojos cegados y su cuerpo se deshacía ante el rabioso placer que no podía eludir y hacía que se retorciese debajo de su boca, tirando de pies y manos y se arquease echando la cabeza hacia atrás para gritar en voz alta su liberación. Tembló bajo su boca, estremeciéndose mientras él seguía lamiéndola, recogiendo sus jugos, gruñendo de lo que solo podía placer y le dejó hacer incapaz de moverse, sin fuerzas.

No sabía si habían pasado minutos u horas cuando sintió como se aflojaban las abrazaderas de los tobillos y a continuación la de las muñecas. Unos fuertes dedos le acariciaron los miembros allí donde habían estado restringidos devolviéndoles la circulación, borrando la sensación de indefensión. Apenas era consciente de la manera en que se hundía el colchón, del cambio de peso antes de que algo suave y fresco cayese sobre su cuerpo.

—Descansa unos minutos —escuchó esa dura y ronca voz—, pronto empezaremos con la lección número dos.

Dicho eso notó como le acariciaba el pelo y como el colchón cedía de nuevo bajo ella cuando él se levantó, dejándola sola. Volvió a escuchar el sonido de la puerta al abrirse y entonces también algo parecido al correr del agua.

Respiró profundamente y permaneció allí quieta pensando en todo lo que le depararía la noche. Si esta era la primera lección, temblaba de excitación al pensar en la siguiente.

## CAPÍTULO 9

Charlotte no podía dejar de mirarle. En algún momento de sus previos juegos había perdido el antifaz y ahora podía ver al hombre que la había poseído despertando ese oscuro lado de sí misma que había conseguido mantener a raya el último año. Estaba de pie a los pies de la cama, alrededor de metro ochenta o metro noventa de pura masculinidad, fuerza y una arrolladora sexualidad que le hacía la boca agua. Subió hacia su rostro y no pudo evitar sentirse un poco desilusionada al ver que llevaba una máscara negra que solo dejaba a la vista unos inteligentes ojos color café, los labios y un fuerte mentón.

—¿Lista para una nueva lección, Charlotte?

Su voz le provocó un estremecimiento de placer, su sexo reaccionó de inmediato humedeciéndose y tuvo que tragar para conseguir encontrar la voz. Si escucharle detrás del antifaz la ponía caliente, el poder hacerlo viéndole, le quitaba el aliento.

—Sí.

¿Qué podía decir? Se había arriesgado, había aceptado el juego y, después de probar lo que tenía para darle, le costaba encontrar razones para negarse y terminar con ello.

Solo esta noche, solo una carta, solo una invitación. Se había repetido esa consigna antes de salir, se había dicho que lo hacía por Chase, por su memoria, para que él no se sintiese decepcionado con ella. Pero ahora... egoístamente, quería quedarse por sí misma.

—En ese caso, ven aquí.

Tragó una vez más y cumplió con sus demandas. Estar tan cerca de él, viéndolo, siendo por primera vez consciente de su físico la puso mucho más nerviosa de lo que esperaba.

—La primera lección se trataba de confianza, de dar el primer paso, de arriesgarse ante lo desconocido —declaró sin tocarla, pero no hacía falta, su

mirada parecía capaz de acariciarla—. Ahora, veamos si podemos ir un poco más allá, probar esa confianza más allá de la oscuridad. A veces cuesta mucho más entregarse viendo lo que tenemos delante, viendo nuestro propio placer que hacerlo a oscuras, dónde podemos incluso escondernos e imaginar que somos otras personas.

Sus palabras la noquearon. No solo por el contenido sino porque era algo que Chase le había dicho una vez.

*«La confianza que se da con los ojos cerrados no es la misma que con los ojos abiertos. A veces el no ver nos mantiene a salvo, pero, ¿qué mayor placer existe que el que se encuentra en los ojos de la persona que también lo disfruta?»*

—Los nervios siempre son una buena antesala para el placer —le dijo deslizándose las manos por sus brazos, rozándole los pechos, el pubis, pero sin ir más allá. Sus ojos capturaron los suyos y le sostuvo la mirada mientras hablaba—, pero el miedo debe quedar fuera de esta habitación, ¿entendido?

Asintió ante su petición.

—En voz alta, Charlotte, quiero oírte.

Se lamió los labios.

—Sí, lo he entendido.

Le acarició el rostro como había hecho antes y no pudo evitar inclinarse hacia esa caricia. Había algo en él que la tranquilizaba, que le daba la confianza que necesitaba para entregarse a este tipo de juegos. Era extraño, incomprensible para sí misma y, al mismo tiempo, no era algo que no hubiese hecho con anterioridad.

*Pero entonces tenías a Chase como vigilante.*

Pensar en su marido le provocó un pequeño escalofrío, pero casi al instante lo vio en su mente, sonriendo, observándola como solía hacerlo cuando practicaban esta clase de juegos.

Estoy aquí, pequeña, siempre estaré aquí.

Se tranquilizó, se lamió los labios y levantó la mirada.

—¿Quieres compartir tus demonios? —la sorprendió con una mirada tranquila, firme y penetrante—. Está claro que algo te acaba de pasar por la mente.

Bajó la mirada turbada porque se hubiese dado cuenta y él le cogió la barbilla y le levantó de nuevo el rostro.

—A menudo la percepción de las cosas cambia la forma en la que

interpretamos un escenario —le dijo mirándola a los ojos—, en la que decidimos sucumbir. Los demonios suelen utilizar el momento siguiente, cuando la mente empieza a funcionar de nuevo y crean el caos. No dejes que se adueñen de ti, no les permitas robarte aquello que te pertenece, que es tuyo y de lo que nunca debes esconderte.

Le sostuvo la mirada durante unos momentos.

—Alguien me envió aquí, alguien que ya no está en este mundo —respondió dando voz por primera vez a sus pensamientos—. Y el que no esté hace precisamente que el aceptar su última petición sea... difícil y al mismo tiempo fácil porque es lo que querría de mí.

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Y qué es lo que quieres tú, Charlotte? —le preguntó—. ¿Qué es lo que quieres tú y solo tú?

Se lamió los labios un par de veces.

—Más —murmuró—. Solo... un poco más...

El pulgar se deslizó sobre sus labios y se los acarició, separándoselos un poco antes de continuar hasta su cuello y prodigarle una pequeña caricia.

—De rodillas.

Se lamió los labios una vez más, estaba nerviosa, pero la idea de poder ver por fin ese miembro que había tenido en la boca la llenaba de curiosidad y excitación.

—Quiero tu boca y tus manos —la instruyó—. Hazlo con suavidad.

No tenía que decírselo dos veces, pensó deleitándose con la visión de la dura y caliente carne erecta ante sus ojos. Se relamió y deslizó un dedo sobre la columna disfrutando del tacto satinado de la delicada piel así como de la dureza que existía bajo esta. Unas gruesas venas marcaban la longitud mientras la cabeza hinchada y rojiza brillaba con incipiente humedad.

Respiró profundamente, abrió la boca y dejó que su lengua resbalase sobre la punta en forma de seta mientras intentaba abarcar su diámetro con los dedos en una delicada caricia. Él no se movió, pero su cuerpo respondió a sus caricias, dándole las indicaciones que necesitaba para saber que lo estaba haciendo bien. Lo lamió desde la punta hasta la base, le acarició el saco y lo pellizcó consiguiendo un siseo y un respingo de su parte.

—He dicho con suavidad, Charlotte —la amonestó—. No seas diablillo o pagarás las consecuencias.

Su oscura promesa la diluyó por dentro, su sexo acusó el golpe de sus

palabras y palpité de necesidad.

—Céntrate, alumna.

Parpadeó y se obligó a concentrarse en lo que tenía entre las manos, en esa salobre dureza que la llamaba. Abrió la boca y bajó sobre la cabeza, tragándosela, degustando su textura y sabor, rodeándola con la lengua y acariciando la pequeña hendidura provocándole un nuevo estremecimiento que esta vez acompañó de un gruñido y de sus dedos envolviéndose alrededor de su pelo.

Chupó con suavidad, jugando con su lengua, acariciándole y bajando todo lo que podía sin ahogarse para luego retroceder. Se ayudó con las manos, apretando la base, jugando con sus testículos para luego prodigarles el mismo tratamiento con su lengua y labios. Los succionó, le mordisqueó la piel y volvió a encargarse de la dura columna como si fuese un delicioso caramelo.

Ahora podía notar como su respiración había cambiado, notar el aroma almizclado de su sexo y ver como su carne brillaba por acción de su saliva. Levantó la mirada y lo encontró mirándola, sus ojos brillando con lujuria contenida.

—Sigue —le indicó con voz rota, mucho más gruesa de lo que solía ser —, succiona más fuerte.

Lo hizo, dejó que se retirase de su boca hasta quedarse solo con la punta y apretó los labios a su alrededor, succionando con una fuerza que lo hizo gemir en voz alta y cerrar los dedos en su pelo con más fuerza, empujándola hacia abajo. Guio sus acometidas, la mantuvo quieta mientras le follaba la boca con la polla, cuidando de no lastimarla, de permitirle respirar y esa ilusión de ausencia de control la puso incluso más caliente.

Lo chupó con fuerza, apretó cuando se retiraba dejándole incursionar en su boca, en su garganta para luego torturarle con su lengua.

La presión se incrementó, notó el tirón de dolor en el cuero cabelludo así como sus caderas impulsándose hacia delante con más ímpetu. Se obligó a respirar en pequeñas dosis, a acogerle en su cavidad hasta que notó como se estremecía y un caliente y salobre chorro se precipitaba hacia su garganta. Tragó con dificultad, con él alojado todavía en su boca, dejándole vaciarse y bebiéndose todo su semen en el proceso.

—Tu boca se merece un sobresaliente —la premió dejando sus abusados e hinchados labios, los cuales no dudó en acariciar con el pulgar—. Y tú retribución por un trabajo oral bien hecho.

Tiró de ella sin previo aviso, un duro y firme brazo le rodeó la cintura y su boca encontró la suya hundiéndole la lengua para degustarse a sí mismo. La besó con ardor, succionó su lengua y disfrutó de la sensación de ese duro cuerpo pegado al suyo antes de que la soltase dejándola sobre sus tambaleantes piernas.

—Tiéndete y abre las piernas para mí.

Tragó, no pudo evitar temblar ante la manera en que se lo ordenó. Porque era obviamente una orden, una que le costaba obedecer y, sin embargo, allí de pie, con sus ojos puestos sobre ella, sentía la imperiosa necesidad de saltar y correr a seguir sus indicaciones.

No se dio prisa, se convenció a sí misma de ello, le dio la espalda y apenas había dado un paso cuando sintió una dura y caliente palmada en el culo.

—A menos que quieres que ponga esas bonitas nalgas de un vivo color rojo, muévete.

Sus palabras y la amenaza implícitas en ella fueron suficientes para que saltase a la cama y se sentase de inmediato. Lo que fuese para proteger su culo de él.

Lo vio sonreír de soslayo, un gesto que era la primera vez que veía y que le provocó un estremecimiento. Había algo peligroso en esa mueca, algo pecaminoso y travieso.

—¿Tienes ganas de desafiarme, Charlotte? —preguntó con tranquilidad, pero el brillo de diversión en sus ojos desmentía ese tono.

Tragó compulsivamente y negó con la cabeza.

—No. Ni la más mínima.

Su respuesta pareció causarle gracia, pues sacudió la cabeza, rodeó la cama y palmeó el colchón.

—Más arriba —la instruyó y, cuando estuvo en la posición que la quería, le cogió la muñeca izquierda y la llevó a las esposas forradas que salían de los extremos de la cama y la restringió allí.

Esperaba que diese la vuelta a la cama y le atase también la otra muñeca, pero lo que hizo fue bajar a los pies de la cama, cogerle los tobillos y separarle las piernas de golpe.

—Si los mueves o cierras las piernas, le daré a ese cremoso y brillante coñito un mínimo de cinco azotes con el cinturón —la previno. Tiró de sus caderas hacia abajo, dejándola totalmente extendida y retenida por una mano y

bajó la cabeza entre sus piernas dónde le sopló el sexo—. Puedes gritar si quieres, pequeña, de hecho, te invito a que lo hagas.

Se incorporó para mirar esa cabeza oscura hundiéndose entre sus piernas pero volvió a dejarse caer cuando una lenta pasada de su lengua la barrió de atrás hacia delante.

—Ay madre...

A la primera pasada le siguió otra igual de lenta, aumentó la profundidad y añadió ahora un par de dedos al juego que separaron sus labios dejándola más expuesta aún.

No pudo evitar arquear las caderas, levantando la pelvis para recibir más de aquello, pero él se retiró solo para propinarle un pequeño golpe con la palma a modo de aviso. No la censuró, no la regañó, pero tampoco hizo falta cuando volvió a lamerla y hundió la lengua tan hondo como podía en su hendidura para luego succionar con fuerza.

Dejó escapar un pequeño gritito que terminó uniéndose a otros a medida que su juego se hacía más caliente y profundo. Sus manos resbalaron por debajo de sus nalgas, abriéndola todavía más y levantándola de modo que pudiese comerse su sexo.

Gimió, sacudió la cabeza, tiró de la muñeca que tenía atada y retorció las sabanas bajo la otra mientras se deshacía bajo esas atenciones.

—Oh... dios... por favor...

Se amamantó de su sexo, chupó los jugos que brotaban de su caliente e hinchado coño y le escuchó gruñir de aprobación ante su sabor. La lamió como si fuese un caramelo, alternaba pequeñas pasadas de la lengua con penetraciones sin dejar un solo centímetro desatendido.

Se mordió el labio inferior, estuvo tentada de taparse la boca para evitar gemir tan alto pero el pensamiento se esfumó tan pronto descubrió la oculta perla de su clítoris y lo torturó provocándole todo tipo de espasmos y agónicos gemidos.

—Oh dios...

Su lengua era como un látigo sobre su excitada carne, la pequeña perla empezó a crecer bajo sus atenciones como lo hacía el creciente orgasmo, todo su cuerpo transpiraba de sudor y no podía dejar de retorcerse debajo de él. ¿Cerrar las piernas? ¡Ja! Si acaso las abriría más para que le diese lo que quería.

Y entonces, sus dientes entraron en juego, la mordieron con la suficiente

presión como para arrancarle el aliento de los pulmones y catapultarla directa al explosivo orgasmo.

—Um... bonito, pero todavía no es suficiente.

Bajo el murmullo de sus palabras se encontró desatada, girada boca abajo y puesta sobre manos y rodillas. Notó como la cama se movía y vio cómo se acercaba a uno de los muebles, abría un cajón y extraía de su interior un puñado de preservativos que lanzó sobre la superficie. Cogió uno, lo abrió y se confundió en él antes de volver con ella y hacerla sentir la cabeza de su polla presionando en su sensible y chorreante coño.

—Espera... oh... dios...

—Quiero follarte sin nada —le susurró—, pero primero tendrás que confiar en mí, en que cuidaré de ti y te daré justo lo que necesitas cuando lo necesitas.

Jadeó, no podía ni respirar.

—La próxima vez, Charlotte, recuérdalo.

Todavía no había bajado a la tierra por el primer demoledor orgasmo y él ya se enterraba en ella hasta el fondo, sus manos aferrándole las caderas, hundiéndole los dedos en la carne mientras la hacía gritar con cada nueva caricia de su polla.

Empezó lentamente, como si quisiera recrearse en cada pequeña sensación, que notase cada centímetro de su miembro incursionando en ella para luego resbalar fuera y volver a entrar con más ímpetu.

La folló sin contemplaciones, el sonido de la carne golpeando con la carne se unió a sus propios gemidos, a los gruñidos masculinos y creó una especie de banda sonora que no cambió durante el tiempo que estuvieron jugando con esa intensidad.

Apenas podía respirar, el previo orgasmo no había desaparecido por completo de su organismo cuando ya se estaba construyendo uno nuevo.

—Oh señor... por favor...

La penetró con más fuerza, sus rodillas rasparon contra la sábana cada vez que empujaba, las sensaciones creciendo hasta que todo lo que podía hacer era luchar por respirar.

—Todavía no, Charlotte —susurró su nombre—, todavía no.

Sus acometidas bajaron entonces de intensidad, notó sus dedos resbalando entre ambos, penetrándola junto con su sexo antes de que se hundiesen entre sus nalgas y la sorprendiera penetrándola allí.

—¡Tutor!

El ardiente relámpago la atravesó sorprendiéndola, la doble penetración de su polla y sus dedos la enloqueció y solo pudo gritar el único nombre que conocía de él.

—Dámelo todo, pequeña, entrégate por completo —le escuchó en su oído, su voz rasgada, fuerte y erótica—, no te reserves nada, libérate de esas cadenas que aferras. No quiero nada entre tú y yo, Charlotte, absolutamente nada.

La penetró con más fuerza, su pene incursionó en su interior mientras sus dedos hacían lo mismo en su ano y acabó perdiendo la batalla con la cordura. Se dejó ir, dejó que su cuerpo tomase el relevo y se entregase al cegador placer que le era proporcionado hasta que todo a su alrededor estalló en un segundo y demoledor orgasmo acompañado por sus propios gritos.

Charlotte perdió la noción del tiempo, no podía moverse, los espasmos de la brutal liberación recorrían todavía su cuerpo cuando él salió de su interior, sentía su propio latido en los oídos y una sensación de agotamiento que iba más allá de lo físico.

Una mano le acarició la espalda, sabía que era una mano incluso sin verla, el colchón cedió a su lado y ese cuerpo enorme y cálido se mantuvo a su lado vigilante y silencioso.

—No te muevas de ahí.

Lo sintió levantarse, desaparecer en el baño unos segundos para volver de inmediato.

—Si... quieres que me vaya... vas a tener que esperar a que me funcionen... las piernas.

—¿Estás preparada para irte? —le dijo él reuniéndose con ella de nuevo en la cama.

Dios, no. No lo estaba. No quería dejar ese lugar, no quería enfrentarse de nuevo con la persona que era fuera de esas paredes, no quería volver a su solitario apartamento y no quería volver a quién era fuera de esas cuatro paredes.

—No.

Una nueva caricia, entonces un tirón en el pelo y se vio obligada a girar la cara y encontrarse con esa máscara que le ocultaba el rostro.

—No, no lo estás —aseguró sin dejar de mirarla—, pero el que seas consciente de ello, es el primer paso para graduarte, Charlotte, y también el

más importante.

Bajó sobre sus labios y se los acarició con suavidad, no exigía, solo daba y ella se entregó con los ojos cerrados a esa sensación durante el resto de la noche.

## CAPÍTULO 10

Garret no había desnudado su alma ante otra persona desde que lo había hecho ante Ágata y ahí estaba ahora, acompañado por ella, caminando bajo el frío de la mañana, envueltos por la niebla y en silencio. Su deliciosa secretaria lo había acompañado durante la noche, había atravesado las puertas del Purgatorio con ciertas dudas, pero se había mantenido estoica, a su lado, atravesando el infierno que había vivido una vez y que lo había traído hasta aquí.

Danielle era un alma tan dañada como él mismo, sus demonios colisionaban con los suyos propios, buscaba en él la fuerza que él mismo buscaba en ella. Lo aceptaba con sus defectos y esa maldita enfermedad que lo había condicionado toda su vida.

Esa noche le había desnudado el alma o al menos un fragmento de ella, le había abierto una parte de quién era y ella le había escuchado como siempre, con esa irritante tranquilidad que le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Para ser sincero consigo mismo, no sabía si la amaba, si podía pensar en ella de esa forma, pero sabía que estaba a gusto a su lado y que era la única que los aceptaba a Trey y a él.

—Um... ¿sabes? Una visita temprana al cementerio no es algo que mejore una noche llena de altibajos —le soltó ella—. Tú y yo nos entendemos en el sexo, pero cojeamos en lo de las relaciones.

Sonrió de soslayo.

—Has conocido el Purgatorio, pero no conoces todavía el motivo por el que se originó.

Le había hablado de un pasado marcado por ciertos sucesos, le había comentado que había podido salir, pero ahora quería presentarle a la persona que lo había ayudado a hacerlo.

—¿Y el motivo está en un cementerio? Joder, Garret...

—*Ella* está aquí.

Algo en su voz hizo que perdiera ese borde irónico.

—¿Ella?

La cogió de la mano, le besó los dedos y la guio hasta su lugar de descanso eterno.

—Ella.

Danielle se quedó mirando el dulce ángel de piedra, una figura dormida que descansaba sobre un pilar en el que podía leerse un nombre.

—Ágata Crossroad —leyó en voz alta y se guardó para sí el epitafio—. Crossroad.

*Como la compañía*, pensó al mismo tiempo.

—Ella fue la única que pudo ver a través de mí, a través de la autodestrucción y el despojo de humanidad que era entonces. Fue quién me enseñó que la música puede ser tan hermosa como mortal para el alma —dejó escapar un suspiro—. Por ella creé la compañía y la encaucé a ayudar a otras personas como Ágata me ayudó a mí, nos ayudó a todos.

—¿Quién era?

Danielle lo vio en sus ojos. Vio el dolor, el tormento que a veces vislumbraba en sus actuaciones con el violín.

—Fue muchas cosas distintas, pero por encima de todo, fue mía.

Se lamió los labios y volvió a mirar la estatua.

—¿La amabas?

—Tanto que cuando me dejó quise seguirla —su confesión la sacudió—, y por primera vez en la vida, Trey hizo algo bueno por mí; Lo impidió. No dejó que saltase al vacío.

Se estremeció.

—Imagino que lo estás diciendo en sentido metafórico.

La miró y negó con la cabeza.

—Te dije que mi alma era oscura, Danielle y que si te quedabas a mi lado, no encontrarías nada más.

Le sostuvo la mirada durante unos silenciosos instantes.

—Dime solo una cosa —pidió—, no voy a preguntar nada más. Ella es tu pasado, puede que incluso haya sido tu vida, pero ahora hablamos del presente y necesito saberlo.

Entrecerró los ojos.

—¿El qué?

—¿Saltarías ahora?

Vio la respuesta en sus ojos, en la forma en que movió los labios y la fuerza de sus palabras.

—No —negó con firmeza—. Mientras tú seas ese presente, no, no lo haré.

Sus palabras la llenaron mucho más de lo que jamás había pensado que era posible.

—En ese caso solo tengo una cosa que decir al respecto.

Se acuclilló frente a la tumba y acarició la lápida.

—Gracias, Ágata Crossroad —murmuró—. A partir de aquí, ya me encargo yo. Le daré con el violín en la cabeza tantas veces como haga falta, tenlo por seguro...

*Pero no dejaré que salte, no dejaré que se lleve mi corazón consigo.*

Porque lo amaba, de una manera única y que solo podía darse entre ellos dos, lo quería lo suficiente para luchar por y para él, para enfrentarse a sus demonios y salir vencedora.

Levantó la mirada y se encontró con la mirada masculina empañada.

—Puede que no seamos buenos con las relaciones, Garret, pero tú acabas de darme un motivo para intentarlo con todas mis fuerzas —aceptó sin andarse por las ramas.

—¿Eso quiere decir que te conservaré como secretaria?

Bufó.

—Intenta encontrar a alguien más que aguante en el puesto el mismo tiempo que yo.

Se rio y correspondió a esa risa mientras miraba de reojo la figura del ángel.

*Lo haré. Mientras él esté dispuesto a mantenerme a su lado, lo querré con toda mi alma y lucharé por él, te lo prometo.*

Una silenciosa y húmeda brisa se elevó a su alrededor y, durante un insignificante momento, creyó escuchar una lejana risa de dicha.

## CAPÍTULO 11

Tarde. ¡Mierda! Era la primera vez en todo el tiempo que llevaba trabajando para Nolan que llegaba tarde. Se había quedado dormida. Había sido llegar a casa, meterse en la cama y dormir como un bebé. Juraría que era la primera vez en mucho tiempo que no sucumbía a las pesadillas o a la tristeza terminando en llanto.

Si bien sentía en el cuerpo las deliciosas e intensas lecciones del tutor, había algo que hacía que se sintiese más tranquila; el conocimiento de que aquel juego había sido orquestado por el único hombre que la había conocido en realidad. De algún modo eso le producía una paz de espíritu que evitaba que el gusanillo de la culpabilidad y los reproches llamase a su puerta.

Atravesó las puertas de la oficina de la inmobiliaria y dejó la chaqueta en el colgador para dirigirse hacia su mesa.

—Buenos días, Charlie.

Se detuvo en seco y escuchó el sonido de sus propios tacones rascando el suelo al hacerlo. Giró la cabeza y se encontró con su atractivo jefe al lado de la cafetera intentando servirse un expreso.

—Buenos días.

Demasiado brusco. Por dios, si casi había gruñido. ¿Qué demonios le pasaba? A él le traía sin cuidado lo que hiciese con su vida, no iba a pedirle permiso o darle explicaciones de lo que hacía fuera de las horas de trabajo.

—¿Va todo bien?

Se obligó a adoptar su postura de siempre.

—Sí, perfectamente —declaró dejando que resbalase el bolso de su hombro y dejándolo a un lado de la mesa.

Su mirada se volvió más intensa, como si estuviese buscando algo.

—¿Estás segura?

Enarcó una ceja.

—Sí —replicó con total normalidad—. ¿A qué viene tanta pregunta?

—Bueno, eres más exacta que un reloj suizo, Charlie y has llegado... casi una hora tarde —se justificó—. Empezaba a preocuparme.

Vale, aquello tenía sentido.

—No hay nada de lo que preocuparse —declaró con sencillez. Le miró y resopló al ver que seguía sin ser capaz de sacarle un maldito expreso a esa máquina—. No ha pasado nada que no tenga arreglo.

—Entonces, sí ha pasado.

Le quitó el vaso y lo empujó a un lado.

—La lavadora decidió dejar de funcionar —soltó la primera estupidez que se le pasó por la cabeza—, no quería que se me inundase el cuarto de la colada.

—Bueno, si es por... la lavadora... me quedo más tranquilo.

Le miró de soslayo, ¿por qué le parecía que encontraba todo aquel asunto demasiado divertido?

—Tendrás que llamar al fontanero.

—Ya lo hice —atajó sacando el café y tendiéndoselo—. ¿Han traído el pedido que faltaba?

Le indicó el escritorio con un gesto de la barbilla para luego saborear su café.

—A primera hora de la mañana, tienes el albarán y la factura con ese montón de catálogos nuevos que han llegado también —le informó.

Localizó dicho montículo de papeles y asintió.

—Bien —aceptó complacida—. Ya no tendré que extirparles las amígdalas o buscar otro proveedor.

—No sé, nena, a Chris Cooper le ha hecho tanta ilusión tu amenaza que arde en deseos de y, cito textualmente *«tengo que conocer a esa perra psicótica que tienes por secretaria, Nolan, ha hecho que mis chicos se meen en los pantalones. Estoy pensando incluso en robártela»*.

Parpadeó ante las palabras de su jefe.

—Por encima de mi cadáver —resopló ante el solo pensamiento.

—Eres una secretaria bastante eficiente, si dejamos a un lado la mala leche —le aseguró pasando a su lado de camino a su propia oficina.

Extendió la mano señalando la oficina.

—Y esta secretaria eficiente va a quedarse aquí —replicó con un bufido—. No trabajaría para ese viejo ojeroso ni por el doble de mi sueldo.

—¿Viejo ojeroso? —El apodo le causó gracia—. Chris tiene mi misma

edad, cachorrita.

Lo miró de arriba abajo con suficiente disimulo. A diferencia de Cooper, él no tenía una barriga cervecera, tenía una buena mata de pelo y no era un capullo integral pendiente de un par de tetas.

—No te deprimas, Nolan, tú todavía conservas el pelo —le soltó entonces.

Las comisuras de los labios de su jefe empezaron a extenderse con notoria diversión.

—No sé si agradecerte la apreciación o correr un tupido velo.

—Sin duda lo segundo —se escabulló como pudo.

Sacudió la cabeza y señaló su oficina con el pulgar.

—Chris tiene un nuevo proyecto en la mesa que me interesa y mucho, posiblemente terminemos haciendo una sociedad para el mismo, así que procura no clavarle las tijeras en el culo si viene a verme.

—Intentaré apuntar un poco más abajo y del otro lado —rumió más para ella que para él.

Ahora sí que se rio, lo hizo por lo bajo pero era una risa pura y satisfecha.

—Te sienta bien que se te... estropee la lavadora, Charlie.

Resopló.

—Sí, tanto como salir a correr cada día a las seis de la mañana —resopló.

—Pues sería una buena manera de mantenerse en forma y llegar despejada a la oficina —le soltó él—. ¿Qué te parece si nos ponemos con ello la semana que viene?

Arrugó la nariz.

—¿El qué? ¿Correr por las mañanas?

—Es una actividad de lo más sana y hace que el cuerpo se mantenga en muy buen forma física —aseguró con tanta seguridad que empezaba a pensar que lo estaba pensando de verdad—. Además de despejar la mente.

—Mi mente está perfectamente, gracias —replicó. Aunque se inclinaba a pensar que la de ese hombre empezaba a hacerse pedazos. ¿En qué demonios estaba pensando?—. Y me mantengo en excelente forma física...

—¿Viendo una maratón de películas de amor en televisión?

Abrió la boca para protestar pero sus palabras quedaron opacadas por el grito ochentero de la inquilina del bajo.

—¡Señor Every! ¡Sé que ha sido usted! ¡Venga aquí ahora mismo y dé la cara, *jovencito*!

Nolan dejó escapar un profundo resoplido, puso los ojos en blanco y echó la cabeza hacia atrás.

—Y aquí vamos otra vez con la loca del bajo —masculló al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. ¿Qué le ha ocurrido ahora a su local, señora Pibody?

—¡Me han cortado la luz! —escuchó a la exaltada mujer—. ¡Y es todo culpa suya! ¡Le dije que ese contador no funcionaba como debe!

No llegó a escuchar la respuesta pues su jefe ya salía de la habitación y se dirigía hacia las escaleras. El tener la oficina en un edificio de tan solo tres plantas, tener su despacho en la primera y que la mujer que poseía el bajo fuese una vieja kamikaze les había reportado toda clase de cosas insólitas.

—Charlie —la llamó asomándose por la puerta—. Contacta con una de nuestras inmobiliarias asociadas y que te den precios de estudios. Si tengo que lidiar una vez más con esta mujer, la enterraré yo mismo.

Dicho aquello salió por la puerta para poner solución a la locura del día.

## CAPÍTULO 12

Si antes resultaba difícil trabajar con ella, ahora se iba a convertir en un infierno.

Nolan no podía sacarse su sabor de la boca, no podía dejar de ver su cuerpo desnudo y vibrando de placer. Al verla entrar por la puerta se había dado cuenta de que le excitaba la modosa secretaria.

La otra noche sido un sueño hecho realidad, uno en el que no solo había tenido a esa voluble hembra sino que había descubierto quién habitaba debajo de toda esa piel. En muchos aspectos, ella era como él, alguien que luchaba con los demonios que lo perseguían y le robaban la vida de la que jamás deberían haberse escondido para empezar.

Charlie era mucho más complicada de lo que pensaba, la muchacha que había conocido en su juventud nada tenía que ver con la mujer que había disfrutado del oscuro placer y, al mismo tiempo, seguía habiendo algo que le recordaba a los viejos tiempos. El tiempo había pasado para ambos, sus prioridades habían sido otras, los tres habían seguido su propio camino solo para reencontrarse años después para enfrentar los duros golpes de la vida; y ella todavía seguía luchando ahora.

Se permitió contemplarla unos momentos más en silencio, desde la puerta. La manera en que se movía lo excitaba, su polla engrosó dentro de los pantalones y el deseo lo agujoneó otra vez. Quería volver a tenerla, quería más de ella, quería ver cómo se doblegaba su voluntad y aceptaba todo aquello que deseaba proporcionarle. La clave era la confianza y él estaba dispuesto a conseguir la suya de un modo u otro.

—Quizá es el momento adecuado para tensar un poco la cuerda y ver hasta dónde estás dispuesta a llegar —murmuró barajando ya las posibilidades.

Sabía que había empezado fuerte, pero necesitaba probarla, comprobar que esa dulce mujer podría con lo que tenía pensado para ella y le había

sorprendido gratamente que así fuese.

«*Ella no es ajena a estos intercambios*». Le había dicho Jax tras acompañarla y pedirle un taxi. «*Está nerviosa, pero su excitación es la de alguien que disfruta del borde de la oscuridad*».

Sí, ella no era ajena a esas prácticas y las disfrutaba, lo que le daba si cabía una esperanza mayor.

—...sí, se lo haré saber —escuchó que contestaba al teléfono—. Gracias. Que tenga un buen día.

Optó por entrar, había llegado el momento de probar a esa gatita y empujarla un poco más en la dirección que le interesaba; sus brazos.

—Juro que esa mujer va a agotarme la paciencia —le dijo haciéndola partícipe de su presencia—. No sé cómo se las arregla para meterse en problemas y culpar siempre a los demás.

Se giró y se encogió de hombros con gesto elegante.

—Llevas diciendo que quieres otro local desde que empecé a trabajar para ti —comentó a modo de recordatorio—, y seguimos en el mismo sitio.

Sonrió de soslayo. La muy ladina...

—No seguirá siendo así por mucho tiempo —le dijo, se detuvo a su lado y apoyó la cadera contra el escritorio de modo que su erección no fuere evidente. Demonios, se la follaría ahora mismo si no supiese que eso jodería todo lo que había conseguido la noche anterior.

—Bueno, entonces ¿a qué hora quieres que te recoja mañana? ¿A las seis te parece bien?

—¿Recogerme para qué?

—Correr, Charlie, habíamos quedado en que te vendría bien un poco de ejercicio.

Sacudió la cabeza.

—No, ni hablar —chasqueó la lengua—. Olvídalo.

Se inclinó hacia delante y la picó.

—¿Tienes miedo de no estar a la altura?

Se incorporó y se llevó las manos a las caderas.

—Para ponerme a tu altura no me llegarían ni mis tacones más altos.

—Deportivas, Charlie, se corre con deportivas.

Entrecerró los ojos.

—No voy a salir a correr contigo —declaró—. No voy a correr y punto. Y ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer como seguir buscando

estudios para que puedas librarte de la ochentera del bajo.

—Hoy estás mucho más... batalladora que de costumbre.

—En absoluto.

—Sí, lo estás —insistió—. Lo que hace que me vea obligado a recordarte que yo soy el jefe y tú la secretaria.

Ladeó la cabeza.

—Pues sepa usted, jefe, que esta secretaria tiene trabajo que hacer —le soltó—. Y mientras se dedica a lidiar con el señor Cooper, yo continuaré con mis pesquisas.

La miró divertido.

—Espero que tengas unas buenas zapatillas para correr.

No esperó respuesta, le dio la espalda y se encerró en su propia oficina para preparar su próximo encuentro.

No podía esperar a tenerla de nuevo.

—¿Soy yo o de repente me echas de menos?

Jax sonrió ante la respuesta que recibió al otro lado de la línea. Nolan acababa de contactarle para organizar una nueva sesión en el Purgatorio y no podía negar que le gustaba la idea de tenerle por allí.

Cuando los chicos se unieron para decirle que iban a crear la *Crossroad Company* sintió emociones encontradas, la partida de la pequeña estaba demasiado reciente, pero al mismo tiempo sabía que ella lo aprobaría, especialmente por Garret. Ágata se entristecería si a su chico del violín le pasaba algo.

Ambos habían sido muy parecidos, estaban solos y perdidos y se encontraron el uno al otro. Ágata fue para todos, y se incluía en ese grupo, el cabo que necesitaban para mantenerse a flote.

Pero Nolan también había pasado sus momentos de debilidad, se había enfrentado consigo mismo y había perdido el rumbo y la causante era la mujer que ahora tutelaba.

*«La necesita, Jax, nunca será feliz hasta que la tenga. Y ese día llegará».*

Parecía ver las cosas que nadie parecía ver, saberlas antes que ocurriesen, no sabía si llamarlo intuición o había sido algo que tenía que ver

con ella, pero le había puesto los pelos de punta en más de una ocasión.

—Yo no soy el que se pasa la vida metido en un agujero —le aseguró su amigo.

Sonrió, no pudo evitarlo. Sabía lo que los socios opinaban de él y su necesidad de soledad, pero era así como le gustaba vivir. Había tenido su cuota de emociones a lo largo de su vida y ahora, lo que le apetecía era vivir cada día sin más.

—Me gusta mi agujero —le respondió jovial—. Está hecho a mi medida.

—No te lo discutiré.

—Entonces, ¿qué tienes en mente? ¿Vas a seguir tutelándola?

—Charlie ha demostrado encajar en el Purgatorio —se justificó—, ahora entiendo muchas de las cosas a las que Chase había hecho referencia. Siempre fue consciente de que yo la quería...

—Y se encargó de que ella estuviese abierta a esa posibilidad, ¿me equivoco?

No, no lo hacía. Había visto la mirada en la mujer, como vacilaba pero también como la excitaba todo aquel juego. Y, sobre todo, había estado allí después, su espíritu había cambiado, no sabía cómo explicarlo pero sabía que algo había cambiado y solo era el principio.

—A la luz del encargo que me ha dejado, no, no te equivocas.

Sabía que el hermanastro le había dejado un vídeo poniéndolo en un delicioso y caliente aprieto.

—Y bien, ¿qué tienes en mente?

—Algo que sin duda te va a gustar —aseguró—. Necesito empujarla un poco más, ver hasta dónde se atrevería a llegar... que aceptar...

Sonrió de soslayo.

—Aceptará tus órdenes, someterse a tu voluntad —resumió—, pero lo que necesitas saber es si ella podría con tu propia oscuridad...

—La dejé escapar una vez —suspiró—, no soportaría perderla de nuevo, no cuando sé que si lo hago, no solo me perderé yo, la perderé también a ella.

No. No lo haría, ella no lo permitiría.

—Así que necesito que me eches un cable.

Su sonrisa se amplió y no pudo evitar relamerse ante las posibilidades que implicaban sus palabras.

—De acuerdo, Nolan, soy todo oído.

## CAPÍTULO 13

Charlie quería matar a su jefe casi con tanto ahínco como deseaba saltarle encima. Esa primera noche había despertado la parte que había estado dormida en su interior devolviéndole la imperiosa necesidad de contacto, uno que había añorado más de lo que debería. A la incertidumbre de cuándo sería su próxima cita, si es que la había, se le había sumado la locura deportista de Nolan.

Su jefe no había bromeado, al día siguiente se había presentado delante de su casa, había aporreado la puerta a las seis de la mañana y, tras despertarla con unas energías que ella no tenía a esas intempestivas horas, la había obligado a salir a correr.

Sí. Iba a matarle muy lentamente, luego le haría pedacitos y se los daría de comer a los peces; eso sí sobrevivía a su quinto día de carrera matutina.

El cómo había conseguido salirse con la suya era un auténtico misterio. No era deportista por naturaleza, pero para nada, Chase era el que solía salir a correr o iba al gimnasio y ella la que se beneficiaba de dichos resultados desde un cómodo sofá. Su mayor esfuerzo era levantar el libro que estuviese leyendo en esos momentos.

Aquel era un cambio radical en su vida, uno autoimpuesto por el chalado del hermanastro de su marido, el cual había pasado de no importunarla más de lo necesario a convertirse en un grano en el culo esa última semana.

Si ya de por sí era difícil mantenerse al margen, el tener ese cuerpo sudoroso y atlético a su lado a primera hora de la mañana, cuando su cerebro todavía no procesaba, estaba resultando fatal para sus neuronas.

El único día que en realidad descansaba de su presencia eran los jueves y, estúpidamente, era el día en que más lo echaba de menos.

Hoy, sin embargo, su motivo de nerviosismo era otro. El mensaje que había esperado entró en su teléfono a primera hora de la mañana, la invitación la esperaba en el mismo sitio de siempre y cuando llegó la hora de presentarse

de nuevo en el edificio, la excitación volvía a batallar con el sentido común.

—Bienvenida, ¿lista para una segunda noche con el Tutor?

Jax la recibió a los pocos minutos de haber entrado, las puertas del ascensor se abrieron y allí estaba él. En esta ocasión su aspecto era mucho más moderno y vestía de negro, algo que le otorgaba un aire mucho más sensual y oscuro, una invitante peligrosidad. Le recordó a una sexy y peligrosa pantera.

—Buenas noches, Jax —correspondió a su saludo—. Estoy lista.

Él asintió, le tendió la mano pidiéndole el antifaz y, una vez que se lo puso, la acompañó al igual que la otra vez, guiándola por los distintos espacios que solo podía sospechar, despojándola de su ropa, entregándole una bata y conduciéndola hasta la puerta de la habitación.

—Que disfrutes de tu próxima lección —le susurró al oído, entonces sus labios estuvieron de nuevo sobre su boca, su lengua incursionando en su interior y degustándola. No pudo evitar estremecerse de placer, ese hombre sabía cómo besar.

Le escuchó llamar suavemente, el sonido de la puerta al abrirse y ese empujoncito que hacía que la textura del suelo bajo sus pies cambiase. El ambiente era cálido y solo se vio alterado por la corriente de aire que provocó la puerta al cerrarse de nuevo.

Agudizó el oído, al principio no escuchó nada, pero entonces algo se movió, alguien se había levantado de la cama y el sonido de unos pasos terminó con unas fuertes manos posándose sobre sus hombros, retirando la tela de la bata al tiempo que una caliente boca soplaba le soplaba en el oído.

—Bienvenida de nuevo, Charlotte.

Se estremeció cuando le acarició la oreja con los labios.

—¿Estás dispuesta a continuar con las lecciones?

Dios, ¿podía un hombre tener una voz más sexual? Cada palabra que emitía la hacía estremecerse, hacía que su sexo se empapase y los pezones se endurecieran marcándose ya contra la tela.

—Sí.

Un susurro, a sus oídos quizá un poco tembloroso, pero era lo que quería, más allá de todas las excusas que presentaba su cerebro, esto era lo que deseaba.

—En ese caso, la consigna de hoy será: confianza y obediencia.

Dicho eso sintió como le retiraba el antifaz, permitiéndole ver de nuevo.

Parpadeó varias veces, el cambio de la oscuridad total a la luz, aunque esta fuese tenue la dejaba indefensa durante unos instantes, ajustándose de nuevo a la claridad y haciéndola muy consciente de su propia desnudez y del hombre, vestido de negro que permanecía ante ella.

Se lamió los labios cuando sus ojos se encontraron con un atlético pecho salpicado de vello que dejaba a la vista una camisa abierta. Sintió una punzada entre las piernas y la humedad corriendo por sus muslos al ver el cinturón que rodeaba su cintura; el recuerdo de esa correa sobre su tierno sexo la estremeció.

—Tus ojos sobre mí, Charlotte.

Sus palabras vinieron acompañadas de un único dedo debajo de su barbilla que la obligó a levantar la cabeza y encontrarse con esa profunda mirada color café. Sus ojos eran todo lo que podía apreciar bajo la oscura máscara que solo dejaba a la vista la erótica mirada y unos apetitosos labios. Su identidad era un misterio, ignoraba quién había debajo de esa máscara y, al mismo tiempo, lo hacía si cabía mucho más interesante.

—¿Vas a plegarte a mis deseos esta noche? ¿Seguirás mis órdenes al pie de la letra y confiarás en que sabré lo que necesitas y que es lo que debo darte?

Él le estaba pidiendo una confianza que iba más allá de lo que conocía, una que hacía que temblase todo en su interior y, al mismo tiempo, despertase su lado más oscuro.

—Yo...

Se lamió los labios y él cerró los dedos alrededor de su mentón, apretando ligeramente, haciéndola consciente de que estaba en sus manos.

—Sí o no —fue tajante, pero mantuvo esa mirada en ella, clavándola ahí con su sola presencia, dominándola sin necesidad de nada más—. Confianza y obediencia.

Tragó, no pudo hacer otra cosa. Estaba a punto de sucumbir, de entregarle su alma y su cuerpo al demonio y su cuerpo vibraba ante la expectación de ser ofrecido como sacrificio.

—Sí.

Él levantó un poco la barbilla, tenía un mentón fuerte, libre de barba.

—Dilo —insistió sin soltarla—. ¿Me entregarás tu confianza y me obedecerás?

Asintió.

—Te entregaré mi confianza y te obedeceré.

Él asintió complacido, entonces, todavía con su antifaz en las manos, volvió a colocárselo dejándola ciega. Sus manos estuvieron entonces sobre ella, acariciándola, calentándole la piel mientras una de ellas se cerraba sobre su seno derecho obligándola a apretar los muslos. El duro y calloso pulgar le frotó el erecto pezón provocándole un instantáneo estremecimiento de placer.

—Y yo honraré esa confianza y haré que disfrutes de esta nueva lección —le escuchó decir—. Y recuerda, pequeña, nada de lo que aquí pase está hecho para lastimarte o herirte. Tu placer es la meta, el cómo dártelo mi elección.

Se movió inquieta, su erótica caricia la estaba calentando, podía notar el latido en su sexo, la necesidad yendo in crescendo.

—Todo lo que aquí ocurra, todo lo que intervenga será una prolongación de mí y de mi voluntad —continuó hablando, embriagándola con esa profunda voz, despertando sus sentidos—, y obedecerás.

Se lamió los labios y gimió, no pudo evitarlo.

—Quiero que hables, que no te guardes nada, dios sabe que él no se va a quedar callado.

¿Él? No tuvo tiempo de formular la pregunta cuando le sintió alejarse de ella, escuchó sus pasos por la habitación y el sonido de la puerta al abrirse. Se sintió expuesta, cohibida pero también excitada ante el inesperado giro de los acontecimientos. Estaba desnuda y sus palabras sugerían que allí, al otro lado de esa puerta abierta, había alguien más...

—Entonces, ¿estoy invitado a participar como asistente del Tutor?

El corazón le dio un vuelco al escuchar la profunda voz masculina procedente de la puerta. Se giró en su dirección y se estremeció al reconocer al propietario; Jax estaba allí.

—Adelante, la primera lección está a punto de comenzar y tu asistencia será indispensable.

Tembló, pero no de miedo, la excitación la recorrió de la cabeza a los pies, se le secó la boca y el pulso aumentó hasta llegar a escucharlo en sus sienes. Al tener los ojos tapados los demás sentidos se agudizaron y su oído empezó a captar cada pequeño detalle, cada ruido que precedió al de la puerta de la habitación cerrándose una vez más.

—Buenas noches una vez más, pequeña.

Se obligó a tragar, la saliva se le acumulaba en la boca mientras su piel

adquiría incluso más calor y notaba como se tensaba su bajo vientre.

—¿También he de inculcarte buenos modales, Charlotte?

El inesperado golpe de una mano abierta sobre sus nalgas la hizo dar un respingo. Ni siquiera había advertido que el Tutor se había movido hasta que escuchó su voz.

—Buenas noches —pronunció de manera atropellada.

Una mano acarició el lugar que había azotado y supo que era la de él.

—Eso está mejor —le dijo y volvió a abandonarla solo para sentir de nuevo su contacto sobre su cuerpo, resbalando por sus brazos, por su estómago, acariciándole los muslos para volver a alejarse de nuevo—. Puedes presentarte a ti mismo, Jax.

Le escuchó reír por lo bajo, entonces otras manos resbalaron sobre su cuerpo y el cálido aliento masculino del hombre que la acompañaba hasta esa habitación cayó sobre sus labios.

—Hay cosas que no necesitan presentación, amigo mío —respondió—. Y yo soy una de ellas.

## CAPÍTULO 14

Jax la besó. Una caricia de labios que empezó como un juego y fue ganando ardor a medida que invadía su boca y enlazaba la lengua en la suya en un caliente y sensual beso que la dejó jadeando por más.

Su sabor no le era extraño, había hecho una costumbre el besarla antes de entregarla al Tutor, pero esta vez había algo más en ese beso, algo que la llevó a estremecerse no sabía si de temor o placer.

No podía negar que le había admirado, era un hombre atractivo, con hombros anchos, sonrisa fácil y ojos sagaces, su altura, al igual que la de su compañero la empequeñecía y la hacía sentirse frágil y femenina.

Él la excitaba, de una manera oscura y prohibida, había encendido ese pequeño fuego que luego cobraba vida bajo las manos de su amante enmascarado. Pero una cosa era un simple beso, unas caricias cuando le quitaba la ropa y le ponía la bata y otra muy distinta, estar a merced de dos hombres devastadores y sexualmente peligrosos.

—Estás asustada.

Se sobresaltó. El Tutor estaba detrás de ella y ni siquiera se había dado cuenta de que se había movido. Su aliento le calentó el oído.

—Y bastante nerviosa —continuó cambiando ahora de oído—. Los nervios son buenos, el miedo no.

Su aliento la hizo estremecer, aunque posiblemente sus palabras tuviesen también mucho que ver en ello.

—No... no tengo miedo, solo... estoy... sorprendida —encontró la voz para replicarle.

Le escuchó bufar, algo parecido a una risita.

—Te sorprenderé más veces, Charlotte, esta solo será la primera —aseguró con esa practicidad de siempre—, y te gustará.

La seguridad que escuchó en su voz la estremeció.

—Nos encargaremos de que así sea —añadió entonces Jax al tiempo

que alguien le pellizcaba un pezón haciéndola saltar y emitir un grito.

—Relájate, cielo, ya tendrás tiempo para gritar en un rato.

Como si se tratase de uno, las manos que la habían acariciado, los labios y ese erótico calor se alejó de ella. El silencio se convirtió de nuevo en la consigna de la habitación y solo fue roto por el sonido que dejaba el frufú de la ropa.

Se estaban desnudando, los dos.

El pensamiento la humedeció y trajo consigo un lejano recuerdo, uno que se había obligado a soterrar bajo capas y capas de determinación; la primera vez que Chase la había compartido y la sorpresa y el placer que le había reportado.

—Tiemblas —escuchó de nuevo cerca de ella, pero nadie la tocó—. Espero que sea de anticipación y no de miedo.

—No os tengo miedo.

Escuchó un nuevo sonido pero no fue capaz de identificarlo o de saber a quién de los dos pertenecía.

—Me alegra escuchar eso —ahora fue el Tutor el que habló.

Alguien se acercó entonces a ella, le acarició la mejilla con el dedo y lo deslizó a continuación por su cuello, pasando la clavícula, descendiendo por la uve de sus pechos para terminar entre sus piernas, abriéndose camino hasta su húmedo y goteante sexo.

—¿Has sido buena con tu tutor? —La voz de Jax era oscura, más seria de lo que solía ser y le provocó un estremecimiento.

—Yo...

Introdujo el dedo en su interior y pudo notar la diferencia de grosor y longitud, pero no pudo evitar gemir cuando lo movió dentro y fuera.

—Ahhh.

—Responde adecuadamente, Charlotte.

El toque de atención le llegó desde atrás al tiempo que el conocido tacto de la correa del cinturón caía sobre sus nalgas provocándole un caliente aguijonazo de dolor.

Tragó y luchó por mantenerse quieta, aunque no es que pudiese moverse con esa mole detrás de ella.

—Sí —se las ingenió para hablar—. Creo... que sí.

Jax se rio mientras el otro resoplaba.

—Ya veo que os habéis divertido.

La respuesta del Tutor fue acariciarle la cabeza, bajar las manos por sus brazos y cogerle ambas muñecas para rodearlas con sus dedos.

—Tú también obtendrás tu cuota de diversión —comentó frotándole las muñecas antes de tirar de ella y obligarla a caminar a través de la habitación.

Intentó hacer memoria, situarse en medio de su ceguera para descubrir a dónde la llevaba. Había visto el dormitorio antes, sabía que lo que había tomado como parte de decoración no era simplemente eso y sus sospechas quedaron de nuevo confirmadas cuando la hizo levantar primero un brazo y luego el otro, esposándole las muñecas a una especie de correa que colgaba del techo.

—¿Te duelen los hombros? —Deslizó los dedos sobre sus articulaciones—. ¿Notas algún calambre o molestia?

Negó con la cabeza. Siempre estaba pendiente de su bienestar cuando pasaban a este tipo de juegos, de restricciones y eso hacía que se derritiese por dentro y le fuese más sencillo depositar la confianza en sus manos.

Notó como le cogía la barbilla con la fuerza justa para captar su atención pero sin hacerle daño.

—En voz alta, por favor.

Siempre educado, siempre correcto, incluso cuando lo que quería era follarla.

Tembló y se las ingenió encontrar la voz.

—No. No siento ninguna molestia. —Hizo un esfuerzo por encontrar la voz y dar salida a las palabras.

—Diablos, eres realmente preciosa, princesa —la halagó Jax, su boca calentándole el oído desde atrás. Entonces la sintió sobre su hombro, mordiéndole la piel mientras deslizaba las manos por los brazos, sumergiéndose bajo sus pechos para abarcarlos con las manos y pellizcarle los pezones—. Me gusta lo que veo.

Y debía gustarle de veras porque empezó a jugar con ellos, apretándolos ligeramente hasta que una pequeña llamarada de caliente y erótico dolor la recorrió haciendo que se humedeciese todavía más.

—Y a ella le gusta lo que le haces. —Esa era la voz del Tutor, ronca, pecaminosa y llena de oscuridad. Notó sus manos amasándole las nalgas, los dedos deslizándose entre ellas para acariciar su sexo desde atrás mientras el otro hombre inflamaba sus senos y le recorría la piel con pequeños besos y mordiscos.

Jadeó al sentirse penetrada, ese grueso dedo se deslizó entre los húmedos labios vaginales una y otra vez para finalmente retirarse por completo y retroceder hacia atrás, a ese lugar por el que parecía tener predilección.

—Respira profundamente —la instruyó al tiempo que deslizaba la punta de la falange en su interior con facilidad. La mantuvo allí, jugando en su trasero, probándola, empujando un poco solo para detenerse y volver a salir. Repitió la operación un par de veces más haciéndola jadear mientras la boca de Jax se cernía ahora sobre sus pezones succionándolos—. Jax. Encima de la mesa. Ya sabes dónde está.

—Eres un bastardo con suerte, ¿lo sabías?

Su Tutor se limitó a gruñir.

—Si te portas bien y Charlotte quiere, podrás follarle el culo... después.

Se quedó sin aire, las palabras volaron como pájaros asustados y apenas fue consciente de la risa del primero y de la mano que caía ahora sobre su trasero, calentándola.

—Pero ahora es mío.

La erótica declaración llegó acompañada de algo fresco penetrando en su apretado agujero, entonces su dedo penetró una vez más, ahora con mayor facilidad hasta introducirse prácticamente por completo.

—¿Vas a ser buena? —Sintió como le apretaban los pezones, como dos calientes tenazas le ceñían las sensibles cúspides haciéndola gemir mientras el aliento de Jax le calentaba el oído—. ¿Me dejarás probar ese pequeño culito tuyo después de que él te folle? O quizás prefieres que juegue aquí mientras él te penetra.

Sus palabras fueron ilustradas con un inesperado dedo resbalando entre sus labios y penetrándola con fuerza suficiente como para que se pusiese de puntillas.

—¡Oh dios!

Jax se rio, pero ella no encontró divertido el asunto, no cuando el Tutor retiró el dedo de su trasero solo para introducir ahora dos, extendiéndola, empujando hacia dentro con una facilidad que solo podía deberse a la crema que estaba utilizando.

Mientras uno se habría paso en su entrada trasera, el otro abandonaba su hambriento coño y volvía a su previa tarea con sus pezones.

No podía pensar, apenas si podía moverse, la posición en la que la

tenían ambos la obligaba a tirar de las restricciones, incapaz de apartarse del sándwich en el que la convertían esos dos hombres.

—Respira, princesa, respira —la animó Jax—. Te va a gustar, no dejaremos que sea de otra forma.

Dios, quería morirse allí mismo, quería gritar pero las palabras no le salían de la garganta, todo lo que podía hacer en su lugar era retorcerse y gemir.

—Quieta.

Una inesperada y caliente azotaina cayó sobre su nalga derecha mientras sus dedos estaban todavía dentro del estrecho canal. La caliente sensación la hizo gemir en voz alta, poniendo de manifiesto lo que no quería admitir; estaba disfrutando de aquella caliente invasión.

—Por favor...

Esos dedos seguían trabajando con lentitud en su trasero, abriéndola, preparándola para llenarla con su grueso pene, haciendo que recordase con hambre y temor la primera vez que lo había tenido de esa manera.

—Eres una gatita caliente.

No pudo evitar jadear al sentir de nuevo la codiciosa boca de Jax prendiéndose de un duro y turgente pezón. Tiró de sus restricciones pero no pudo tocarle, le dolían los dedos por acariciar a alguien, por tener ese necesario contacto, pero todo lo que le permitían hacer esos dos hombres era servirles de postre.

Su mente empezó a perder la noción del tiempo o del espacio, la fuerte succión de la boca en sus sensibles pezones la volvían tan loca como los dedos del Tutor trabajando con mayor profundidad en su culo creando una fricción que iba más allá del dolor, convirtiéndola en un creciente y caliente placer que lo obnubilaba todo.

—¿Sigues confiando en mí, Charlotte?

—¡Dios sí!

No sabía por qué, pero confiaba en él, en que la mantendría a salvo en esa vorágine de sensaciones que la recorría.

—Jax va a llenar ese hambriento coño con su polla —le susurró al oído con esa voz ronca y cargada de lujuria—. Y eso solo será el principio...

Como si su compañero estuviese esperando esa orden, abandonó sus pechos, tomó su boca en un lánguido beso y deslizó una mano por su muslo, levantándole la pierna para anclarla a su cadera al tiempo que presionaba su

erecto sexo contra su húmeda entrada. El movimiento hizo que los dedos alojados en su trasero se hundiesen todavía más.

—Oh dios...

Notó como la traspasaba, como se hundía centímetro tras centímetro en su interior, estirándola, colmándola y despertando esa hambre prohibida de la que había estado intentando escapar.

—Por favor. —Echó la cabeza atrás, se recostó en la montaña humana que seguía trabajando en su culo pues era incapaz de hacer otra cosa. Unas fuertes manos se aferraron a sus caderas y ese duro miembro salió solo para volver a entrar.

—Eres dulce, princesa, caliente y apretada —ronroneó Jax—. Adoro la forma en la que me aprietas.

La penetraba con lentas estocadas, movimientos muy profundos y retiradas mortalmente agónicas en su lentitud, quería moverse, quería que le diese más, la sensación de ese pene enterrado en su interior y los dedos llenando tu trasero la volvían loca, hacía que se sintiese repleta, pero no era suficiente.

—Lo quieres, sé que lo quieres —le susurró el Tutor al oído al tiempo que retiraba los dedos por completo.

—¡No! —gimoteó. Quería más, quería más.

—Dale un poco más de lo que desea.

A su orden las embestidas del otro hombre se hicieron más intensas, sujeta ahora entre los dos empezó a temblar mientras la penetraba con decisión haciéndola gritar y lanzar la cabeza atrás.

—Esto es lo que quieres, lo que necesitas —le susurraba él, manteniendo el control de la escena, volviéndola loca con el tono oscuro de su voz—, pero aún hay más y voy a dártelo. Lo tendrás todo.

Sintió entonces como la mantenían quieta, ese duro miembro alojado en su interior mientras la cabeza de otra polla empezaba a penetrar en su trasero. Despacio, con suavidad, estirándola hasta que se quedó sin respiración y el dolor, el quemante y erótico dolor, empezaba a dar paso al éxtasis.

—No... por favor... esto es... más... dios... no puedo...

Balbuceaba, no podía hacer otra cosa.

—Respira, princesa, déjale entrar —la animó—. Le quieres dentro, sabes que es lo que deseas.

—Oh joder... por favor... —jadeó. Ya no sabía si quería que siguiese o

que se detuviese. Se sentía cada vez más llena, más estirada, empalada por ese grueso miembro que se abría paso en su trasero mientras luchaba por respirar, por acostumbrarse a esa doble penetración que la mantenía al borde de la razón.

—Dale más. —Ahora fue el turno de Jax, quién empezó a retirarse muy lentamente a medida que el otro entraba en su culo—. Llénala, es lo que quiere.

Gritó al sentir como de un golpe lento la llenaba por completo, notando su pelvis tocando ya sus nalgas.

—Mi turno.

Con esas palabras Jax penetró en su interior mientras él se retiraba y todo lo que pudo hacer al respecto fue gritar mientras tensaba los brazos, agitando las cadenas, creando un tintineo que ejercía de banda sonora de esa peculiar escena que se estaba desatando en su interior.

El Tutor empujó en su culo, una y otra vez, alternando sus entradas con las salidas de su compañero, creando una cadencia perfecta en la que todo lo que podía hacer era entregarse al placer más desgarrador, al frenesí y gritar como si no hubiese un mañana.

—Oh dios, por favor, oh dios...

No sabía ni lo que decía, su cuerpo se había convertido en una herramienta para esos dos incansables y dedicados trabajadores, ellos la utilizaban a placer, volviéndola loca, atormentándola en esa oscuridad y haciendo que ese pequeño monstruo que vivía en su interior despertase cobrando vida, levantando la cabeza con hambre.

No eran suaves, pero ella no deseaba que lo fuesen, sus gemidos se mezclaban con los suyos, sus alabanzas quedaban perdidas en el frenesí de aquella diabólica cópula que le robaba el aliento y la razón.

—Un poco más, dulzura —escuchó al oído pero no sabía de quién eran las palabras ni le importaban—, solo... un poco... más...

Sacudió la cabeza o al menos creyó hacerlo, le dolía la garganta y sus oídos parecían ser capaces de registrar tan solo unos lejanos gritos. Su cuerpo se tensó, la presión era insoportable, el placer se había hermanado con el dolor creando un nuevo ser, uno que la abrazaba y la catapultaba sin remedio a una cada vez más cercana explosión.

Les sintió temblando en su interior, alcanzando el orgasmo cuando ella misma culminó entre ellos, estremeciéndose alrededor de aquellos duros

miembros que la habían robado la cordura y el aliento.

Murmullos, palabras, sensaciones, todo se entremezcló en la neblina del placer, no fue consciente de haber sido liberada de las restricciones, tampoco de haber perdido el antifaz, solo de la blandura de algo bajo ella y la somnolencia reclamándola.

—Y ahora, ¿qué harás con ella? —Creyó escucharles decir.

—Lo que debí haber hecho desde el principio —la respuesta se perdió en la inconsciencia. Era incapaz de mantener los ojos abiertos, el cansancio la reclamaba por lo que no pudo estar segura de, si lo que había escuchado, era lo que se había pronunciado en realidad: «*Reclamar lo que es mío*».

## CAPÍTULO 15

*Dos semanas después...*

Había momentos en los que ese hombre la dejaba sin palabras y aquel era sin duda uno de ellos. Nolan había decidido coger unas horas durante aquella semana para encargarse personalmente de la reforma de las nuevas oficinas. Había decidido alquilar una planta completa en un edificio nuevo cuyas vistas daban al lado este del río Hudson y la reforma era una de las primeras cosas en las que había querido echar mano.

Verle en vaqueros, sin camisa, con la piel bronceada y brillante por el sudor era una imagen que no contemplaba desde la universidad y dicho cuerpo había ganado sin duda con el paso de los años.

Se le secó la boca, el hombre estaba de muy buen ver, pero era incluso más que eso, verle trabajar con el cinturón de herramientas alrededor de la cintura y todos esos músculos contrayéndose al hacer fuerza sobre el taladro era muy sexy.

—¿Qué te parece? —le preguntó—. Va tomando forma, ¿no crees?

Se obligó a concentrarse en la habitación y dejar de mirarle lo cual era difícil. No sabía de qué se trataba con exactitud, pero de algún modo su semidesnudez la inquietaba y hacía que sintiese cierta familiaridad.

—No se parecen en nada.

Le escuchó resoplar.

—Te falla la imaginación —contestó ajeno al verdadero motivo de su respuesta.

Puso los ojos en blanco. Oh, imaginación tenía mucha, prueba de ello era que acababa de superponer esa imagen con la del hombre que la estaba sacando de su encierro y despertando de nuevo esa oscuridad sexual.

Los ojos azules de su jefe se encontraron con los suyos haciendo que esa

imagen se desdibujase todavía más.

*Estás poniendo lo que deseas con lo que te gustaría que fuese.*

Esa era la realidad, pero necesitaba centrarse y no confundirse. De nada le iba a servir meterse en semejante lío, no señor.

—Todo lo que veo es la estructura de una pared, un techo levantado y suciedad por todas partes —y a ti desnudo, pero esas últimas palabras se las guardó para ella—. Mi mente no da para más.

—Mujer de poca fe —dejó las herramientas y recuperó la camiseta gris para ponérsela—. Ven, te enseñaré el diseño a ver si así puedes ver el conjunto.

Enarcó una ceja y se llevó las manos a las caderas.

—Es mi día libre, dime que no me has llamado para que vea lo mismo que vi ayer al traspasar por la puerta —siseó. La había llamado esa mañana temprano con tal premura, que prácticamente la había hecho saltar de la cama solo para darse cuenta que ese día libraba.

La miró de arriba abajo, luego a los ojos y sacudió la cabeza.

—No te he llamado para que veas lo mismo que ayer —le aseguró dándole ya la espalda—, te llamé para que me des tu opinión sobre lo que será tu nueva área de trabajo.

Resopló ante la desquiciante actitud de su jefe.

—¿Sabes? Tengo mejores cosas que hacer que pasarme por una obra en mi día libre.

Y una de esas cosas era pasarse por el salón de belleza y mimarse un poco antes de la nueva sesión que tendría aquella noche.

—No te quitaré más que un par de horas de tu valioso tiempo, Charlie, te las pagaré si eso hace que dejes de gruñir.

—Yo no gruño —replicó apretando los dedos—, y ya te he dado más horas de mi tiempo de las que debería.

—No las suficientes, nena, nunca las suficientes.

Puso los ojos en blanco.

—Espero que no explotes a tus pobres empleados de la misma manera que a mí.

—Ellos no están tan buenos y no protestan tanto —le soltó al tiempo que se detenía al lado de una precaria mesa de trabajo sobre la cual había extendidos algunos papeles—. Ahora, ¿quieres venir hasta aquí?

Resopló y se reunió con él, al otro lado de la mesa para ver todo aquel

conjunto de planos y diseños.

—Como tenemos el doble de metros cuadrados, he pensado que podría aprovecharse para hacer una distribución más eficiente.

—¿Tenemos?

—Sí, tenemos —la miró a los ojos—. ¿Vas a seguir discutiendo?

—¿Yo? —señaló lo obvio—. Eres tú el que se está quejando y haciendo pucheros.

—En ocasiones tengo unas irrefrenables ganas de estrangularte —aseguró sin dejar de mirarla—, entonces recuerdo quién eres y se me pasan.

—¿Y quién soy, según tú?

La manera en que la miró la sorprendió, provocándole un escalofrío y una sensación de *deja vi* bastante extraña.

—Mi maldita secretaria —suspiró y volvió a los planos—. Ahora échale un vistazo a esto, aquí y aquí...

Perdió el hilo de lo que le estaba diciendo, esa intensidad que vio en sus ojos la dejó descolocada, no pudo evitar volver a las comparaciones pero el intenso azul no tenía nada que ver con el marrón del Tutor. Y su pelo no era tan negro, tampoco era tan ancho de hombros ni...

¿Qué demonios estaba haciendo? Nolan no era su Tutor, no podía serlo. Su voz no era tan profunda, su forma de hablar no la dominaba y le faltaba ese halo de oscuridad que envolvía a su amante.

—¿Charlie? ¿Charlie? Tierra llamando a Charlie.

Parpadeó ante la visión de la mano masculina pasando por delante de sus ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Se apoyó contra la mesa y cruzó los brazos sobre el amplio pecho.

—Dímelo tú, es obvio que estás en cualquier otro lado menos aquí —aseguró con gesto receloso—. ¿Va todo bien? ¿Has tenido algún problema últimamente?

Hizo una mueca y evitó su mirada.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, cosas que hacer y me has incordiado en mi día libre —resumió quejumbrosa—. No tengo cabeza ahora mismo para unos estúpidos planos.

—¿Qué cosas? —su mirada seguía siendo inquisitiva y odiaba sentirse así de escrutada, especialmente por él.

—Ninguna que sea de tu incumbencia.

Entrecerró los ojos.

—¿Tiene esto algo que ver con la visita del abogado de Chase de hace unas semanas? —insistió—. Has estado rara desde entonces.

Resopló.

—Si lo tiene, no es asunto tuyo.

No cedió.

—Si tuvieses algún problema me lo contarías, ¿verdad?

Y ese era el bueno de Nolan, el hombre que había estado a su lado en el momento más difícil de su vida, apoyándola y sosteniéndola cuando todo se había desmoronado a su alrededor. El que la volvía loca con sus cambios de humor, quién la sorprendía arrancándola de casa a las seis de la mañana para llevarla a correr. Era el hombre en el que se había convertido el chico que una vez conoció, alguien que seguía despertando emociones dormidas y prohibidas para ella.

—Te has parado a pensar que tú podrías ser uno de esos problemas.

Se quedó blanca en el mismo momento en que las palabras surgieron de su boca.

La manera en que la miró, ese sutil cambio en sus ojos y el imperceptible movimiento de su cuerpo mientras descruzaba los brazos y se apoyaba en la mesa la alertó. Dios, ¿por qué tenía que haberle dicho eso? ¿Por qué no pensaba con la cabeza por una jodida vez?

No quería escuchar su respuesta, no quería oír nada de lo que tuviese que decir al respecto, no estaba preparada, no cuando él podía destruirla con tan solo unas palabras.

—No soy una niña, no estoy inválida y puedo tomar mis propias decisiones —atajó cualquier posible intento de réplica por su parte—, y ya es hora de que lo asumas.

—Siempre lo he sabido, Charlie.

—¿Entonces por qué eres tan capullo? —se quejó—. ¿Por qué no me permites... vivir mi propia vida?

Su acusación dio en la diana.

—No recuerdo haberte impedido hacerlo —aseguró con voz fría, seria—. Pero tampoco iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te destruías a ti misma o te dejabas morir. Chase me perseguiría hasta el fin de los tiempos si dejo que te pase algo.

Sacudió la cabeza. Chase, siempre Chase.

—Ya no soy la mujer de tu hermanastro —le recordó con más fiereza de la que quería imprimir a sus palabras—. ¡Ya no lo soy! ¡Él se ha ido hace más de un año, Nolan! ¡Me dejó! ¡Nos dejó a ambos! ¡Y maldito sea por haberlo hecho!

Tragó con dificultad, no quería llorar, no quería volver sobre lo mismo.

—He asumido que no está, que no volveré a verle y que tengo que seguir adelante —insistió agobiada—. ¡Pero no es fácil hacerlo cuando tú estás a mí alrededor! No quiero que me cuides, no quiero que me veas como a la mujer de tu hermano, yo...

—¿Y qué es lo que quieres entonces, Charlie?

Se lamió los labios. ¿Qué decir? ¿Que lo quería a él? ¿Que todo lo que deseaba y siempre había deseado era a él? ¿Cómo explicarle a un hombre que, si bien se había casado con su hermanastro, siempre lo había deseado, añorado y que se había muerto de celos cuando sabía que estaba con otra?

—Nada de lo que tú puedes darme —replicó con la misma frialdad—. Nada, Nolan, absolutamente nada.

Abrió la boca para replicar pero no pudo hacerlo pues lo interrumpieron.

—Jefe, han llegado las planchas de yeso, ¿las subimos?

Aprovechó la interrupción para protagonizar su propia retirada.

—Tienes trabajo aquí y yo cosas que hacer —se despidió—. Será mejor que me vaya, así podrás dedicarte a la reforma.

Ni siquiera la dejó dar un paso, ignoró al hombre y la sujetó del brazo.

—No digas eso hasta saber qué podrías obtener de mí si te atrevieses a pedirlo, Charlie —la sorprendió con el tono de sus palabras—, quizá te sorprendiese mi respuesta.

Dicho eso, la soltó y se reunió con el obrero, quién parecía haberse dado cuenta de que había llegado en mal momento.

—Sí, vamos a subirlas y colocarlas ya —le escuchó replicar y la miró una última vez por encima del hombro—. Dejemos al menos algo terminado hoy.

Charlie iba a volverle loco, pensó Nolan esa misma noche. Cuando le miraba con esos ojos, cuando le hablaba de esa manera con tristeza y anhelo

deseaba sacudirla, decirle que se dejase de tonterías y besarla hasta dejarla sin sentido.

A estas alturas creía comprender el motivo por el que se contenía, por qué se apartaba y no se abría a los demás. No se trataba solo del recuerdo de Chase, era por ella misma, por quién creía que era, por la oscuridad con la que revestía sus pecados y que la convertía en alguien inadecuado, en mercancía dañada. No deseaba que nadie viese la mujer que era realmente porque eso podía darle poder sobre ella.

Y maldita fuera por ello, él amaba a esa mujer, con su oscuridad, con su lujuria y todas las dudas que a menudo cruzaban sus ojos. Quizá iba siendo hora de poner término a sus lecciones y pasar a la fase final.

Esa noche habían concertado una nueva reunión, una nueva oportunidad para doblegarla, para disfrutar de su placer y verla experimentar y excitarse al ser compartida. Sorprendentemente no le molestaba cedérsela a Jax al invitarle a jugar, le resultaba caliente verla extasiada, gritando su placer cuando la follaban entre ambos.

*Algo que has rechazado con Chase, porque él, al igual que tú, la amaba.*

Una cosa era jugar, algo que los tres disfrutaban, pero Jax no la amaba, no tenía esa clase de emociones con ella y por ende, nunca se la quitaría.

Él, por otro lado, estaba irremediablemente perdido.

—Esa gatita tuya te ha calado muy hondo —comentó su amigo, ambos estaban disfrutando de una copa en los momentos previos a su escena de la noche. Charlie aún no había llegado.

—Es la mujer más irritante...

—Y sexy.

—...y sexy que he conocido en toda mi vida —resopló—. Y no puedo dejar que siga haciendo lo que le dé la gana.

Su amigo levantó la copa a modo de brindis.

—Ya era hora —aseguró mirándolo de reojo—. Empezaba a plantearme el tener que atarte a ti y que ella te torturase un rato.

Bufó.

—No le des ideas, la creo capaz de eso y de mucho más —aseguró pensativo—. Lo que me lleva a un asunto mucho más escabroso.

—¿Cuál?

Hizo una mueca.

—Buscar la manera de decirle quién soy sin que quiera arrancarme los huevos y ponérmelos luego de corbata.

Su amigo se terminó la copa y dejó el vaso sobre la mesa.

—Esa va a ser sin duda la batalla de tu vida —aseguró poniéndose en pie y señalando el aviso luminoso y acústico que empezó a iluminar la sala principal del Purgatorio—, y por tu bien y el de ella, más te vale ganarla en el primer asalto.

Señaló la puerta del ascensor.

—Prepárate para tu próxima lección, Tutor —le dijo insertando la llave y accionando las puertas—. Pronto te tocará llevar a cabo el examen final.

## CAPÍTULO 16

Charlotte inspiró profundamente al ver la ardiente mirada de Jax sobre ella, disfrutando de la visión que le ofrecía la bata que él mismo le había puesto. Esta vez no se había retirado, no había habido antifaz ni subterfugios, sus ojos reflejaron el deseo por ella en todo momento haciendo que se excitase en respuesta.

Se lamió los labios y lo siguió con la mirada, consciente en todo momento del otro hombre que permanecía a su espalda. Lo vio llevarse las manos a los pantalones, sacarse el cinturón y no pudo evitar estremecerse de anticipación. La vieja Lotte había vuelto, el hambre se desenroscó en su interior y exigió ser saciada y hacerlo por ellos.

—Te ruborizas de manera excepcional cuando te excitas —comentó al tiempo que terminaba de deshacerse de los pantalones y continuaba con el resto de la ropa—. Los pezones se le marcan a través de la bata... Tutor.

Unas manos la rodearon desde atrás, tomando las turgencias en sus manos y acariciándoselos con un ligero pellizco.

—Los tiene duros, rogando por atención. —Cerró los ojos y gimió. La ausencia del antifaz todavía la abrumaba, la hacía sentirse en ciertos aspectos insegura.

—Tiemblas como un gatito —comentó Jax estirando la mano y rozándole la mejilla con el pulgar—. ¿Echas de menos el antifaz?

Tragó. Sí, lo echaba de menos. Si bien la oscuridad hacía que las emociones se incrementasen, la ayudaba también a aislarse de esa erótica realidad que tenía ante ella.

—Un poco —aceptó.

—El placer está allí dónde se pone —escuchó la voz de su tutor al oído, una de sus manos había subido a su cabeza y le sujetó la barbilla, echándosela hacia atrás para bajar sobre su boca y provocarla con un húmedo beso—. Y nosotros vamos a ponerlo en todas partes, no te perderás ni un solo momento

de ello.

El conocido frufnú de la ropa la llamó hacia Jax, quién se estaba quitando los pantalones y dejaba libre el duro y lleno pene que saltó a la vista.

Se lamió los labios y al instante fue su propia ropa la que abandonó su cuerpo. La bata se deslizó por sus brazos dejándola desnuda ante esa ardiente mirada, haciendo que quisiera cubrirse ante la intensidad de la misma y humedeciéndose más aún por la sensación que le provocaba.

*«Has sido hecha para el placer, sería un pecado no proporcionártelo, de la manera que sea».*

El pasado trajo consigo el eco de una de las muchas apreciaciones que le había hecho, la naturalidad con la que la introducía en un mundo que para cualquiera habría sido tabú y que para ella se convirtió en un modo de vida.

Solo las manos que habían resbalado de sus hombros, bajaron por su espalda y le amasaban ahora el culo la devolvió al presente y a los dos hombres, tan desnudos como ella, que la acechaban con ojos hambrientos. Unos del color del chocolate y otros de un intenso azul grisáceo que la mareaban, sus cuerpos estaban hechos para disfrutar, una podía quedárseles mirando sin hacer otra cosa en todo el día.

—Me pone muy caliente esa mirada, princesa.

Las palabras de Jax la devolvieron al aquí y al ahora, al hombre que rodeaba su propia erección con los dedos y la acariciaba con un ritmo que hacía que se le secase la boca. Cedió a la tentación y ladeó la cabeza, bajó los ojos y tragó convulsivamente al ver la oscura polla que le acariciaba la cadera, la misma que había notado en su interior, que había saboreado y que ahora se erguía orgullosa ante ella.

—Alguien está hambrienta —canturreó.

Lo vio rodear el falo con los dedos, acariciarse de manera perezosa lo que no hizo sino aumentar su propio lívido.

—Eso parece —murmuró él sin dejar de acariciarse para coger de nuevo su rostro y levantarlo hacia él—. De rodillas.

Su cuerpo obedeció antes que su cerebro y ya estaba abriendo la boca para acogerle mientras él empujaba la madura cabeza en sus labios. Respiró profundamente y relajó la mandíbula para acogerlo, lo succionó con avidez y probó su sabor, maravillándose con la sensación del tacto aterciopelado en su boca, del calor y de la dureza que degustaba.

Una mano le revolvió el pelo con suavidad, levantó la mirada y se

encontró con el guiño de ese otro hombre.

—Tengo que reconocer que te encuentro realmente sexy con su polla en tu boca.

Sus palabras le provocaron un ramalazo de placer que conectó con su coño. Su sexo palpitaba, se humedecía y lloraba por atención.

—De hecho me estoy poniendo un poco celoso —ronroneó deslizando los dedos sobre la suya—, pero me conformaré —se inclinó sobre ella, su rostro a pocos centímetros de su oído—, porque voy a tener ese pequeño y dulce culo todo para mí.

Se estremeció por sus palabras y una dura mano se cerró sobre su pelo en una silenciosa advertencia de que concentrase sus esfuerzos en el miembro que tenía en la boca.

Lo lamió, degustó su sabor, dejó que abandonase su boca para lamerlo de arriba abajo, succionando la punta y obteniendo un gruñido de apreciación y palabras de ánimo que contribuyeron a envalentonarla.

*«Este es tu mundo, tu cuerpo florece bajo la pasión. No eres menos mujer por afrontar tus deseos, Lotte y, cuando lo hagas, te sentirás completamente libre».*

Cerró los ojos y trabajó en su polla, no quería pensar, no quería traer a este momento los recuerdos que todavía le dolían, la ausencia de alguien que le hacía mucha falta.

¿Cómo había podido saber lo que pasaría? ¿Cómo podía haber tenido tan claro que necesitaría ayuda cuando él se marchase? ¿Qué perdería su propia identidad y se escondería de quién era?

Chase lo había elegido a él y ahora sabía que había sido la decisión correcta.

La férrea presa en su pelo se hizo más tirante y antes de que pudiese reaccionar, se encontró empujada contra esa dureza, obligándola a tragar, a alojarlo mientras le follaba la boca con duros y medidos golpes. El primer chorro la sobresaltó pero tragó y siguió haciéndolo hasta que se vació y resbaló de sus labios.

—Sí, muy bonito —ronroneó Jax con voz profundamente tomada por el deseo.

Jadeó en busca del aire que había escaseado, se lamió los labios entre excitada e inquieta sin poder evitar sacar la mirada del oscuro miembro del otro hombre.

—Todavía no, princesa, él tiene otros planes.

Y estos fueron levantarla del suelo solo para mirarla con detenimiento, como si buscara algo en su rostro. Le acarició los hinchados labios con el pulgar y, cuando pensó que la besaría, su mirada se levantó hacia su compañero.

—¿Esperas una invitación?

—Creo que esa ya me la hiciste al principio del curso.

En un momento estaba de pie ante ellos y al siguiente yacía de espaldas en la cama, con una caliente boca sobre uno de sus pezones y la otra sobre la otra cúspide.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió, estiró los brazos para tocarles pero, como si pensasen como una unidad, cada uno de ellos le aferró una muñeca y llevaron sus brazos por encima de la cabeza.

Le comieron los pechos, degustándola, amamantándose de ellos y prodigándoles algún que otro mordisquito erótico mientras sus manos libres vagaban sobre su cuerpo como una sola. Cerró los ojos, la sensación era tan exquisita que quería saborearla plenamente. Se retorció bajo ellos, se arqueó presentándose en una ofrenda mientras los dos hombres la volvían loca. Una de las bocas siguió sobre sus pechos mientras otra continuaba un camino descendente al interior de sus piernas. Le dobló la rodilla haciendo que posase el pie en la cama dándole así el acceso necesario para darse un festín con su goteante sexo.

—Oh dios...

Se rio contra su carne y rodeó el clítoris con la lengua, prodigándole un lametón y una pequeña succión que le arrancó el aire.

—Con «oh Jax» será más que suficiente, dulce.

Y, solo para que no tuviese dudas de quién era el que la estaba complaciendo allí abajo, deslizó uno de los largos dedos en su interior, moviéndolo en círculos, profundizando solo para volver a salir haciendo que la habitación se llenase con sus gemidos.

Entre la boca que atormentaba sus pechos y la que la enloquecía amamantándose de su sexo, había perdido la cabeza por completo, ya no sabía si estaba de pie o acostada, si estaba viva o la habían matado a polvazos y, la verdad, no le importaba. Todo lo que quería era más.

—Más... —jadeó alzando las caderas hacia esa codiciosa boca, buscando la liberación de un clímax que estaba cada vez más cerca—. Más...

quiero... más...

Como una sola unidad, ambos abandonaron su cuerpo pero no tuvo apenas tiempo de registrarlo y mucho menos de protestar, pues ese par de manos la giró sobre la cama. Unas tiraron de sus caderas obligándola a ponerse manos y rodillas, otro recogió todo su pelo en un puño y bajó la boca sobre la de ella en un castigador beso.

—Oh sí, mío —sintió una punzante azotaina que la calentó hasta el centro. A esa primera siguió otra y luego otra, alternando los golpes, acercándose peligrosamente a su sexo, calentándola sin que pudiese hacer más que temblar bajo aquella erótica tortura.

Entonces algo frío penetró en su trasero y al instante lo siguieron un par de dedos que jugaron en su entrada, empujando y retirándose con lentitud, haciendo de ese oscuro y pecaminoso juego una lucha de voluntades.

Sus gritos quedaron ahogados por la boca que devoraba la suya, por la lengua que la saqueaba y le impedía emitir otra cosa que una silenciosa protesta.

—Sí, te gusta, ¿no es así? —murmuró Jax—, puedo notar cómo te contraes alrededor de mis dedos y están tan mojadita aquí abajo.

Su palma abierta golpeó contra su húmedo sexo provocándole una punzante ráfaga, el golpe se repitió ahora contra su clítoris y creyó morir cuando una nueva oleada de fiero calor la sacudió de los pies a la cabeza; una vez más y se correría.

Pero esa deseada palmada nunca llegó y los labios la habían mantenido en silencio abandonaron los suyos al momento permitiéndole respirar de nuevo.

—Oh joder... por favor... lo necesito, lo necesito ya...

—¿Qué necesitas? —era la voz de su tutor, levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Se había sentado en la cama, su polla erecta y palpitante, una oscura invitación que hacía que le hormigueasen los labios—. Dilo, Charlotte.

Se lamió los labios.

—Ya conoces las reglas —le recordó—, lo que pidas te será dado.

Repitió la operación, podía sentir los labios hinchados y sensibles por su beso y la previa mamada.

—Quiero...

Dios... ¿cómo iba a decirlo? Incluso ahora, después de varias noches

juntos, seguía costándole abrirse completamente a ellos.

—¿Qué deseas? —insistió, le cogió la barbilla y se la levantó—. ¿Quieres que Jax te folle? ¿Quieres que llene ese bonito culito tuyo?

Tragó con dificultad, sus palabras sonaban eróticas, decadentes y hacía que quiera seguir oyéndolas todo el tiempo.

—Porque eso es lo que va a hacer —aseguró y deslizó los labios sobre su mejilla, rozándola antes de terminar en su oído—, y cuando esté bien enterrado, te follaré ese dulce coñito hasta que no puedas hacer otra cosa que gritar.

—Allá vamos, princesa.

Las palabras del hombre que atormentaba su ajustado agujero fue toda la advertencia que obtuvo antes de notar como introducía lentamente el pene en su culo.

—Oh dios...

Se quedó sin aire. El que ya la hubiese tomado su tutor previamente no hacía aquella transición más fácil, sus músculos se estiraban con una abierta protesta, el latigazo de calor era insoportable y al mismo tiempo tan erótico que se encontró empujando hacia atrás mientras él empujaba con suavidad hacia delante. Sus manos le aferraron la cadera impidiéndole moverse.

—Joder... Jax...

Él no se detuvo, ninguno de ellos lo hizo. Mientras uno empujaba en su trasero, el otro volvió a jugar con sus pezones, presionándolos, retorciéndolos, haciendo que el placer se disparase por su cuerpo y su sexo derramase nuevos jugos por sus muslos.

—Relájate —escuchó ahora el susurro de su tutor—, respira profundamente y déjate ir. Sabes que será bueno, sabes que vas a gritar de placer.

—Oh dios... sí...

Ese caliente y duro pene se sepultó en ella, llevándola a la locura. Salió muy lentamente y volvió a penetrarla con suavidad, enloqueciéndola, haciéndola gritar sin control.

—Jax... —se atragantó con sus propios jadeos—, oh dios... dios... dios... dios...

Se rio, pudo escucharlo y pudo notarlo en su cuerpo, los dedos hundiéndose en su carne mientras trabajaba en su culo volviéndola loca.

Con él también había coqueteado con este tipo de juegos, Chase había

querido que explorase todas las posibilidades, que descubriese cuales eran sus necesidades y así poder satisfacerlas, pero ni siquiera ahora podía decir si las sensaciones habían sido tan intensas, tan arrolladoras y desquiciantes como ahora.

—Por favor... —jadeó sacudiendo la cabeza, aferrando la sábana bajo ella con desesperación.

—¿Por favor qué, Charlotte? —la interrogó su tutor—. Sabes que solo tienes que pedirlo. Así que dime. ¿Qué quieres?

Rendirse. Olvidarse del pasado. Que hiciesen que todo se volatilizase, que volviese a ser la misma de siempre y no una cáscara vacía.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, sus ojos se encontraron con los de él.

—A... a ti —murmuró temblorosa, incapaz de dominarse en esa vorágine que la enloquecía—. Quiero más... necesito... necesito más... por favor.

Esos sensuales labios se movieron en una perezosa sonrisa.

—Sé más específica.

¡Maldito cabrón! Pensó desesperada. Jax seguía moviéndose en su culo, volviéndola loca, haciendo que todo su cuerpo se tensase y desease más de aquello.

—Por favor...

—¿Por favor qué?

—Quiero más... quiero esto... necesito esto —una nueva lágrima abandonó sus ojos y esta vez vino acompañada de un sollozo—. Necesito ser yo, ser lo que soy y... olvidar todo lo demás.

Le acarició la mejilla con los dedos y la miró a los ojos.

—Aquí no se trata de olvidar, Charlotte —cada vez que pronunciaba su nombre se estremecía—, se trata de descubrir, de rescatar, de recuperar quién fuiste y reunirlo con quién eres. Tienes que aceptar lo que eres porque solo así, serás plenamente libre para vivir como te plazca.

Dejó escapar un nuevo sollozo.

—Por favor, oh dios, por favor...

Le secó las lágrimas con los dedos.

—Ya estamos cerca, pequeña, todavía no ahí, pero sí cerca.

La besó suavemente, casi con ternura, entonces se incorporó y miró a Jax, quién ya transpiraba y asintió.

—De acuerdo, dulzura, terminemos la función.

Muy lentamente, como si se tratase de una estudiada coreografía, tiró de ella hacia atrás, manteniéndose enterrado en su trasero, levantándola sobre sus rodillas y sujetándola mientras su otro amante se tendía bajo ella de modo que pudiese montarle.

Charlotte jadeó y contuvo la respiración al ver esa dura y oscura polla empezando a desaparecer en su interior, la sensación se volvió insoportable, la falta de espacio la volvía loca pero eso no impedía que él siguiese ahondando en su interior.

—Respira, princesa, suave, ya sabes cómo va —la animaba Jax, quién se había dedicado a jugar con sus pezones y le mordisqueaba el hombro—. Poco a poco, sí... Dios, que bien te siento, me aprietas como si no quisieras dejarme ir.

Lanzó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el hombro de su amante y gritó por la desbordante sensación cuando los notó a ambos profundamente enterrados en su interior.

—No puedo... no puedo respirar... esto es...

—Sí puedes —susurró el hombre alojado en su trasero al tiempo que la empujaba hacia abajo.

—Déjate ir —le dijo ahora su tutor, envolviendo la mano en su pelo y bajándola sobre él—, todo lo que tienes que hacer es dejarte ir, entregarte al placer, sentirlo y bañarte en él.

Sacudió la cabeza.

—Pides... demasiado...

—Pido solo lo que sé que puedes darnos —declaró él con firmeza—. Y nos lo darás.

No la dejó ni claudicar, la besó en la boca y succionó su lengua un instante antes de que ambos empezaran a moverse y su mundo empezara a perder el color y los bordes se difuminaran para luego estallar.

La poseyeron entre ambos, la consumieron sin darle otra opción que la de gritar y recibir el despiadado placer que exprimían de su cuerpo, volatilizaron su mente y la hicieron pedazos solo para encontrar en ese lugar la tan necesaria paz que buscaba.

La follaron lentamente, disfrutando de las sensaciones, recreándose en la forma en que su cuerpo respondía, llevándola más y más alto hasta que ambos alcanzaron también el nirvana y se derramaron en su interior arrastrándola con

ellos en un interminable orgasmo que destruyó hasta la última de sus reservas.

—Joder, en mi vida había experimentado algo igual —escuchó a Jax entre jadeos mientras resbalaba de su abusado culo y se dejaba caer sobre la cama.

Ella no podía moverse y tampoco quería hacerlo, estaba demasiado cómoda allí tendida intentando respirar. El mundo podía irse a la mierda por lo que a ella respetaba, su jefe podía ponerse a hacer el pino mañana si quería porque no iba a moverse. No señor, estaba muy cómoda y demasiado cansada para hacer algo más que suspirar.

Pero, obviamente, su tutor tenía otros planes, ya que la giró sobre la cama, dejándola de espaldas mientras salía de su interior. Un inesperado frío empezó a cristalizarse en su interior y el temor a sucumbir hizo que estirase la mano hacia él.

—No te vayas, por favor.

Vio esos ojos a través de la máscara y la calidez que reflejaban la bañó por entero.

—No voy a irme a ningún lado, Charlotte —la tranquilizó deslizando la mano sobre su cuerpo en suaves caricias—. La lección todavía no ha terminado.

Gimió, pero no sabía si lo había hecho como protesta o como deseo de más.

—Creo que va a ser una de las alumnas más aplicadas que has tenido en toda tu vida, amigo —se burló Jax incorporándose para bajar a continuación de la cama—. Espero que me pases el reporte de las notas.

—¿Te vas?

No pudo evitar que las dos palabras abandonasen sus labios. De una forma extraña se sentía cómoda cuando él estaba en la habitación, si bien lo hacía también una loca aventura, la presencia de Jax hacía menos intimidante la de su tutor.

—Alguien tiene que vigilar el Purgatorio cuando los jefes están jugando, cielo —le aseguró con un guiño—. Y hoy tenemos... invitados... Te veré pronto...

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—Que te folle bien —ronroneó—, y diviértete.

Dicho eso, dio media vuelta, se vistió y salió por la puerta sin más dejándoles a solas.

—¿Quieres bañarte?

La pregunta la sorprendió, se giró y se encontró con esos ojos color café.

Asintió, un baño ahora mismo sería muy agradable.

—Ven —tiró de ella una vez más—. Creo que podemos repasar algunas lecciones en la ducha.

No le permitió responder, le besó los labios y la arrastró al lujoso baño dónde siguieron experimentando el resto de la noche.

## CAPÍTULO 17

Nolan estaba dispuesto a tener la nueva oficina lista en menos de un mes e iba camino de conseguirlo. Ya se había terminado la reforma, los muebles empezaban a llenar las desnudas paredes y a lo largo del día de hoy colocarían los rótulos.

—...no lo sé, supongo —lo escuchó Charlie moviéndose por la nueva sala—. Sí, sí, lo sé... no me he olvidado.

La vio entrar y la llamó con un dedo.

—Sí, ya... espera un momento, Cooper, tengo aquí a mi secretaria —le informó a su interlocutor, silenció la llamada y se dirigió a ella—. Charlie, necesito que me hagas un favor...

Levantó la mano y señaló el teléfono.

—No me pagas lo suficiente para ese tipo de favores —lo atajó. No iba a ir a comer con ese hombre ni aunque le pagase el doble de su sueldo.

Él puso los ojos en blanco e insistió.

—Necesito que te pases por mi casa y recojas el traje que tengo encima de la cama —miró el reloj—, no me va a dar tiempo a ir y volver. Tengo que estar en la oficina en una hora.

Miró el teléfono que todavía sostenía y sonrió con dulzura.

—Solo si me promete que no tendré que asistir con usted a esa comida de negocios, señor Every.

Sacudió la cabeza pero veía abiertamente como estaba intentando no reírse.

—No es usted nada profesional, querida secretaria.

—¿Prefieres que lo denuncie por acoso o le tire en los pantalones el vino en medio del restaurante? —Contraatacó y se cruzó de brazos—. Puedo hacerlo, no me costaría mucho.

Puso los ojos en blanco, sacó las llaves del bolsillo trasero del pantalón y se las lanzó.

—Procura estar en la oficina antes de las doce.

Miró las llaves y luego a él.

—Me vas a deber una por esto, jefe.

—Te invitaré a comer —aseguró, señaló el teléfono y continuó con la llamada—. Ya estoy de nuevo, perdona la interrupción. Mi secretaria te manda saludos.

Su respuesta fue enseñarle el dedo corazón antes de dar media vuelta y salir antes de que tuviese tiempo a pedirle algo más.

Hacía tiempo que no estaba en la casa de Nolan, la había visitado con Chase cuando la compró y luego había pasado una breve temporada viviendo en ella cuando vendió todo y se trasladó a Manhattan. Era una vivienda de planta baja y estaba situada en un apacible vecindario a las afueras de la ciudad.

Bajó del taxi tras pedirle que la esperaba quince minutos y entró en la casa. Se limitó a echar un rápido vistazo a su alrededor y se encontró todo como estaba la última vez que estuvo allí, sin perder el tiempo cruzó el pasillo hacia la parte de atrás dónde estaban las habitaciones y se detuvo delante de la puerta del dormitorio principal. Aquel había sido siempre terreno prohibido para ella, una medida autoimpuesta para sí misma, para mantenerse alejada de un hombre al que siempre había deseado con fervor. Traspasar ahora el umbral la hizo sentir que se metía en un terreno que no le correspondía, que estaba violando su intimidad pero entonces él había sido el que la había mandado allí.

El traje estaba tal y como le había indicado encima de la cama en una funda de viaje, se inclinó sobre el lecho y tiró de la percha haciendo que el reloj que estaba encima y no había visto cayese hacia atrás y rodease por el suelo.

—Mierda.

Dejó de nuevo la funda en su sitio y rodeó la cama, se arrodilló y levantó el dobladillo de la colcha para buscar el maldito objeto cuando se encontró con una pequeña caja abierta de la que sobresalía una hebilla de cinturón. Se le secó la boca, el corazón empezó a palparle con fuerza y los dedos le temblaban mientras arrastraba la caja hacia fuera con la mirada puesta en esa peculiar hebilla y el suave y gastado tacto del cuero.

Sacudió la cabeza y dejó que sus labios se curvasen en una irónica sonrisa.

—No, no, no, estás viendo fantasmas dónde no los hay, Charlie —se dijo así misma, convenciéndose de que aquello no podía tratarse más que de una tonta coincidencia. Enrolló el cinturón dispuesta a meterlo de nuevo en su lugar cuando reparó en un pedazo de encaje que no había visto antes y que hizo que se le escapase la sangre del rostro—. No... ni hablar... no puede...

Se quedó sin palabras. Cuando la prenda colgó de su dedo y reconoció sus propias braguitas, aquellas que le habían desaparecido la primera noche que pasó en el Purgatorio, supo que la coincidencia acababa de convertirse en una jodida y mentirosa realidad.

—Condenado hijo de la gran... —jadeó sintiendo como todos y cada uno de los demonios del infierno se desataban en su interior—. ¡Eres hombre muerto, Nolan Every!

La había engañado, ese maldito hijo de puta la había engañado.

## CAPÍTULO 18

Traspasó la puerta de la oficina y solo se detuvo delante de la mesa, levantó la mano y le giró la cara de una bofetada.

—Me das asco.

Lanzó el cinturón y su ropa interior sobre la mesa de forma acusatoria. Él ni se inmutó, la rojez de sus dedos empezaba a aparecer en su cara, bajó la mirada sobre la mesa y vio los objetos, pero no respondió. Aquello le dolió todavía más, el que no tuviese siquiera la decencia de decir algo, de esgrimir una excusa, de explicarse o algo.

La rabia empezó a dar paso a la desilusión, el peso de la traición se asentó en su pecho y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a llorar.

—No vuelvas a acercarte a mí nunca más —siseó y dejó sobre la mesa una carta, la de su renuncia—. Me largo. Puedes buscarte a otra jodida secretaria a la que embaucar.

Bajó la mirada al sobre y luego la levantó de nuevo a ella.

—¿Has terminado?

Se le erizó la piel, todo en su interior gritaba de desesperación, de rabia y de dolor, uno que no había sentido desde que Chase la había dejado.

Le dio la espalda, no podía mirarle, no quería ver esos ojos, esa mentira que había estado siempre delante de ella. Caminó con decisión hacia la puerta pero una fuerte mano la cerró antes de que pudiese alcanzarla y quedó atrapada entre la madera y el cuerpo de ese hombre.

—Déjame salir —siseó.

Se inclinó sobre su oído.

—No.

Entonces la cogió de la cintura y la volvió sin mucho esfuerzo.

—No voy a dejar que te vayas, no así, al menos —declaró con voz fría, firme—. No vas a echar por la borda todo lo que has conseguido por una

simple rabieta.

Jadeó.

—¿Una rabieta? ¡Maldito hijo de puta! ¡A ti esto te parece una rabieta!  
—Lo empujó con ambas manos, lo acusó con la mirada, con su cuerpo—. ¡Me mentiste! ¡Me has engañado durante todo un jodido mes! ¡Y todo para follarme! ¡Eres un ser despreciable!

Le cogió las manos y la empujó contra la puerta.

—No confundas las cosas, Charlotte —se estremeció al escuchar su nombre de sus labios, juntando la imagen de su Tutor con la de Nolan—. No hice nada que tú no quisieras, que no deseases en lo más hondo de tu ser. Esta eres tú, no la maldita secretaria a la que he tenido ganas de estrangular más de una vez. Esta, pequeña mujer rabiosa, esta eres tú y es alguien a quién no he visto desde que Chase nos dejó.

Notó el dolor en su voz, el sentimiento de pérdida que ella conocía bien.

—Era mi marido...

—Y mi hermano —declaró él con fiereza. Sabía que no compartían vínculos sanguíneos, pero se habían criado como hermanos—. Y confió en mí lo suficiente como para entregarme lo máspreciado que tenía; tú.

Empezó a empañársele la mirada y tuvo que morderse el labio para impedir que las lágrimas resbalasen por su cara.

—Eso no te dio derecho a...

—Me lo dio todo —la interrumpió con frialdad—. Y tú lo sabes, ambos lo sabemos.

Sus ojos la chamuscaron, la dejaron sin aliento y enrabieta al mismo tiempo.

—Chase no era tonto, dulzura, sabía que yo te deseaba, que te quería —le recordó con fiereza—, y que tú no me eras indiferente. Me conocía lo suficientemente bien para saber que si le pasaba algo, no dudaría en hacerme cargo de ti. Pero para ello tendría que ganarte, tendría que desenterrar capa tras capa hasta encontrar la mujer que eras realmente.

Intentó retroceder pero la puerta no se lo permitía.

—Has estado perdida durante demasiado tiempo, Charlotte —le aseguró inclinándose sobre ella—, y ahora que he conseguido que encuentres el camino, no voy a permitir que lo pierdas otra vez.

Estaba perdida y lo sabía. Él era motivo por el que se había perdido, por el que había llorado amargamente algunas noches deseando algo que no

comprendía, algo que no podía tener. Y Chase siempre lo había sabido, siempre había sido jodidamente consciente de que llevaba años enamorada de ese maldito capullo.

—No me hagas esto, déjalo ya —se quejó—. ¿No has jugado ya bastante? ¡Basta!

La apretó contra su cuerpo, su aliento chamuscándole los labios.

—No —su tono se suavizó tan pronto sus labios acariciaron los de ella. Se tomó su tiempo besándola, le lamió los labios, la besó en la comisura mientras su dura erección se restregaba sin reservas contra su pubis. Ni siquiera la tela de la falda era suficiente para evitar que se encendiera al momento—. Ya no habrá más juegos, Charlie. Se acabaron los antifaces, las máscaras y las noches clandestinas —profundizó su beso, su lengua entrelazándose con la suya—, se acabaron los días de oficina sin poder tocarte, el verte contonearte por ahí con esa maldita ropa de secretaria caliente. Eres mía, pequeña, no dejaré que lo niegues.

—Nolan...

Tembló cuando deslizó la boca por su barbilla, a su cuello, mordisqueándole la piel mientras sus manos ascendían por debajo de la falda y se encontraban con la desnuda piel de sus muslos.

—No más barreras, Charlie —la giró con él, poseyendo de nuevo su boca, haciéndola retroceder hasta su escritorio—. He esperado demasiado para tenerte, para recuperarte, así que acostúmbrate a ello, nena, porque da las lecciones aquí soy yo.

Su centro se calentó ante sus palabras, ante el oscuro tono de su voz y sintió esa palpitación entre las piernas que solo podía acallarse con su dura polla.

—Te odio —musitó contra sus labios—, te odio, te odio, te odio tanto que...

Sonrió y la levantó a pulso, dejándola sobre la mesa e introduciéndose entre sus muslos.

—Que me quieres con la misma pasión oscura y arrolladora que te quiero yo —resumió por ella—. Está bien, Charlie. Así es como tiene que ser.

Le comió la boca y barrió con el brazo el contenido de su escritorio mientras la recostaba encima. Los botones de su blusa salieron volando de un tirón y el sujetador, el cual se abría por delante, fue hecho a un lado para que esos duros y calientes labios pudieran cernirse sobre ella.

No podía respirar, apenas sí podía sobrevivir al calor que despertaba en su interior, a la pecaminosa necesidad de entregarse por completo a sus caricias, a sus demandas y exigir así mismo que la marcara como solo él sabía hacerlo.

Había pasado demasiado tiempo deseando algo que no podía tener y ahora, Nolan estaba allí, para ella, solo para ella.

Hundió los dedos en su pelo y lanzó la cabeza hacia atrás gimiendo al sentir su boca amamantándose de su pecho, tiró de él, apretó los dientes para evitar gritar cuando le mordió dejándole sin duda su marca.

—Nolan...

Abandonó sus pechos solo para levantarse sobre ella y encontrar su mirada.

—Mía, Charlie, a partir de ahora eres mía —le repitió—. Se acabaron los juegos, se acabaron las negativas. Haré contigo lo que quiera, lo que sé que a ambos nos gustará, lo que a ti te hará delirar de placer. Seré tu tutor durante el resto de tu vida, pequeña, no hay cláusula de escape.

Una peregrina lágrima se deslizó por su mejilla.

—Le quise —confesó en voz alta—, pero también te he querido a ti... Te quiero a ti.

Asintió y bajó sobre sus labios.

—Y así es como tiene que ser —le lamió los labios una última vez—. Ahora, sé buena y no grites demasiado alto. No es que me moleste especialmente tener público, pero ahora te quiero solo para mí.

Dicho aquello resbaló sobre su cuerpo sembrando pequeños besos, mordisqueándole la piel para por fin remangarle la falda por completo y de un tirón arrancarle las bragas. Su boca estuvo al momento sobre su desnudo y húmedo sexo dándose un verdadero festín.

Charlotte no podía respirar, apenas era capaz de mantenerse sobre la mesa, así que ya no digamos el gritar. Se llevó una mano a la boca, cubriéndosela para ahogar los gemidos que emergieron de su garganta en el momento en que esa codiciosa lengua atravesó los húmedos labios.

—Olvídate del jodido café a partir de ahora, amor —ronroneó contra su sexo—. Este es el tipo de servicio que quiero. Cada día. A las doce en punto.

Se hubiese reído si hubiese tenido fuerzas o cabeza para ello, pero su boca y sus dedos hacían eso imposible. A su codiciosa lengua se le habían unido ahora un par de dedos que no dudaron en penetrar en su interior

volviéndola loca mientras lamía su hinchado clítoris.

—Estás loco...

—Un mal bastante extendido —replicó antes succionarla con fuerza haciendo que un relámpago de calor la atravesase de la cabeza a los pies—. Podrás vivir con ello.

Dios. Viviría con eso y con todo él, no tendría ni que rogárselo. Le quería, le había querido durante tanto tiempo y ahora, ahora él decía que ese sentimiento era correspondido, no solo eso, no le permitiría irse.

—Podrás vivir con todo —añadió con un gruñido al tiempo que deslizaba los dedos que había tenido antes en su coño ahora dentro de su trasero provocándole un nuevo estremecimiento—. Con absolutamente todo.

Se tensó un instante antes de dejar salir un agónico gemido de oscuro placer. Señor, tenía que estar escandalizada, tenía que ponerle de los nervios que estuviese haciéndole eso en su oficina, pero todo lo que podía sentir era excitación y calor.

Su sexo palpitó y más jugos escaparon bañándole los muslos.

—Sí, sé exactamente lo que te gusta —insistió él con voz ronca sin dejar de jugar con sus dos entradas—, sé lo que te excita y pienso dártelo siempre que lo necesites. No tienes una idea de lo excitante que es ver cómo Jax te folla, como gritas cuando se introduce en su interior. La expresión de tu rostro es perfecta en ese momento, Charlie, eres tú en todo tu esplendor.

—¿Quiere eso decir que volverás a invitarle a jugar?

Una oscura risa resonó contra su coño.

—Sabía que eras la elección correcta —declaró antes de volver a su particular festín.

Continuó excitándola, enloqueciéndola, torturando su clítoris y ensanchando su trasero con los dedos mientras se retorció debajo de ella deseando más y más.

—Nolan... por favor...

—¿Por favor qué, Charlie?

Se mordió el labio inferior y echó a volar la precaución.

—Fóllame —jadeó—. Por favor, solo... fóllame.

Él le prodigó una última pasada de la lengua, la lamió con fruición y retiró los dedos del interior de su estrecho canal solo para levantarse, girarla sobre la mesa y empujar al momento su dura polla contra su hinchado sexo.

—La próxima vez, tendré un jodido consolador en el cajón con el que te

follaré este delicioso agujerito mientras mi pene te llena completamente —le dijo al oído mientras empujaba en su interior—. Y será en esta misma oficina, a esta misma hora, solo para que recuerdes que desde este mismo momento, eres total y completamente mía.

No la dejó responder, tampoco es que pudiese dar una respuesta coherente a la intensidad que proyectaba en su cuerpo. Se limitó a gemir, a recibir sus embates y encontrarle en la medida de lo posible, dejándole saber sin necesidad de palabras que estaba dispuesta a ser la mejor alumna del mundo si con ello podía quedarse con él para siempre.

Notó de nuevo sus dedos ahondando en su trasero y gimió por la presión que ejercía ese símil de doble penetración. No pudo evitar estremecerse de anticipación ante su promesa y lo que esto significaba, ante el volver a ser compartida con Jax y liberarse de las ataduras que la habían condicionado media vida y que allí, con ese hombre, no tendría que ocultarse nunca más.

—Mía —gruñó saliendo de su ajustado sexo para invadir su trasero con premeditada lentitud, centímetro a centímetro, estirándola, volviéndola loca hasta que estuvo alojado por completo en su interior y empezó a moverse de nuevo con largas estocadas.

Deslizó los dedos bajo su cuerpo, llenando el espacio que había dejado vacío, empujándolos profundamente, follándola sin reservas mientras hacía lo propio en su culo.

Los pensamientos volaron, la razón se esfumó y solo existió el pecaminoso y oscuro placer a su alrededor el cual la catapultó a un cegador orgasmo que la dejó agotada y desmadejada. Apenas lo sintió salir de ella cuando, segundos después se sintió levantada, puesta sobre sus inestables piernas y apoyada en ese duro cuerpo.

—¿Sigues conmigo, Charlie? —le susurró, acariciándole la espalda.

—Eso espero, pero por si las moscas, no te muevas un solo centímetro.

Como era de esperar no le hizo caso, de hecho la levantó en brazos, rodeó el escritorio y se sentó con ella en su regazo.

—Voy a romper esa estúpida carta de renuncia, lo sabes, ¿no?

Levantó la mirada lo justo para mirarle.

—¿Piensas conservarme como secretaria?

Sonrió de soslayo.

—Nena, aunque a veces me entren unas enormes ganas de estrangularte, sé que no podría vivir sin ti —declaró mirándola a los ojos—. Así que

intentaré no estrangularte... todavía.

Se echó a reír, esa debía ser la declaración de amor más rara del planeta, pero era de su hombre, totalmente suyo.

—Te quiero, Nolan Every —le dijo con un suspiro—, y adoro ese oscuro sentido del humor que tienes.

—Me alegra saberlo, amor mío —declaró él bajando sobre sus labios—, porque tengo otros oscuros... chistes... que compartir contigo.

## EPÍLOGO

Charlie no había estado allí desde que dejó la ciudad y se mudó a Nueva York. Demasiados recuerdos se agolpaban a medida que avanzaba hacia el lugar de su descanso. Hoy, sin embargo, sus ojos no estaban empañados por las lágrimas y, si bien sentía nostalgia ya no estaba ese descarnado dolor. En su lugar había esperanza, ilusión y agradecimiento hacia el hombre que le había dado amor, la había cuidado y la había reunido con aquel que su corazón siempre había añorado.

—¿Lista?

Se giró para ver a Nolan a su lado. Ambos habían aprovechado el fin de semana posterior a la inauguración de la nueva oficina para ausentarse y visitarle.

—Todo lo lista que se puede estar.

—Le hará ilusión vernos juntos —la tranquilizó—. Después de todo lo que ha montado para reunirnos, estará dando saltos de alegría.

Asintió. Él le había hablado del vídeo que había recibido, de hecho lo habían vuelto a ver juntos y había sido todo un impacto el verle de nuevo y oír su voz. Con todo, escuchar sus palabras le había reportado paz y la había empujado a aceptar lo que el mundo le deparaba.

—Ojalá le hubiese escuchado y...

Le cubrió los labios con un dedo.

—De nada sirve rememorar el pasado cuando este no se puede cambiar o arreglar —le levantó la barbilla, obligándola a encontrarse con esa mirada limpia y directa—. Es lo que ha intentado enseñarte, lo que ha intentado transmitirnos a ambos. Tenemos un futuro por delante, cariño, es en ese camino dónde debemos concentrar a partir de ahora todos nuestros esfuerzos.

Asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Todavía no puedo creerme que haya organizado todo esto a nuestras espaldas —aceptó, era algo que le parecía asombroso.

—Ha tenido que estar riéndose de lo lindo y posiblemente tirándose también del pelo cuando las cosas no iban como deberían —aceptó con una mueca.

Sonrió. No le cabía duda de que así habría sido, pero sabía, que allí donde estuviese, estaría feliz de ver que al final se habían encontrado.

—¿Quieres que esperemos un poco más?

Negó con la cabeza.

—No. Quiero verle, quiero darle las gracias por no haberse rendido conmigo —aseguró y sonrió—. Y despedirme porque he sido incapaz de hacerlo desde que me dejó.

—Pues vamos —le cogió la mano, se la llevó a los labios y le besó los dedos.

Recorrieron juntos el sendero que llevaba a la sección dónde él descansaba y se sostuvieron el uno al otro, como un apoyo invisible que evitaba que se rompiesen al enfrentar lo que siempre sería una difícil visita. Guardaron silencio durante unos minutos hasta que Nolan lo rompió.

—Lo has conseguido, hermanito —le dijo—, y te doy las gracias por la ayuda. Gracias por hacerme el más importante de los regalos, gracias por traerla de vuelta a mi vida, Chase.

Lo vio acuclillarse y acariciar la piedra.

—Te juro que mantendré la promesa que te hice entonces —levantó la mirada hacia ella—. La cuidaré como si fuese mía y la querré como solo se puede querer a la mujer que posee mi alma y me ha robado el corazón.

Si alguna vez se había sentido sola, si alguna vez había albergado dudas y había querido ocultarse, ahora solo se sentía afortunada por haber sentido lo que sintió. Había sido amada por dos hombres, uno la había querido y protegido en vida y el otro lo siguiese haciendo incluso desde la muerte.

Se acuclilló a su lado, depositó las dos rosas blancas ante la tumba y resumió todo lo que llevaba en su interior en dos frases.

—Te quiero —susurró—. Gracias por darme tanto amor en vida, como me lo acabas de entregar, a través de tu hermano, en la muerte.

Levantó la mirada y se encontró con la azul del hombre que amaba y que le había enseñado la más importante de las lecciones; a quererse y aceptarse a sí misma y a no avergonzarse de amar libremente.

—Y a ti —le acarició la mejilla—, gracias por rescatarme y amarme tanto como para esperarme toda tu vida.

**FIN**